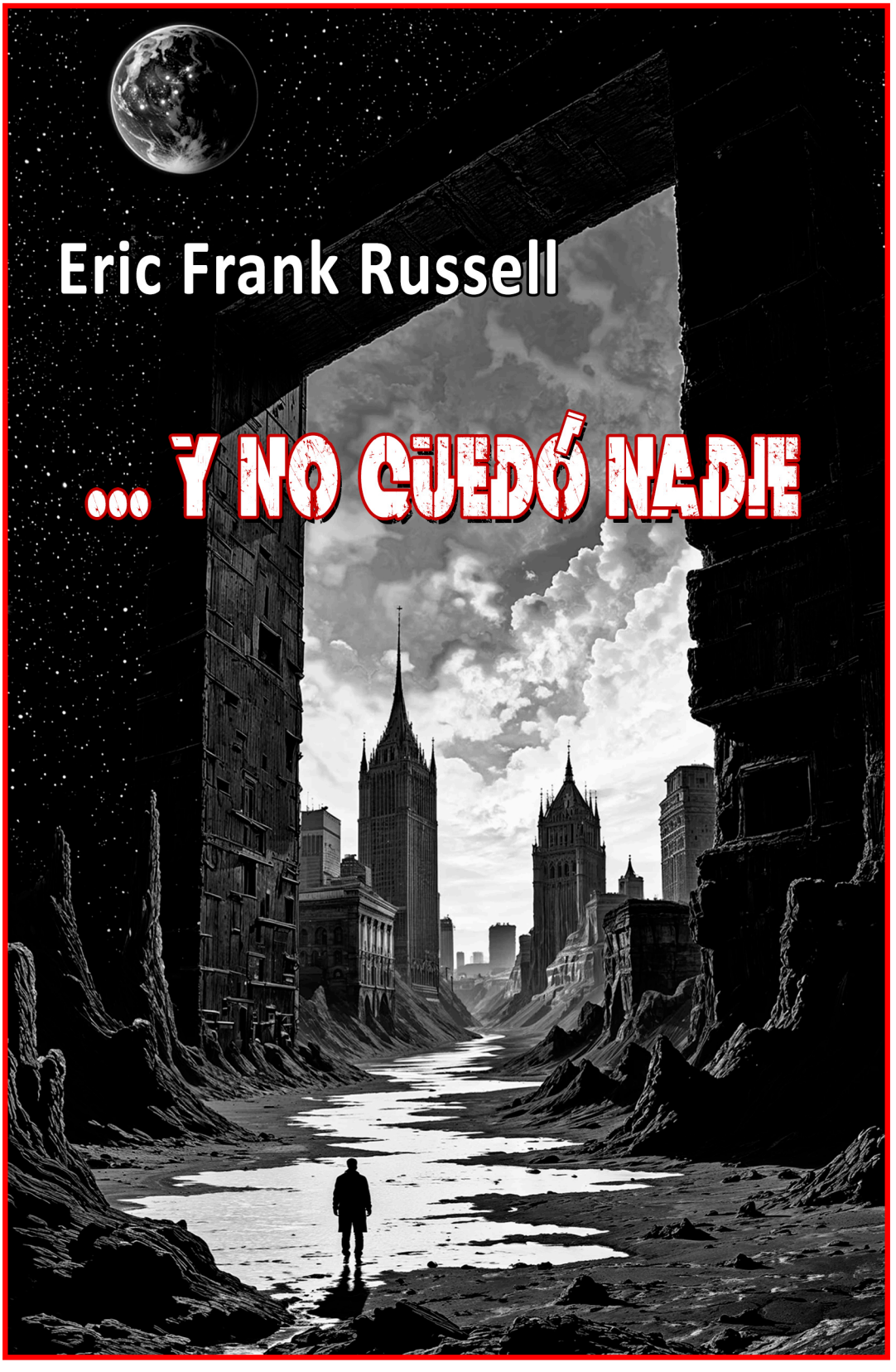

Eric Frank Russell
... Y NO QUEDÓ NADIE

Se incluyen en este e-book, tres cuentos del autor inglés Eric Frank Russsell, que por su longitud, podrían clasificarse como novelas cortas.

Hemos elegido tres narraciones que podríamos calificar de “anarquistas”.

> *El relato de Eric Frank Russell de 1948, "Y no quedó ninguno", fue la obra de ciencia ficción más cercana a una utopía anarquista antes de la novela de Le Guin de 1974, y fue elogiado como tal en las páginas de* Freedom and Anarchy *en su momento, comenzando con una reseña completa en 1954, bajo el título "Una utopía anarquista", que decía que "hace que una sociedad anarquista no solo sea atractiva, sino también eminentemente práctica".*
>
> Ben Beck
> *Anarquismo y ciencia ficción*
> *Algunas lecturas recomendadas*

Eric Frank Russell

…Y NO QUEDÓ NADIE

Y otros relatos

And Then There Were None […Y no quedó nadie], 1948
Antología Labor de Ficción Científica, 1962
Traducción: J. Lasso de la Vega

Dear Devil [Querido Demonio]
Other Worlds, mayo de 1950
Traducción: Sebastián Castro,
Nueva Dimensión Nº 109, febrero de 1979

Late Night Final [Final nocturno]
Four postwar stories, 1948
Traducción: C. Carretero

Edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

…Y no quedó nadie

Querido Demonio

Final nocturno

Acerca del autor

...Y NO QUEDÓ NADIE

…Y no quedó nadie

El acorazado cósmico tenía doscientos cincuenta metros de diámetro y algo más de kilómetro y medio de largo. Semejante mole ocupa espacio y hace mella. Éste se extendía por toda una finca y la mitad de la contigua, y su peso había abierto un surco de seis metros de profundidad que quedaría como prueba.

A bordo había dos mil personas, divisibles en tres tipos. Los altos, delgados y de ojos fruncidos formaban la tripulación. Los velludos y con fuertes mandíbulas eran las tropas. Finalmente, los inexpresivos, calvos y miopes constituían el equipo burocrático.

Los de la primera clase contemplaban el mundo en torno con el interés profesional, pero distante, de quien se pasa la vida dando el visto bueno a un planeta antes de largarse al siguiente. Los soldados lo consideraban con una mezcla de

desprecio y aburrimiento. En cuanto a los burócratas, lo miraban con fría autoridad. Cada uno según sus luces.

Estaban todos habituados a los nuevos mundos. Los habían manejado a docenas, hasta reducir el procedimiento a simple rutina. La tarea que se les presentaba era sólo repetición de una técnica consabida y ya sin problemas.

La salida de la nave se realizó por estricto orden de precedencia. Primero, el embajador imperial. Segundo, el capitán de la nave. Tercero, el oficial que mandaba las fuerzas de tierra. Cuarto, el jefe de los funcionarios civiles.

Después, naturalmente, los que les seguían en grado, por el mismo orden: secretario privado de su excelencia, segundo oficial de la nave, subjefe de las tropas, viceprimer chupatintas…

Así grado tras grado, hasta que no quedaron más que el barbero, el limpiabotas y el criado de su excelencia, los miembros de la tripulación con el ínfimo grado de CO —cosmonauta ordinario—, los soldados rasos y unos cuantos temporeros de oficina que soñaban con llegar a efectivos y tener mesa propia. Esta colección de desgraciados permaneció a bordo limpiando la nave y con prohibición de fumar.

Si se tratase de un mundo extraño, hostil y bien armado, el orden de salida hubiese sido el inverso, ejemplarizando así

la promesa bíblica de que los últimos serán los primeros, y viceversa. Pero este planeta, aunque oficialmente nuevo, no tenía extraoficialmente nada de nuevo y mucho menos de extraño. Llevaba cerca de doscientos años–luz clasificado en legajos de polvorientos archivos y con un misterioso número identificativo, y si se había tardado tanto en cosecharlo era por la superabundancia de otros mundos en más avanzada madurez.

Según los archivos, el planeta se hallaba en la capa externa del enorme surtido de eco de la «Gran Explosión», y cada niño de escuela sabía que con «gran explosión» se significaba la súbita emigración que sucedió al sustituir la propulsión de cohetes químicos y de energía atómica por la propulsión Blieder, lo que vino a suponer una huida al cosmos en bandada.

Unos doscientos mil habían elegido este mundo, los últimos llegados hacía tres siglos. Como de costumbre, el noventa por ciento del torrente se componía de amigos, parientes o conocidos de los pioneros, gente decidida a seguir el ejemplo de su tío Edward o de su amigo Joe.

Si desde entonces se habían multiplicado seis o siete veces, debían ser ahora varios millones. Que habían aumentado mucho se hizo evidente durante la aproximación, porque aunque no se veían grandes ciudades, eran numerosas las de mediano y pequeño tamaño e innumerables los pueblos.

Su excelencia contempló con aprobación el césped que tenía bajo los pies, arrancó un puñado y gruñó al incorporarse. Para su constitución, este esfuerzo suponía una proeza atlética que le produjo un calambre en el vientre.

— Hierba de tipo terrestre. ¿Se ha fijado en esto, capitán? ¿Será una coincidencia o habrán traído las semillas consigo?

— Probablemente, pura coincidencia —opinó el capitán Grayder—. Ya hemos encontrado cuatro mundos con hierba. No hay razón para que no exista en otros.

— No, supongo que no. —Su excelencia miró a lo lejos con orgullo de propietario—. Parece que allí hay alguien arando. Utiliza un pequeño motor con dos grandes ruedas. No pueden estar tan atrasados... —Se rascó pensativo la barbilla. Tráiganlo aquí Hablaremos para ver por dónde conviene empezar.

— Muy bien. —El capitán se volvió al coronel Shelton, jefe de las tropas—. Su excelencia desea hablar con aquel campesino —señaló a la lejana silueta.

— El campesino —dijo Shelton al mayor Hame—. Su excelencia lo quiere aquí al momento.

— Traigan a aquel campesino —ordenó Hame al teniente Deacon—. ¡En seguida!

— Vayan por aquel campesino — dijo Deacon al sargento mayor Bidworthy. Y de prisa... ¡Su excelencia está esperando!

El sargento mayor, un hombretón de cara colorada, buscó a su alrededor a algún subordinado y recordó que estaban todos limpiando la nave y no fumando. Al parecer, era él el elegido.

Cruzó a trancas y barrancas cuatro fincas y, una vez al alcance sonoro de su objetivo, hizo alto con precisión militar y soltó un grito cuartelero de «¡Eh, tú!», a la vez que agitaba el brazo con alardes de urgencia.

El campesino se detuvo, se enjugó la frente y miró alrededor. Su actitud sugería que la montañosa mole del acorazado era un espejismo corriente por aquellos pagos. Bidworthy volvió a hacerle señas, con su gesto más autoritario. El campesino le devolvió tranquilamente el saludo y siguió arando.

El sargento mayor Bidworthy soltó una exclamación que —cuando se extinguieron los ecos —fue identificable como un juramento, y se aproximó otros cincuenta pasos. Ahora podía ver que aquel hombre tenía espesas cejas y la cara curtida.

—¡Eh!

Deteniendo otra vez el arado, el campesino se apoyó en una de las manceras y se escarbó un diente.

Pensando de pronto que quizá durante los últimos tres siglos el viejo lenguaje terrestre hubiese sido abandonado por alguna otra jerga, Bidworthy preguntó:

—¿Me entiendes?

—¿No va a entender una persona a otra?, se extrañó el campesino con clara dicción. Y reanudó su tarea.

Bidworthy se encontró sumido en la confusión. Recobrándose, se apresuró a informarle:

— Su excelencia el embajador de la Tierra desea hablar contigo en seguida.

—¿Sí? —El otro lo contempló con curiosidad—. ¿Y por qué es excelente?

— Es un personaje muy importante dijo Bidworthy, incapaz de decidir si el otro se estaba divirtiendo a su costa o era eso que llaman un carácter. Muchos de estos destripaterrones planetarios eran aficionados a creerse tales.

— Muy importante... —repitió el labrador, entornando los ojos para mirar al horizonte. Parecía tratar de entender un concepto extraño. Al cabo, inquirió: ¿Qué pasará en tu mundo cuando ese hombre muera?

— Nada... —admitió Bidworthy.

—¿Seguirá marchando como de costumbre?

— Desde luego.

— Entonces —declaró taxativamente el hombre—, no puede ser tan importante.

Y con esto la pequeña máquina reanudó su chuf–chuf, las ruedas rodaron y el arado aró.

Clavándose las uñas en las palmas, Bidworthy pasó medio minuto acaparando oxígeno antes de decir broncamente:

— No puedo volver sin llevar siquiera una respuesta a su excelencia.

—¿De veras? —el otro parecía incrédulo—. ¿Y qué le detiene?— Después, notando el alarmante aumento en el color de Bidworthy, añadió con compasión: — Bueno, puede decirle que le he dicho... —se detuvo a pensarlo—... que Dios le bendiga, y que adiós.

El sargento mayor Bidworthy era un hombre fornido que pesaba ciento diez kilos, llevaba veinte años danzando por el cosmos y no temía a nada. No se sabía que hubiese permitido jamás ni mover un dedo..., pero ahora era él quien temblaba de pies a cabeza cuando volvió a la nave.

Su excelencia le lanzó una fría mirada antes de preguntar:

—¿Y bien?

— No quiere venir. —Las venas de Bidworthy estaban a punto de estallarle en la frente—. Señor, sólo unos meses en mi compañía y ya le enseñaría yo a andar derecho.

— No lo dudo, sargento —le consoló su excelencia. Y continuó en un susurrado aparte al coronel Shelton: — Es buena persona, pero de diplomático no tiene ni un pelo. Demasiado brusco y chillón. Será mejor que vaya usted mismo a traer a ese campesino. No podemos estar toda la vida aquí sentados esperando a saber por dónde empezar.

— Muy bien, excelencia. —El coronel Shelton atravesó los campos y llegó junto al del arado. Exhibió su mejor sonrisa y dijo:

—¡Buenos días, buen hombre!

Dejando su faena, el labrador suspiró como ante uno de esos días nefastos que nos tocan a veces. Lo contempló con mirada sombría.

—¿Qué le hace pensar que soy un buen hombre?

— Es un modo de hablar —explicó Shelton. Ahora se daba cuenta de lo ocurrido. Bidworthy había sido juguete de un

tipo irascible. Dos perros gruñéndose—. Sólo trataba de ser cortés —agregó.

— Bueno —meditó el campesino—; reconozco que es algo que vale la pena intentar.

Sonrojándose un poco, Shelton continuó con decisión:

— Me envían para rogarle que nos conceda el placer de su compañía.

—¿Creen que van a tener algún placer con mi compañía? —preguntó el otro, desconcertantemente suave.

— Estoy seguro —dijo Shelton.

— No sea mentiroso.

Cada vez más rojo, el coronel Shelton estalló:

—¡No permito a nadie llamarme mentiroso!

— Acaba de permitirlo...

Era preferible pasarlo por alto. Insistió:

—¿Va a venir a la nave, sí o no?

— No.

—¿Por qué no?

—¡Mels! —dijo el labrador.

—¿Cómo ha dicho?

—¡Mels! —repitió. Aquello olía a insulto.

El coronel Shelton regresó.

— Es uno de esos tipos que se creen muy listos —dijo el embajador—. Lo único que conseguí sacarle fue *mels,* que no sé lo que significa.

— *Argot* local —intervino el capitán Grayder—. Es increíble el que se crea en tres o cuatro siglos. Ya he encontrado más de un mundo donde casi había que aprender de nuevo el idioma.

—¿Entendió lo que usted le decía? —preguntó el embajador, mirando a Shelton.

— Si, excelencia. Y habla bastante bien. Pero no quiere dejar de arar —reflexionó brevemente y sugirió: — Si de mí dependiese, le traería a la fuerza, con una escolta armada.

— Eso le animaría mucho a darnos los informes que necesitamos... —comentó el embajador, con franco sarcasmo. Se acarició el estómago, se aflojó la chaqueta y contempló sus zapatos relucientes—. No queda más que ir a hablarle yo mismo.

El coronel Shelton se sorprendió.

—¡Excelencia, no puede hacer eso!

—¿Por qué no?

— Iría contra su dignidad.

— Me doy perfecta cuenta de ello —dijo el embajador, secamente—. ¿Puede sugerirme algo mejor?

— Podemos enviar una patrulla en busca de alguien más dispuesto a colaborar.

— Y mejor informado, también —apuntó el capitán Grayder—. No sacaríamos gran cosa de un patán insolente. Dudo que sepa ni una cuarta parte de lo que necesitamos saber.

— De acuerdo. —Su excelencia abandonó la idea de tomar el asunto en sus manos—. Organice una patrulla y consigamos algo de una vez.

— Una patrulla —dijo el coronel Shelton al comandante Hame—, nombre una inmediatamente.

— Llamen a una patrulla —ordenó Hame al teniente Deacon—. ¡En seguida!

— Forme inmediatamente una patrulla, sargento mayor — dijo Deacon.

Bidworthy fue a la nave, trepó por una escalerilla, asomó la cabeza por la compuerta y gritó:

—¡Sargento Gleed, salga con su escuadra y sin dormirse! —olfateó suspicaz y se internó aún más en la nave. Su voz cobró unos cuantos decibelios—. ¿Quién ha estado fumando? Por mi salud que si cojo...

Allá lejos, en los campos, algo avanzaba tranquilamente entre chuf–chuf y girar de rollizas ruedas.

La patrulla, formada en dos filas de ocho hombres, evolucionó a la voz de mando y se alejó nariz al viento. Sus botas golpeaban al unísono, sonaban sus arreos y el sol anaranjado sacaba chispas de sus guarniciones metálicas.

El sargento Gleed no tuvo que llevar muy lejos a sus hombres. Apenas habían dejado atrás unos cien metros la proa del acorazado cuando advirtieron a un hombre caminando por el prado que tenían a su derecha. Tratando a la nave con absoluta indiferencia, el recién llegado se dirigía hacia donde el labrador seguía arando a lo lejos, hacia la izquierda.

—¡Patrulla, variación derecha! —gritó Gleed.

Condujo a los hombres en línea recta hasta llegar a la altura del viajero y allí, con otra orden, los lanzó tras sus pasos.

Apresurando el suyo, la patrulla se abrió hasta convertirse en dos hileras que flanqueaban al solitario peatón. Éste, ignorando la escolta tan repentinamente adquirida, continuaba su camino como quien lleva largo tiempo convencido de que todo en la vida es ilusión.

—¡Izquierda, ar! —rugió Gleed, tratando de arrastrar a toda la partida hacia el impaciente embajador.

Obedeciendo al punto, la doble hilera —¡un, dos, tres!— dio frente a la izquierda. Fue una maniobra limpia y precisa, una auténtica delicia marcial. Sólo una cosa la estropeó: el hombre que iba en medio mantuvo la órbita elegida y pasó, sin darle importancia, por entre los números cuatro y cinco de la hilera de la derecha.

Aquello sacó de quicio a Gleed, sobre todo porque la patrulla, a falta de nuevas órdenes, seguía acercándose al embajador. Su excelencia se veía de golpe invitado al poco militar espectáculo de una escolta marcando el paso por un lado mientras su prisionero se alejaba airosamente por otro. El coronel Shelton tendría bastante que decir sobre aquello a su debido tiempo, y si lo olvidaba, se lo recordaría Bidworthy.

—¡Patrulla! —aulló Gleed, señalando con dedo acusador al que se alejaba y borradas de pronto de su mente todas las reglas del mando—. ¡Cójanme a ese mastuerzo!

Rompiendo filas, emprendieron paso ligero y rodearon al caminante con la suficiente densidad para impedirle continuar su marcha. No tuvo más remedio que detenerse.

Gleen se aproximó jadeante:

— El embajador de la Tierra quiere hablarle... No era más que eso...

El otro no dijo nada. Se limitó a contemplarle con apacibles ojos azules. Era una especie de vagabundo de gracioso aspecto, con barba de varios días y unas patillas rojas que le contorneaban la cara. Parecía un girasol.

—¿Irá a hablar con su excelencia? —insistió Gleed.

— No, voy a hablar con Pete —contestó, señalando con la cabeza hacia el labrador.

— Primero con el embajador —insistió duramente Gleed. No admite bromas.

—¡Qué aburrido! —comentó *el Girasol.*

—¿Te las das de listo, eh? —dijo Gleed, acercándole la cara con gesto agrio. Hizo una seña a sus hombres—. Está bien... Lleváoslo. ¡Ya verá éste!

El Girasol se sentó. Lo hizo con majestad, adoptando el aspecto de una estatua inmóvil desde el principio de los

tiempos. Las patillas rojas no contribuían a mejorar la situación. Pero el sargento Gleed había tenido que vérselas muchas veces con gente sentada, aunque en este caso el sujeto no hubiese bebido ni una gota.

— Levántenlo y llévenselo —ordenó.

Lo levantaron y se lo llevaron, primero los pies, las patillas lo último. Pendía flojo e inerme de sus brazos, como un peso muerto. De tan poco adecuado modo llegó a presencia del embajador de la Tierra, a cuyos pies lo depositó la escolta.

Al momento se incorporó y echó a andar hacia Pete.

—¡Sujétenlo! —gritó Gleed.

La patrulla le cercó hasta inmovilizarlo. Su excelencia contempló las patillas ocultando cortésmente su repulsión, tosió con delicadeza y dijo:

— Siento mucho que tenga que llegar a mi presencia de ese modo.

— En tal caso —sugirió el prisionero—, podría haberse ahorrado tanta angustia mental no permitiendo que ocurriese.

— No había otra alternativa. Teníamos que ponemos en contacto de algún modo.

— No sé por qué —dijo *Patillas Rojas—.* Qué tiene de especial el día de hoy?

—¿El día? —Su excelencia arrugó la frente, confundido—. ¿Adónde quiere ir a parar?

— Eso me gustaría saber a mí.

— No le comprendo —el embajador se volvió al coronel Shelton—. ¿Entiende lo que quiere decir este hombre?

— Podría aventurar una opinión, excelencia. Al parecer, trata de sugerir que, pues hemos estado sin contacto durante más de trescientos años, no hay especial urgencia en entablarlo hoy —y miró *al Girasol,* buscando confirmación a sus palabras.

Él le apoyó sin rodeos al observar:

— No está mal para un tonto.

Aparte la reacción del propio Shelton, aquello era excesivo para Bidworthy, congestionado ante la escena. Su pecho se hinchó y sus ojos despidieron llamas. La voz fue un latigazo autoritario.

—¡Sea más respetuoso cuando se dirija a oficiales superiores!

Los tranquilos ojos azules del prisionero se volvieron hacia él con infantil asombro, examinándole de pies a cabeza para invertir después el recorrido y regresar al embajador.

—¿Quién es este tipo tan absurdo?

El embajador apartó la pregunta con un gesto impaciente.

— Comprenda que no es nuestro propósito molestarle por puro capricho, como usted parece creer. Tampoco queremos retenerle más tiempo del necesario. Lo único que...

Tirándose de su bufanda capilar como para acentuarle el aspecto agresivo, el otro le interrumpió:

— Siendo, naturalmente, usted quien determine la duración de esa necesidad...

— Por el contrario, puede decidirlo usted mismo —dijo el embajador, dando pruebas de admirable dominio—. Sólo tiene que explicarnos...

— Entonces, ya está decidido —volvió a interrumpirle el prisionero. Trató de librarse de su escolta—. Déjenme ir a hablar con Pete.

— Lo único que tiene que hacer —insistió el Embajador—, es decimos dónde podemos encontrar a un funcionario capaz de ponemos en contacto con el gobierno central. —Su

mirada era adusta y autoritaria al añadir: — Por ejemplo, ¿dónde está el puesto de policía más próximo?

—*¡Mels!* —le imprecó el otro.

—¡Lo mismo digo! —replicó el embajador, cuya paciencia empezaba a evaporarse.

— Es precisamente lo que trato de hacer, aseguró enigmáticamente el prisionero, sólo que no me dejan.

— Si puedo hacer una indicación, excelencia —aventuró el coronel Shelton—, permítame...

— No necesito indicaciones y no pienso permitirle —cortó el embajador, con brusquedad que aumentaba por momentos—. Ya estoy harto de toda esta payasada. Sospecho que hemos aterrizado en una reserva de imbéciles, y convendría reconocerlo así y salirnos de ella sin más tardanza.

— Eso es hablar —aprobó *Patillas Rojas—,* y cuanto antes mejor.

— No pienso dejar este planeta, si es eso lo que anida en su incomprensible mollera, —afirmó el embajador, acentuando el sarcasmo. Golpeó el césped con gesto de latifundista—. Esto es parte del Imperio terrestre, y como tal, va a ser reconocido, cartografiado y organizado.

—¡Así, así! —aprobó el jefe de los funcionarios, que aspiraba a un sobresaliente en elocuencia.

Su excelencia lanzó por encima del hombro una mirada ceñuda y continuó:

— Trasladaremos la nave a otro lugar con cerebros menos obtusos. —Hizo una seña a la escolta—. Déjenlo. Sin duda tiene prisa por pedir prestada una navaja de afeitar.

Le soltaron. *Patillas Rojas* se volvió al instante hacia el tozudo arador, como una aguja magnética irresistiblemente apuntando a Pete. Sin decir palabra, echó a andar con su curioso balanceo. La desilusión y el disgusto aparecieron en los rostros de Gleed y Bidworthy mientras lo veían alejarse.

— Traslade inmediatamente la nave —indicó el embajador al capitán Grayder—. Sitúela junto a una población decente... no en un páramo donde cualquier paleto mira a los extranjeros como a una tribu de gitanos.

Echó a andar con aire importante escaleras arriba. El capitán Grayder lo siguió, seguido a su vez por el coronel Shelton y éste por el elocuente. A continuación, quienes les sucedían por el debido orden de precedencia. Cerrando marcha, Gleed y sus hombres.

La escalerilla se replegó hacia el interior. Se cerró la compuerta, y, a pesar de su inmensa mole, la nave se

estremeció levemente de un extremo a otro y se alzó sin gran ruido ni espectacular despliegue de llamas.

La verdad es que todo fue silencioso, salvo por el chuf–chuf del arado y el murmullo de los hombres que tras él caminaban charlando. Ninguno de los dos se molestó en volver la cabeza para ver lo que sucedía.

— Siete libras de buen tabaco es mucho dar por una caja de aguardiente —iba protestando *Patillas Rojas.*

— No por el mío —decía Pete—. Es más fuerte que mil *gands* y se bebe con la misma facilidad que se hace fracasar a un terrestre.

La segunda escala de la gran nave de guerra fue sobre un gran llano, una milla al norte de una ciudad que calcularon tendría de doce a quince mil habitantes. El capitán Grayder hubiese preferido observar la plaza desde baja altura antes del aterrizaje, pero no se puede maniobrar con tan inmenso objeto espacial como si fuese un remolcador atmosférico. Sólo dos cosas pueden hacerse tan cerca de una superficie planetaria: elevarse o descender, sin tiempo para escarceos intermedios.

Por ello Grayder plantó su nave en el mejor sitio posible cuando el hallarlo es cuestión de fracciones de segundo en las decisiones. La huella sólo tenía esta vez cuatro metros de profundidad, por tratarse de suelo más duro y asentado en

lecho de roca. Desplegaron la escalerilla y el cortejo descendió en el mismo orden que antes.

Su excelencia lanzó una mirada anticipadora a la ciudad y observó con desilusión:

— Hay algo que no marcha. Ahí está la ciudad, y aquí nosotros, bien a la vista, con una nave como un monte metálico. Lo menos mil personas deben haberla visto ya, suponiendo que los demás celebren reuniones a puerta cerrada o estén jugando al pinacle en los sótanos. ¿Y han hecho algún caso?

— Parece que no —admitió el coronel Shelton, tirándose de un párpado por el gusto de soltarlo después como si fuese un muelle.

— No pregunto, afirmo. No están ni excitados ni sorprendidos. La verdad es que ni siquiera les importa. Se diría que ya han estado aquí otras naves, y traían viruela o les pagaron en moneda falsa. ¿Qué les pasará?

— Acaso falta de curiosidad —apuntó Shelton.

— Eso, o que no salen del susto. También puede ocurrir que estén todos locos. Muchos mundos pasaron a manos de grupos de insensatos que buscaban un lugar donde nadie se opusiera a sus excentricidades. Las ideas más estrambóticas se hacen corrientes al cabo de trescientos años de vigencia. Se llega a considerar normal y propio criar murciélagos en el

desván del abuelo. Esto, y las muchas generaciones de endogamia, pueden producir tipos extraños. ¡Pero nosotros les curaremos!

—¡Sí, excelencia; les daremos una lección!

— Tampoco usted parece muy en sus cabales, con tanto darle vueltas al ojo —reprobó el embajador. Señaló hacia el sudeste mientras Shelton hundía firmemente en un bolsillo la mano culpable—. Allí hay una carretera. Amplia y bien construida, a primera vista. Mande por ella a la patrulla. Si no traen a alguien dispuesto a hablar en un tiempo razonable, enviaremos un batallón a la ciudad misma.

— Una patrulla —repitió el coronel Shelton al comandante Hame.

— Llame a la patrulla —ordenó Hame al teniente Deacon.

— Otra vez esa patrulla, sargento mayor —dijo Deacon.

Bidworthy sacó a voces a Gleed y sus hombres, les indicó la carretera, ladró un poco y los puso en camino.

Avanzaron con el sargento a la cabeza. Su objetivo estaba a unos ochocientos metros y se desviaba ligeramente al aproximarse a la ciudad. La hilera de la izquierda, que divisaba claramente los suburbios más cercanos, los contemplaba anhelante, deseando mandar a Gleed a

regiones más cálidas, con Bidworthy al lado en calidad de fogonero.

Apenas habían alcanzado su meta cuando apareció un nativo. Venía de las afueras de la ciudad, lanzado a buena marcha sobre un artefacto que recordaba vagamente a una motocicleta. Rodaba sobre un par de grandes balones de goma, al impulso de un ventilador enjaulado. Gleed dispuso a sus hombres cortando la carretera.

La máquina del que se acercaba emitió de pronto un sonido vivo y penetrante que les recordó vagamente a Bidworthy en presencia de unas botas sucias.

— Manténganse —les previno Gleed—. Al que abra brecha lo despellejo.

Volvió a sonar el chillón aviso metálico. Nadie se movió. La máquina disminuyó la marcha, se acercó a ellos poco a poco y se detuvo. El ventilador continuaba girando a menos revoluciones, con las palas casi visibles emitiendo un continuo zumbido,

—¿Qué les pasa? —preguntó el que la montaba. Era un tipo como de unos treinta y cinco años, de rasgos enjutos, con una anilla de oro en la nariz y una coleta de más de un metro.

Pestañeando incrédulo ante aquella máscara, Gleed consiguió apenas volver un pulgar indicativo hacia la montaña de metal y decir:

— Nave terrestre.

— Bueno, ¿y qué quiere que yo le haga?

— Colaborar —dijo Gleed, todavía amoscado por la coleta. Era la primera que veía, y decidió que no tenía nada de afeminada. Más bien le daba un toque de ferocidad, como la que solían llevar, según los libros de estampas, ciertos aborígenes norteamericanos de siglos atrás.

— Colaboración... —reflexionó el motorista—. Qué palabra tan hermosa... ¿Naturalmente, sabrá usted lo que significa?

— No soy ningún tonto.

— El grado exacto de su idiotez no se discute en este momento —al hablar, le danzaba ligeramente el anillo nasal—, estamos refiriéndonos a la colaboración. ¿Supongo que usted la practica a manos llenas?

— Naturalmente —le aseguró Gleed—. Como todo el que sabe lo que le conviene.

— Ciñámosnos al tema ¿quiere? Nada de andarse por las ramas. —Aceleró un poco su ventilador y volvió a dejarlo al *ralentí*—. ¿Obedece usted órdenes?

— Claro. Y voy a pasarlo mal si...

—¿Y a eso llama usted colaboración? —Se encogió de hombros con un suspiro resignado—. Decididamente, conviene comprobar los datos históricos. Los libros *pudieran* estar equivocados. —Su ventilador relampagueó en un círculo de luz y la máquina se lanzó hacia delante—. Con permiso...

El balón frontero se abrió paso a la fuerza entre dos hombres, echándolos a un lado sin mayor daño. Con agudo zumbido, la máquina se lanzó carretera adelante, con la coleta de su dueño a remolque en horizontal.

—¡Cretinos! —rugió Gleed cuando los dos caídos se alzaron limpiándose el polvo—. Os ordené que no cedieseis. ¿Qué pretendéis dejándole escapar así?

— No nos dio a escoger, sargento —respondió uno de ellos, lanzándole una mirada socarrona.

— No me interesan sus comentarios. Podían haberle desinflado uno de los globos si hubiesen tenido dispuestas sus armas. Eso le hubiera detenido.

— No nos dijo que las tuviésemos preparadas.

—¿Y dónde estaba la suya? —añadió una voz.

Gleed giró en redondo gritando:

—¿Quién ha dicho eso? —Sus ojos coléricos se enfrentaron a una larga fila de rostros inexpresivos. Era imposible descubrir al culpable—. Ya les espabilaré yo en el próximo reparto de servicios mecánicos. Ya verán...

— Viene el sargento mayor —avisó uno de ellos.

Bidworthy estaba a unos cuatrocientos metros y avanzaba marcialmente hacia ellos. Cuando llegó, lanzó una mirada fría y despreciativa a la patrulla.

—¿Qué ha pasado?

Tras un breve relato del incidente, Gleed terminó compungido:

— Parecía un navajo que tuviese un pozo de petróleo.

—¿Qué es un navajo? —preguntó Bidworthy.

— Leí algo sobre ellos de pequeño —explicó Gleed, feliz de poder presumir modestamente de su cultura—. Tenían el pelo largo, llevaban mantas y andaban en automóviles con matrícula de oro.

— Tonterías —gruñó Bidworthy—. Yo dejé esos cuentos de hadas a los siete años, y a los doce estaba fuerte en balística y en logística a los catorce. —Resopló ruidosamente, lanzando al otro una mirada aniquiladora—. Hay personas de desarrollo retardado.

— Existieron de verdad —mantuvo Gleed—. Eran...

— También las hadas —le cortó Bidworthy—. Mi madre lo decía. Muy buena mujer... —escupió en la carretera—. ¡Demuestre que tiene uso de razón! —Después se enfrentó con la patrulla—. Vamos, preparen sus armas, suponiendo que las hayan traído y sepan dónde están y con qué mano han de cogerlas. Atiendan mis órdenes. Del próximo me ocuparé personalmente.

Se sentó en una gran piedra junto a la carretera y fijó su mirada expectante en la ciudad. Gleed se acomodó junto a él, ligeramente triste. La patrulla estaba atravesada en la carretera, con las armas dispuestas. Transcurrió una interminable media hora sin que ocurriese nada.

—¿Podemos fumar, mi sargento mayor? —preguntó uno de los hombres.

— No.

Cayeron en un silencio lúgubre, observando la ciudad, pasándose la lengua por los labios y pensando. Tenían bastante en qué pensar. Una ciudad —cualquier ciudad habitada por personas— encerraba cosas deseables que no se hallaban en ningún otro lugar del cosmos. Luces, compañía, libertad, risas... todo lo bueno de la vida. Y sus deseos venían ya de larga fecha.

Al fin, un gran vehículo surgió de los arrabales, tomó la carretera y se dirigió hacia ellos. Era largo, reluciente y aerodinámico, y rodaba sobre veinte balones en dos filas de diez, lanzando un zumbido semejante, aunque más fuerte, al de su predecesor, pero sin ventiladores visibles. Venía lleno de gente.

A unos doscientos metros de la barrera, un altavoz situado bajo el capó del vehículo lanzó un urgente:

— ¡Abran paso! ¡Abran paso!

— Ésta es la cosa —comentó satisfecho Bidworthy—. Al fin los tenemos por docenas. Uno de éstos va a cantar o pido el retiro. —Se levantó de la piedra, preparándose.

—¡Abran paso! ¡Abran paso!

— Atizadle en los globos si intenta pasar —ordenó Bidworthy.

No fue necesario. El coche disminuyó la marcha y se detuvo con el capó a un metro de la fila expectante. El chófer se asomó por la ventanilla. Más atrás surgieron otras cabezas.

Serenándose y decidido a probar el efecto de la cordialidad, Bidworthy se acercó al conductor.

— Buenos días.

— Su idea del tiempo anda un tanto pachucha —observó el chófer. Tenía la mandíbula azulada, la nariz rota, orejas de coliflor... la facha del que no se deja adelantar en la carretera—. ¿No tiene reloj?

—¡Cómo?

— Que no es por la mañana. Estamos a media tarde.

— Es cierto —admitió Bidworthy, procurando sonreír—. Buenas tardes.

— No estoy yo tan seguro —meditó el otro, inclinándose sobre el volante con expresión sombría—. Sólo es otra más hacia el sepulcro.

— Es posible —asintió Bidworthy, poco atraído por aquellas reflexiones espectrales—. Pero tengo otras cosas de qué preocuparme y...

— De poco vale preocuparse por nada pasado ni presente —aconsejó el conductor—, porque muchas mayores preocupaciones han de venir.

— No lo dudo —volvió a admitir Bidworthy, convencido de que el momento no era el más propicio para examinar el lado negro de la vida—. Pero prefiero resolver las mías a su debido tiempo y a mi manera.

— No tenemos preocupaciones ni tiempo ni maneras que sean sólo nuestros —afirmó el tozudo oráculo.

— No lo sé ni me importa —dijo Bidworthy, cuya compostura disminuía a medida que aumentaba su presión sanguínea. No olvidaba que Gleed y la patrulla estaban viendo, escuchando y probablemente riéndose para sus adentros. Además, había el montón de pasajeros boquiabiertos—. Me parece que esto no es más que cháchara para enredarme. Le conviene saber que no va a servirle de nada. El embajador de la Tierra espera...

— Nosotros también —observó el conductor, categórico.

— Y quiere hablar con ustedes —siguió Bidworthy—, ¡y hablará!

— Dios me libre de prohibírselo. Aquí tenemos libertad de expresión. Que venga y diga lo que sea para que podamos seguir.

— Es *usted* —informó Bidworthy— quien va a ir a verlo. —Señaló hacia el resto del vehículo—. Y también todos esos.

— Yo no —negó un tipo gordo, sacando la cabeza por una ventanilla. Llevaba unas gruesas gafas que le transformaban los ojos en huevos escalfados. Además, se adornaba con un alto sombrero a franjas blancas y rojas, como un caramelo. “Yo no” —repitió aquel fantasma, con notable firmeza.

— Tampoco yo —le apoyó el chófer.

— Está bien —Bidworthy lo miró amenazador—, atrévase a mover esa jaula una pulgada, hacia atrás o hacia delante, y le hago tiras los neumáticos. Salga de ahí.

— No. Estoy muy bien aquí. Sáqueme si quiere.

Bidworthy se volvió a los seis hombres más próximos.

— Ya le han oído... Cójanle la palabra.

Abriendo violentamente la puerta, cayeron sobre él. Si esperaban que la víctima opusiese una inútil resistencia, su desilusión fue completa. No intentó debatirse. Le asieron entre todos y él se dejó hacer graciosamente, hasta que tuvieron el cuerpo inclinado y asomando a medias por la puerta.

Es cuanto pudieron conseguir.

—¡Vamos! —les urgió Bidworthy, impaciente—. Enséñenle lo que es bueno. ¡Ni que estuviese atornillado al coche!

Uno de los hombres trepó por encima del cuerpo, husmeó en la cabina y dijo:

— Pues... ¿sabe? Sí lo está.

—¿Qué quiere decir?

— Está encadenado al árbol del volante.

—¿Eh? Déjenme ver. —Lo inspeccionó y encontró que así era. Una cadena y un pequeño, pero pesado y complicado candado, sujetaban la pierna del conductor al coche. —¿Dónde está la llave?

— Regístreme —invitó el conductor, riendo entre dientes.

Eso fue lo que hicieron. El cacheo resultó inútil. No había llave.

—¿Quién la tiene?

—*¡Mels!*

—¡Ponedle otra vez en el asiento! —ordenó Bidworthy, a punto de estallar—. Nos llevaremos a los viajeros. Para mí, un gaznápiro vale tanto como otro— recorrió las puertas abriéndolas con furia, —¡salgan, y de prisita!

Nadie se movió. Lo contemplaban en silencio y con las más varias expresiones, ninguna halagadora. El gordo del sombrero rayado como un caramelo lo miraba con aire sarcástico. Bidworthy decidió que aquel tipo no le gustaba, y que un cursilllo de calistenia militar le vendría muy bien para adelgazar.

— Pueden salir de pie —sugirió a los viajeros en general y al gordo en particular o de cabeza—. Como prefieran. ¡Vamos, decídanse!

— Ya que es incapaz de usar la frente, al menos podría utilizar los ojos —comentó el gordo. Y se removió en el asiento entre armoniosos tintineos metálicos.

Bidworthy hizo lo que le sugería, asomando por las puertas para echar una ojeada. Después entró sin más en el vehículo y lo recorrió de cabeza a cola, estudiando a cada viajero. Sus coloradas facciones aparecían bastante oscurecidas cuando salió a hablar con el sargento Gleed.

— Están todos encadenados. ¡Todos! —Miró al conductor. —¿Qué idea es esa de esposar a todo el mundo?

—*¡Mels!* —dijo el conductor, con malos modos.

—¿Quién tiene las llaves?

—*¡Mels!*

Resoplando, Bidworthy dijo, sin dirigirse a nadie en particular:

— Muchas veces he oído hablar de tipos que se vuelven locos y matan gente por docenas. Siempre me preguntaba por qué..., pero ahora lo sé —hizo restallar sus nudillos y añadió para Gleed: — No podemos conducir este artefacto

hasta la nave con ese tipo atado al volante. O encontramos las llaves o tendremos que conseguir herramientas para soltarlos.

— O se quitan de nuestro camino y se van a tomar una píldora —apuntó el conductor.

—¡Cállese! Aunque tenga que estar aquí plantado un millón de años, haré que...

— Viene el coronel —susurró Gleed, dándole un codazo.

El coronel Shelton llegó y dio una vuelta al coche con paso lento y ceremonioso, examinando su construcción y a sus ocupantes. Se sobresaltó ante el sombrero rayado, cuyo propietario le sonreía burlonamente a través del cristal. Después, se acercó al perplejo grupo.

—¿Qué dificultad hay esta vez, sargento mayor?

— Están tan locos como los otros, señor. Hablan por los codos y dicen *¡Mels!* sin hacer el menor caso de su excelencia. No quieren salir y tampoco podemos sacarlos porque están encadenados a sus asientos.

—¿Encadenados? —las cejas de Shelton pegaron un salto, —¿por qué?

— No lo sé, señor. Van como un atajo de ladrones camino de la cárcel, y...

Shelton se apartó sin esperar a oír el resto. Entró a cerciorarse de lo que le decían y volvió.

— Algo debe ocurrir, sargento mayor. Pero no creo que sean criminales.

—¿No, señor?

— No. —Y lanzó una significativa mirada hacia el alegre cubrecabezas y algunas otras excentricidades sartorias, incluyendo el lazo de lunares de un hombre de pelo rojizo. Parecen más bien un grupo de lunáticos, que llevan al manicomio. Preguntaré al conductor —se acercó a la cabina, —¿le importaría decirme cuál es su destino?

— Sí —respondió el otro.

— Muy bien; ¿y cuál es?

— Oiga —dijo el conductor—, ¿hablamos el mismo idioma?

—¿Cómo?

— Me preguntó si me importaba y le dije que sí —subrayó con un gesto—, y me importa.

—¿Se niega a hablar?

— Está mejorando su magín, hijito.

—¿Hijito? —intervino Bidworthy, vibrando ante el ultraje. —¿Se da cuenta de que está hablando a un coronel?

— Déjemelo a mí —insistió Shelton, apartándole con un gesto. Su expresión era fría cuando se volvió de nuevo al conductor: — Sigan su camino. Siento mucho que les hayan detenido.

— No tiene importancia —dijo el conductor, con cortesía exagerada—. Otro día me tocará a mí.

Con aquella enigmática observación, puso en marcha el motor. La patrulla se apartó para dejar sitio. El coche aumentó su zumbido hasta la nota más alta, se lanzó carretera adelante y fue empequeñeciéndose a lo lejos.

—¡Por los cuernos de Júpiter! —juró Bidworthy, contemplándolo con rostro congestionado—. En este planeta hay más granujas faltos de disciplina que en toda la...

— Cálmese, sargento mayor —aconsejó Shelton—. Pienso lo mismo que usted... pero cuido mis arterias. El hacerlas polvo no resolverá ningún problema.

— Acaso, señor; pero...

— Nos enfrentamos aquí con algo muy extraño —prosiguió Shelton—. Tenemos que descubrir de qué se trata y cómo hacerle frente. Esto probablemente supondrá nuevas tácticas. Hasta ahora, la patrulla no ha conseguido nada.

Estamos malgastando el tiempo. Tendremos que discurrir algún método más eficaz para establecer contacto con las autoridades. Haga que los hombres regresen a la nave, sargento mayor.

— Muy bien, señor —Bidworthy saludó, dio media vuelta, entrechocó sus talones y abrió una boca cavernosa: — ¡Patrullaaa..! ¡A formar!

La conferencia duró hasta bien entrada la noche y se reanudó temprano. Durante estas horas de discusión, diversos semovientes, la mayor parte sobre ruedas, pasaron por la carretera, pero ninguno se detuvo a contemplar la monstruosa nave espacial ni se acercó a dirigir una palabra amistosa a sus tripulantes. Los extraños habitantes de este mundo parecían afligidos de una peculiar forma de ceguera mental e incapaces de ver una cosa hasta que les era arrojada a la cara, para entonces contemplarla con asombro.

Uno de los que pasaron a media mañana fue un camión rugiendo sobre dos docenas de balones de goma y cargado de muchachas con pañuelos de colores que cantaban algo de «un besito antes de despedirnos, mi amor». La media docena de soldados apostados cerca de la cuneta revivieron de pronto, saludaron, silbaron y gritaron. Esfuerzo baldío, porque la canción continuó sin altibajos y nadie contestó al saludo.

Para ayudar a la decepción de aquellos románticos, Bidworthy asomó la cabeza por la portezuela y gruñó:

— Si os sobran energías, puedo encontrar tarea para vosotros... y no de las más limpias. —Y los fue fulminando uno a uno con la mirada antes de retirarse.

En el interior, las jerarquías máximas se hallaban reunidas en torno a una mesa en forma de herradura, en el cuarto de derrota, y debatían la situación. La mayoría de ellos se complacían en repetir con nuevo énfasis lo dicho la noche anterior, ya que no había otros elementos que aportar.

— ¿Está seguro —preguntó el embajador de la Tierra al capitán Grayder—, de que este planeta no ha sido visitado desde que el último transporte de emigrantes descargó hace trescientos años?

— Seguro, excelencia. Esa visita hubiese sido registrada.

— Si se trataba de una nave terrestre. Pero, ¿y las otras? Tengo la impresión de que estas gentes han sido víctimas de una o más naves en visita no oficial y han quedado hartas para siempre de vehículos espaciales. Acaso les sometieron a malos tratos, o intentaron establecerse a la fuerza donde nadie les llamaba. Quizá tuviesen que luchar para expulsar a una banda de piratas, o fueron esquilmados por una flota de mercaderes sin escrúpulos.

— Es totalmente imposible, excelencia —declaró Grayder , la emigración se extendió por tal número de mundos que incluso hoy todos ellos están escasamente poblados y apenas un centenar desarrollados, y son incapaces de construir naves espaciales, ni siquiera rudimentarias. Aun los que conocen la técnica, carecen de los necesarios elementos industriales.

— Sí, eso he creído siempre.

— Todos los navíos con propulsión Blieder son construidos en el sistema solar y registrados como naves terrestres, y su destino es conocido. Aparte ellos, no existen más que ochenta o noventa cohetes anticuados comprados a precio de chatarra por el sistema Epsilon para hacer cabotaje entre sus catorce planetas. Uno de esos cohetes no sería capaz de llegar aquí ni en cien años.

— No, desde luego.

— Embarcaciones particulares capaces de este alcance no existen —aseguró Grayder— tampoco bucaneros del espacio, por la misma razón. Una Blieder cuesta tanto que el supuesto pirata tendría que ser billonario antes de dedicarse al oficio.

— Entonces —dijo el embajador, pensativo— volvemos a mi primera teoría... Que algo peculiar a este mundo, complicado con la endogamia, los ha trastornado.

— Todo está en favor de esa idea —intervino el coronel Shelton—. Debían haber visto como yo aquel coche repleto. Había un tipo fúnebre que llevaba los zapatos descabalados, uno marrón y otro amarillo. Y un majadero de cara inflada con un sombreo a rayas, como muestra de barbería. Sólo le faltaba la pipa de hacer pompas... y probablemente se la darán en el sitio a donde iban.

— ¿Y adónde iban?

— No lo sé, excelencia. Se negaron a revelarlo.

Lanzándole una mirada burlona, el embajador observó.

— Bien, he ahí una valiosa aportación a nuestros conocimientos. Nuestros espíritus se ven ahora enriquecidos por la idea de que un anónimo individuo puede recibir el regalo de un objeto inútil para un fin indefinible cuando alcance su desconocido destino.

Shelton se encogió, deseando no haber visto nunca al gordo o, mucho mejor, el maldito mundo al que pertenecía.

— En alguna parte tienen que tener una capital, una sede cívica, un centro de gobierno en el que actúen las personas que tienen las riendas —afirmó el embajador—. Hemos de encontrar ese lugar antes de tomar en nuestras manos y transformar con criterios actuales la organización que posean. Una capital es siempre grande con relación al territorio que administra. Nunca se trata de un lugar

corriente y anónimo. Posee ciertos rasgos físicos que le confieren importancia sobre el resto. Debe ser fácilmente visible desde el aire. Tenemos que buscarla... y en realidad, eso es lo que debíamos haber hecho desde el principio. Las capitales de los demás planetas han sido halladas sin dificultad, ¿Qué ocurre con ésta?

— Véalo por sí mismo, excelencia. —El capitán Grayder le tendió dos fotografías a través de la mesa—. Aquí están los dos hemisferios, tomados mientras nos aproximábamos. Nada hay en ellos que se parezca a una ciudad más importante que las otras. Ni siquiera una población notablemente mayor que sus hermanas o con características que la diferencien de ellas.

— No tengo gran fe en las fotografías, especialmente si están tomadas desde tan lejos. Ve más un par de ojos. Tenemos cuatro botes salvavidas capaces de recorrer este lugar de polo a polo. ¿Por qué no utilizarlos?

— Porque, excelencia, no están destinados a estos fines.

— ¿Y qué importa si dan resultado?

Grayder explicó, pacientemente:

— Fueron proyectados para ser lanzados al espacio y alcanzar inmediatamente las cuarenta mil millas. Son cohetes ordinarios del viejo estilo, sólo para casos de urgencia. No se puede hacer eficazmente una observación a

velocidad superior a cuatrocientas millas por hora, y mantener los botes a esta marcha es tratar de volar a la velocidad de aterrizaje, con lo cual se ahogan los tubos, pierden potencia, se produce un terrible gasto de combustible y se bordea la catástrofe, que seguramente se produciría.

— Entonces, ya es hora de que tengamos botes salvavidas propulsados por Blieder, como las naves.

— De acuerdo, excelencia. Pero el más pequeño motor Blieder tiene una masa terrestre de más de trescientas toneladas... Demasiado para un bote. —Recogiendo las fotografías, Grayder las guardó en un cajón—. Lo que necesitamos es un viejo aeroplano de hélice. Ellos pueden hacer lo que nosotros no: ir despacio.

— Lo mismo podía pedir una bicicleta —gruñó el embajador, molesto.

— La tenemos —informó Grayder—. El maquinista de décima Harrison tiene una.

—¿Y la ha traído?

— La lleva a todas partes. Se dice que duerme con ella.

—¿Un cosmonauta cargado con una bicicleta? —El embajador emitió un bocinazo nasal—. Supongo que será

para emocionarse con la sensación de velocidad que le da, con la impresión de precipitarse de cabeza al espacio.

— No lo sé, excelencia.

—¡Hum! Tráiganme a ese Harrison. A necio, necio y medio.

Grayder parpadeó, fue al cuadro de comunicaciones y habló por el sistema de altavoces de la nave:

— El maquinista de décima Harrison que se presente inmediatamente en el cuarto de derrota.

Harrison apareció al cabo de diez minutos. Había venido casi corriendo los mil doscientos metros que separaban la cámara de la sala de Blieders. Era un hombre delgado y nervudo, con oscuros ojos simiescos y un par de orejas que debían frenarle con el viento al pedalear. El embajador le examinó con curiosidad, como un zoólogo inspeccionaría a una jirafa color rosa.

— Tengo entendido que posee usted una bicicleta.

— No hay nada contra ello en las ordenanzas, señor, y por tanto... —dijo Harrison, suspicaz.

—¡Déjese de ordenanzas! —El embajador hizo un gesto de impaciencia: — Estamos varados en una situación absurda y queremos recurrir a métodos absurdos para salir de ella.

— Ya comprendo, señor.

— De modo que quiero que haga algo por mí. Saque su bicicleta, vaya a la ciudad, encuentre al alcalde, *sheriff,* gran preboste, jerarca supremo o como quiera que lo llamen, y dígale que está oficialmente invitado a cenar esta noche junto con todos los demás dignatarios cívicos que quiera traer y, naturalmente, sus esposas.

— Muy bien, señor.

— No habrá etiqueta —añadió el embajador.

Harrison enderezó una oreja, dejó caer la otra e inquirió:

—¿Perdón, señor?

— Que pueden vestirse como quieran,

— Ya. ¿Debo ir ahora mismo, señor?

— Al momento. Y vuelva lo antes posible con la respuesta.

Saludando torpemente, Harrison salió. Su excelencia buscó un sillón, se tendió en él bien estirado e ignoró las miradas de los otros.

— ¡Qué bien se está! —Sacó un largo cigarro y le mordió cuidadosamente la punta—. Si no podemos mover sus mentes, recurriremos a sus estómagos —guiñó el ojo a Grayder—, capitán, procure que no falte bebida. Algo fuerte.

Coñac venusiano o cosa parecida. Démosles una hora ante una mesa bien provista y ya verán cómo hablan. No habrá quien les haga callar en toda la noche. —Encendió el cigarro y lanzó una bocanada voluptuosa—. Es la vieja e infalible técnica de la diplomacia, la insidiosa seducción del vientre satisfecho. Nunca falla... ya lo verán.

***

Pedaleando con brío por la carretera, el maquinista de décima Harrison alcanzó la primera calle, bordeada de pequeñas casitas independientes rodeadas de cuidados jardines. Una mujer rolliza y de agradable aspecto estaba recortando un seto. Se le acercó, quitándose cortésmente la gorra.

— Perdón, señora. Busco al mayor personaje de la ciudad.

Ella se volvió a medias, le dirigió una mirada indiferente y señaló con sus tijeras hacia el sur.

— Se llama Jeff Baines. Tuerza primero a la derecha y después a la izquierda. Es una pequeña confitería.

— Gracias.

Siguió su marcha, oyendo cómo el tijereteo se reanudaba a su espalda. Primero a la derecha. Giró alrededor de un largo y bajo camión sobre globos de goma, aparcado junto a la esquina. Después a la izquierda. Tres chiquillos le

señalaron con el dedo, advirtiéndole a gritos que la rueda de atrás le daba vueltas. Encontró la confitería, apoyó un pedal en el bordillo y acarició a su máquina para tranquilizarla antes de entrar a ver a Jeff.

Había bastante que ver. Jeff tenía cuatro papadas, cincuenta y cinco centímetros de cuello y una panza que le sobresalía medio metro. Un mortal ordinario podía introducirse en cada una de las perneras de su pantalón sin quitarse la ropa. Pesaría lo menos ciento cincuenta kilos, y no cabía duda de que era el mayor hombre de la ciudad.

—¿Desea algo? —preguntó Jeff, poniéndose trabajosamente en pie.

— No, exactamente. —El maquinista de décima Harrison contempló el suculento despliegue de golosinas pensando que lo no vendido a la hora de cerrar no se lo echaban a los gatos—. Busco a una persona determinada.

—¿Si? No sé qué decirle... —se cogió el grueso labio, pensando unos instantes, y después sugirió: — Vea a Sid Wilcock, en la avenida Dañe. Es el hombre más decidido que conozco.

— No quiero decir eso —explicó Harrison—. Me refiero a que busco a alguien especial.

— Entonces ¿por qué no lo dijo? —Jeff Baines rumió el nuevo problema y finalmente decidió—: Para especial, no lo

hay como Green. Lo encontrará en la zapatería, al final de esta calle. No conozco a nadie con más rarezas y escrúpulos.

— No me comprende —explicó Harrison—. Ando en busca de un capitoste para invitarle a una comida.

Jeff Baines se acomodó en un alto escabel del que desbordaba por todos lados:

— Los picatostes son más típicos del norte. Allí los he comido muchas veces. Por aquí le va a costar trabajo encontrarlos. Pero sobran cosas ricas para colocar una *ob* al más exigente.

—¿Cómo?

— Que no es problema plantar una *ob* de ese modo, porque esta tierra tiene fama de buen comer, ¿no le parece?

— No lo sé... —Harrison abrió la boca de par en par mientras su cerebro daba vueltas al extraño problema de cómo plantar una *ob.*

—¿Cómo, que no lo sabe? —Jeff Baines se acarició un carrillo y suspiró. Señaló a su interlocutor—. ¿Eso que lleva es un uniforme?

— Pues claro.

—¡Ah! —dijo Jeff—. Bien me ha engañado con venir solo. Si hubiese visto a unos cuantos vestidos exactamente igual, en seguida me hubiese dado cuenta de que era un uniforme. Eso es lo que significa «uniforme»... todos iguales. ¿No es así?

— Creo que sí —asintió Harrison, que no había pensado jamás en aquello.

— Entonces, usted es de esa nave... Debí sospecharlo en seguida. Se conoce que hoy no ando muy despejado. Pero no esperaba ver a uno solo y rodando por aquí en un cacharro de pedales. ¿Es útil, verdad?

— Sí —dijo Harrison, mirando alrededor para asegurarse de que ningún socio le había soplado la bicicleta mientras estaba entretenido charlando. Su máquina seguía allí—, es útil.

— Está bien. Veamos... ¿a qué ha venido aquí?

— He estado intentando decírselo desde que llegué. Me han mandado para...

—¿Mandado? —Los ojos do Jeff so abrieron un poco más. —¿Quiere decir quo usted permite que le manden?

Harrison abrió la boca.

— Pues claro. ¿Por qué no?

— Ahora lo comprendo... —dijo Jeff Baines, mientras su gesto de confusión se iluminaba—. Me confunde con su extraño modo de hablar. ¿Se refiere a que plantó una *ob* a alguien?

—¿Qué es una *ob?* — preguntó Harrison, desesperado.

—¡No lo sabe! —comentó Jeff Baines, mirando al cielo con aire de súplica—. ¡No sabe ni eso! —Suspiró con resignación—. ¿Tiene usted hambre acaso?

— Sigamos con lo nuestro.

— De acuerdo. Puedo explicarle lo que es una *ob,* pero voy a hacer algo mejor... voy a enseñárselo —levantándose del taburete, marchó balanceándose hasta una puerta que tenía a su espalda—. No sé por qué me molesto en intentar educar a un uniforme. Debe ser porque estoy aburrido. Vamos, sígame.

Obediente, Harrison pasó detrás del mostrador, se detuvo para dirigir a su bicicleta un gesto tranquilizador y siguió al otro por un pasadizo que conducía a un patio.

Jeff Baines señaló un montón de cajas.

— Conservas —después indicó al almacén que había al lado—, ábralas y coloque las latas ahí dentro. Saque las vacías. Hágalo si le place. ¿Hay libertad, no? —Y emprendió de nuevo su balanceo camino de la tienda.

Una vez solo, Harrison se rascó las orejas, pensativo. Tenía la impresión de que allí había algún truco. Un candidato llamado Harrison estaba siendo tentado a hacer oposiciones al certificado de primo. Pero si el juego producía beneficios a quien lo organizaba, valdría la pena aprenderlo. No faltaría ocasión de emplearlo. El que no se arriesga...

Hizo con las cajas lo que se le pedía. Fueron veinte minutos de rápido trajín, tras de lo cual volvió a la tienda.

— Ahora —explicó Baines— usted ha hecho algo por mí. Eso significa que me ha planteado una *ob.* No le doy las gracias por lo que ha hecho. No hace falta. Lo único que tengo que hacer es librarme de la *ob.*

— ¿La *ob?*

— La obligación. ¿Para qué usar una palabra tan larga cuando basta con otra más breve? Una obligación es una *ob.* Y funciona así: Seth Warburton, el de la puerta de al lado, tiene encima una docena de mis *obs.* Entonces, yo me libro de la que acaba usted de plantarme, y le libro de una de las que él tiene conmigo, enviándole a usted a comer allí. — Escribió brevemente en un trozo de papel—. Déle esto.

Harrison lo leyó. Garrapateado con desaliño, decía: «Alimenta a este calamidad. Jeff Baines».

Ligeramente amoscado, salió y se quedó junto a la bicicleta releyendo el papel. Sí, decía «calamidad». Sabía de más de

uno en la nave a quien le hubiese dado un ataque de cólera. Se fijó en la tienda de al lado. Tenía el escaparate lleno de viandas y dos palabras en grandes letras sobre la puerta: *Seth–Comidas.*

Tomando una decisión a la que le animaban sus tripas, entró en casa de Seth llevando todavía el papel como si se tratase de una sentencia de muerte. Había un largo mostrador, cuyo final se perdía entre una nube de vapor y estruendo de cacharros. Eligió sitio en una mesa de mármol ocupada por una morena de ojos grises.

—¿Le molesta? — preguntó cortésmente, mientras se instalaba en una silla.

—¿Molestarme el qué? —Examinaba sus orejas como si se tratase de curiosos fenómenos. —¿Los niños, los perros, los noviazgos largos o salir cuando llueve?

—¿Le molesta que me siente aquí?

— Si no lo soporto, ya se lo diré. ¿Hay libertad, no?

— Sí —dijo Harrison—. Claro que la hay.

Se removió en su asiento con la sensación de haber resbalado a la primera. Buscaba algo más que decir, y en ese momento un hombre enjuto con chaquetilla blanca le plantó delante una bandeja llena de pollo frito y varias clases de verduras desconocidas para él.

El espectáculo le calmó los nervios. Ya no recordaba cuántos años hacía que no había visto pollos fritos, ni cuántos meses que sólo comía vegetales en polvo.

—¿Qué? —dijo el camarero, interpretando mal su éxtasis ante la comida—. ¿No le gusta?

— Sí —le entregó el trozo de papel—. ¡Vaya si me gusta!

Echando una mirada a la nota, el camarero dijo a alguien apenas visible entre el humo que envolvía el mostrador:

— Te has cargado otra de las de Jeff. —Y se alejó, rompiendo el papel en pedacitos.

— Buena jugada —comentó la morena señalando con un gesto la colmada bandeja— Le dan una *ob* de comida, usted la coloca al momento y todos en paz. Yo, en cambio, tendré que lavar platos para librarme de la mía, o matar una que Seth tenga de algún otro.

— Coloqué una partida de conservas. —Harrison tomó cuchillo y tenedor, con la boca hecha agua. En la nave no había cubiertos. No hacían falta para los polvos y las píldoras—. ¿Aquí no se puede elegir, verdad? Se conforma uno con lo que le den.

— No si tiene una *ob* sobre Seth. En ese caso, él ha de cumplir lo mejor que pueda. Debió decírselo en vez de esperar a ver lo que ocurría y quejarse después.

— No me quejo.

— Está en su derecho. ¿Hay libertad, no?

— Pensó un poco y continuó: — Pocas veces tengo alguna de ventaja sobre Seth, pero cuando la tengo, pido piña helada y me la traen a toda prisa. En cambio, si es él quien la tiene me toca a mí andar lista.

— Sus ojos grises se entornaron con súbita sospecha y añadió: — Escucha como si todo esto fuese nuevo para usted. ¿No es de aquí?

Él negó, con la boca llena de pollo. Al rato pudo ya decir:

— Soy de esa nave espacial.

—¡Dios mío! —Ella adoptó una actitud mucho más fría—. ¡Un *antigand!* Nunca lo hubiera sospechado. ¡Si parece usted casi humano!

— Es una semejanza que me ha tenido siempre muy orgulloso. —Sentía que su ingenio revivía junto con su estómago. Miró alrededor sin dejar de comer. Acudió el hombre de la chaquetilla blanca—. ¿Qué hay para beber?

— *Dith,* dulce y seco, *shemak* y café.

— Café. Solo y doble.

— El *shemak* es mejor —aconsejó la morenita cuando el camarero se alejó—. Pero no tengo por qué decírselo.

Le trajeron una jarra como de medio litro. Mientras se lo servía, dijo el camarero:

— Puede elegir, ya que es Seth el obligado. ¿Qué quiere después... pastel de manzana, bocaditos de *yompik,* chiribanos rayados o canimelones en almíbar?

— Piña helada.

—¡Puf! — El camarero parpadeó mirando a Harrison, lanzó a la chica tuna mirada acusadora, se marchó y trajo la piña.

Harrison la empujó ante sí.

— Tómela y disfrute.

— No podría comerla aunque quisiera.

— Tomó otra tajada de pollo, terminó el café y empezó a sentirse en paz con el mundo—. No se come mal aquí. — Hizo un movimiento indicador con su tenedor—. Vamos, ánimo. Olvídese de la línea.

— No —empujó con firmeza la piña hacia él—. Si la tomo, me habré cargado con una *ob.*

—¿Y qué?

— No permito a extraños plantarme una *ob.*

— Eso está muy bien. Muy digno de usted, —aprobó Harrison—. Los extraños tienen a veces ideas muy raras.

— Usted debe saberlo —asintió ella—. Aunque no sé a qué se refiere.

—¡Cuánta inocencia!

—¿Eh?

La piña volvió a viajar en dirección a ella.

—Si cree que esto le compromete a saldarme una *ob,* puede hacerlo ahora mismo y sin molestias. Sólo necesito cierta información. Dígame dónde puedo encontrar al pez más gordo de la localidad.

— Eso es fácil. Vaya a casa de Alee Peters, hacia la mitad de la calle Décima.

— Y la emprendió con el postre.

— Gracias. Empezaba a creer que estaban todos locos o hablaban en charadas.

Continuó con su comida, la terminó y se recostó satisfecho. El desacostumbrado alimento debió hacer que su cerebro trabajase con alguna mayor viveza, porque, al cabo de un

minuto, una expresión de profunda sospecha le ensombreció la cara y preguntó:

—¿Ese Peters tiene alguna pescadería?

— Claro.

Con un suspiro de placer, su vecina apartó el plato vacío.

Él gruñó por lo bajo antes de explicarle:

— A quien yo busco es al alcalde.

—¿Y eso qué es?

— El número uno. El patrón. El jefazo, mandamás o como ustedes lo llamen.

— Tampoco lo entiendo —dijo ella, realmente confusa.

— El hombre que rige esta ciudad. El que los dirige.

— Acláremelo un poco —sugirió ella, tratando de ayudarle—. ¿Qué o a quién tiene que dirigir ese ciudadano?

— A usted, a Seth y a todos los demás, —hizo un gesto para abarcar a la población entera.

Ella arrugó la frente.

—¿Dirigimos *adonde?*

— Adonde vayan.

Renunció, derrotada, e hizo una seña al camarero para que viniese en su ayuda.

— Matt, ¿vamos a ir a algún sitio?

—¿Y yo qué sé?

— Bueno, pregúntaselo a Seth.

Se marchó para volver con la respuesta.

— Seth dice que él se va a casa a las seis y que por qué lo pregunta.

—¿Le lleva alguien a casa?

— No diga cosas raras. Sabe el camino y no ha bebido.

— No sé por qué tiene que resultar esto tan difícil —intervino Harrison—. Díganme simplemente dónde puedo encontrar a un funcionario, a cualquier funcionario. El jefe de policía, el depositario, el comisario de cementerios o aunque sea un simple juez de paz.

—¿Qué es un funcionario? —preguntó Matt, francamente intrigado.

—¿Qué es un juez de paz? —le hizo dúo la morenita.

La mente de Harrison resbaló y dio un par de volteretas. Le costó un rato volver a reunir sus pensamientos y probar otra táctica.

— Supongamos —dijo a Matt —, que este local se incendie. ¿Qué haría usted?

—¡Abanicarlo! —respondió Matt, ya harto y sin esforzarse por disimularlo. Y se fue al mostrador con el aire de quien no tiene tiempo para gastarlo en tonterías.

— Lo apagaría —opinó la morena—. ¿Qué cree que iba a hacer?

—¿Y si no pudiese?

— Llamaría a otros para ayudar.

—¿Y le ayudarían?

— Naturalmente —aseguró ella, contemplándole con lástima—. Todos querrían aprovechar la ocasión. Menuda cosecha de *obs,* ¿no le parece?

— Sí, me parece. — Empezaba a sentirse sin fuerzas, pero dio un último tiento al problema—. ¿Y si el fuego fuese demasiado fuerte para que pudiesen apagarlo los que pasaban?

— Llamaría a los bomberos.

Retrocedía la derrota, remplazada por una aurora de triunfo.

—¡Ah! ¿Entonces hay bomberos? A eso me refiero cuando hablo de funcionarios. Eso es lo que estaba buscando. Dígame en seguida dónde puedo encontrar el parque.

— Al final de la Doce. No tiene pérdida.

— Gracias —se levantó apresuradamente—. Hasta la vista. —Salió a toda prisa, cogió su bicicleta y tomó la curva disparado.

El parque de bomberos era un amplio patio en el que había cuatro escaleras desplegables, una plataforma elevada y dos bombas múltiples, todas motorizadas por el acostumbrado sistema de los grandes balones de goma. Dentro, Harrison, se encontró a un hombrecillo vestido con unos enormes bombachos.

—¿Busca a alguien?

— Al jefe de bomberos.

—¿Y ése quién es?

Ya preparado para aquello, Harrison le habló como a un niño.

— Fíjese bien. Esto es un servicio contra incendios. Alguien tiene que dirigirlo. Alguien organiza este sitio, llena impresos, da timbrazos, decide los ascensos, abusa del que no tiene padrinos, se apunta los méritos, encasqueta a otros los fracasos y hace, más o menos, lo que le da la gana. Es el más importante del cotarro y todo el mundo le conoce —su índice se clavó en el pecho del hombrecillo—, y ése es el tipo a quien voy a hablar, aunque sea lo último que haga en mi vida.

— Nadie es más importante que los demás. ¿Cómo va a serlo? Me parece que no está usted en sus cabales.

— Usted dirá lo que quiera, pero le aseguro que...

Un campaneo desenfrenado vino a cortar la frase. Veinte hombres surgieron como por arte de magia, asaltaron una escalera y una multibomba y desaparecieron rugientes calle abajo.

Unos cascos aplastados en forma de palangana eran lo único común a todo el equipo. Por lo demás, parecían un museo de horrores indumentarios. El hombre de los bombachos, que se había subido a la bomba de un salto, se acomodó entre un bombero gordo que llevaba una especie de faja arco–iris y otro delgado con una faldilla escocesa amarillo canario. El último en aparecer usaba pendientes en forma de campanilla y persiguió desesperadamente a la

bomba, intentó agarrarse a la trasera, se soltó y quedó desconsolado viendo alejarse el estruendo. Volvió balanceando el casco en la mano.

—¡Qué mala pata! —comentó ante el boquiabierto Harrison—. La mejor alarma del año. Una gran fábrica de cerveza. Cuanto antes lleguen, mayores serán las *obs* que le plantifiquen. —Se pasó la lengua por los labios al pensarlo, sentado en un rollo de manguera de lona—. Bueno, quizá sea mejor para mi salud.

— Dígame una cosa —inquirió Harrison—. ¿De qué vive usted?

—¡Vaya una pregunta! Ya lo ve. Soy bombero.

— Lo sé. Lo que quiero decir es quién le paga.

—¿Pagarme?

—¿Quién le da dinero por hacer esto?

— Tiene usted una forma muy rara de hablar. ¿Qué es dinero?

Harrison se rascó el cráneo para activar la circulación sanguínea en su cerebro. «¿Qué es dinero?». Ya. Corrigió el tiro.

— Supongamos que su mujer necesita un abrigo nuevo. ¿Cómo lo consigue?

— Va a una tienda que tenga *obs* de incendios y salda un par de ellos.

—¿Pero qué pasa si no ha habido incendio en ningún comercio de ropas?

— Es usted bastante ignorante, hermano. ¿De qué parte del mundo sale? —Las campanillas de sus orejas tintinearon cuando se volvió para estudiarle un momento antes de proseguir—. Casi todas las tiendas tienen *obs* de incendio. Asignan unas cuantas por mes para estar más seguros. Se previenen, ¿comprende? Además, procuran de algún modo tener *obs* contra nosotros, para que cuando vamos en su ayuda tengamos que saldar primero las suyas antes de poderles plantar otras nuevas. Esto nos impide extralimitarnos y dejarnos llevar de la avaricia. Es una medida que reduce los riesgos del negocio. Bien pensado, ¿no le parece?

— Acaso, pero...

—¡Ahora caigo! —interrumpió el otro, entornando los ojos. — Usted es de la cosmonave. Es un *antigand.*

— Soy un terrestre —dijo Harrison con la debida dignidad. — Y aún más, todos los que fundaron este planeta eran terrestres.

—¿Quiere enseñarme nuestra historia? —Soltó la carcajada—. Está usted en un error. Hubo un cinco por ciento de marcianos.

— También ellos descienden de colonos terrestres —replicó Harrison.

—¿Y eso qué? Fue hace tanto tiempo... Las cosas cambian. En este mundo ya no hay terrestres ni marcianos... salvo ustedes, venidos sin que nadie les llamase. Aquí somos todos *gands.* Y ustedes, los entrometidos, *antigands.*

— No somos anti nada, que yo sepa. ¿De dónde se han sacado esa idea?

—*¡Mels!* —dijo el otro, de pronto decidido a no seguir intimando. Se inclinó el casco sobre la oreja y escupió en el suelo.

—¿Cómo?

— Ya me ha oído. Coja la *scooter* y lárguese.

Harrison cedió e hizo lo que le mandaban. Con aire sombrío inició el pedaleo hacia la nave.

Su excelencia le ensartó en una mirada autoritaria.

—¿De modo que al fin ha vuelto? ¿Cuántos van a venir y a qué hora?

— Ninguno, señor —dijo Harrison, sintiéndose más débil por momentos.

—¿Ninguno? —Las augustas cejas se enarcaron—. ¿Quiere decir que han rechazado mi invitación?

— No, señor.

El embajador hizo una pausa y al fin dijo:

— Explique lo que sea. No esté ahí con la boca abierta como si su velocípedo acabase de dar a luz un patín de ruedas. Dice que no han rechazado mi invitación..., pero que no va a venir nadie. ¿Qué quiere que haga con semejante explicación?

— No invité a nadie.

—¿De modo que no invitó a nadie? —Se volvió a Grayder, Shelton y los demás—. ¡No invitó a nadie! —Se enfrentó de nuevo con Harrison—. Supongo que se le olvidó. Embriagado por la libertad y el poder del hombre que cabalga su máquina, se lanzó por la ciudad lo menos a treinta por hora, sembrando la consternación entre los ciudadanos, despreciando sus leyes de tráfico, poniendo en peligro la vida de las personas y sin molestarse siquiera en tocar el timbre ni...

— No tengo timbre, señor —negó Harrison, dolido en lo más íntimo por aquella lista de enormidades—. Llevo una sirena que actúa por rotación con la rueda trasera.

—¡Además! —dijo el embajador, como quien abandona toda esperanza. Se echó hacia atrás y se enjugó la frente varias veces—. Hay uno a quien van a darle una pipa de hacer pompas... —señaló trágicamente con el dedo—... ¡y éste tiene una sirena!

— Yo mismo la proyecté, señor —dijo Harrison, obsequioso.

— Pues claro. Ya me lo imagino. Es lo que podía esperarse de usted. —El embajador volvió a recobrar su dominio—. Vamos, dígame algo en confianza, sólo entre usted y yo. —Se inclinó y le hizo la pregunta con un susurro que dio siete veces la vuelta a la sala—. ¿Por qué no invitó a nadie?

— No encontré a quien invitar, señor. Hice cuanto pude, pero no parecían saber de qué les hablaba. O lo fingían.

—¡Ya! — Su excelencia miró por la compuerta más cercana y consultó su reloj—. Está oscureciendo. Es tarde para intentar nada más. —Gruñó con fastidio—. Otro día perdido. Es el segundo, y seguimos cazando moscas. —Su mirada volvió a posarse en Harrison—. Bien, como de todos modos hay que matar el tiempo, podemos oír su historia completa.

Díganos lo ocurrido con todos los detalles. Quizá podamos hallarle algún sentido.

Harrison lo contó, terminando:

— Me parece, señor, que lo mismo hubiera dado seguir una semana tratando de sacar algo en limpio de gente que tiene el cerebro en dirección este–oeste mientras el mío señala norte–sur. Se puede estar charlando con ellos hasta el día del juicio, e incluso hallarse en confianza y disfrutar con la conversación, sin que ninguno sepa de qué está hablando el otro.

— Así parece —comentó secamente el embajador. Se volvió al capitán Grayder—. Usted ha viajado mucho y visto gran cantidad de mundos nuevos. ¿Qué saca en claro de todo este embrollo?

— Es un problema de semántica —dijo Grayder, a quien las circunstancias habían obligado a estudiar la materia—. Se presenta en casi todos los mundos que han estado largo tiempo sin contacto, aunque no suele ser tan grave como para resultar inabordable —se detuvo, recordando—. El primer tipo que encontramos en Basileus dijo, cordialmente y en lo que imaginaba un perfecto inglés: «¡Ya alegren descalzos!».

—¿Y qué quería decir?

— Pasen, pónganse las zapatillas y sean felices. En otras palabras, ¡bienvenidos! No era difícil descifrarlo, sobre todo si uno se espera ya algo semejante. —Grayder miró pensativamente a Harrison y continuó: — Aquí las cosas parecen haber llegado a mayores extremos. El idioma sigue siendo fluido y conserva las suficientes semejanzas superficiales para ocultar cambios más profundos, pero se ha alterado el sentido, se han descartado conceptos sustituyéndolos por otros, han cambiado los puntos de vista... y naturalmente, está el inevitable impacto del *argot* local.

— Como ese *mels* —apuntó su excelencia—. Es una extraña palabra sin aparentes raíces terrestres. Y no me gusta su manera de usarla. Suena tan insultante... Quizá tenga alguna relación con esas *obs* de que están siempre hablando.

— No la tiene —afirmó Harrison. Vaciló, vio que esperaban sus palabras y se decidió—. Al volver me crucé con la señora que me indicó la casa de Baines. Me preguntó si le había encontrado, y le dije que sí y le di las gracias. Charlamos un poco. Le pregunté qué significaba *mels.* Me dijo que era *argot* formado por iniciales... — Se detuvo.

— Adelante —dijo el embajador—, después de algunos de los comentarios que he oído por el tubo de ventilación de la sala de Blieders puedo digerir cualquier cosa. ¿Qué significa?

— «M–e–l–s» —informó Harrison, pestañeando—, «Métase en lo suyo».

—¡No! —Su excelencia se acaloró—. ¡Entonces era eso lo que me decían...!

— Me temo que sí, señor.

— Está claro que tienen mucho que aprender —su cuello se hinchó con repentina furia antidiplomática, dio una palmada en la mesa y dijo a voz en cuello: —¡Y van a aprenderlo!

— Sí, señor —aprobó Harrison, más violento que nunca y deseando marcharse—. ¿Puedo ir a echar un vistazo a mi bicicleta?

—¡Salga de mi vista! —gritó el embajador. Hizo un par de gestos sin sentido y volvió la cara congestionada al capitán Grayder—. ¡Bicicleta! ¿Hay alguien en la nave que tenga una honda?

— Lo dudo, excelencia, pero si lo desea haré averiguaciones.

— No sea imbécil —ordenó su excelencia—. Tenemos ya cubierto el cupo de majaderos.

Aplazada hasta la mañana siguiente, la próxima conferencia fue relativamente breve y tranquila. Su

excelencia tomó asiento, carraspeó, se ajustó la chaqueta y recorrió la mesa con mirada severa.

— Examinemos otra vez lo conseguido. Sabemos que los asnos que habitan este planeta se llaman a sí mismos *gands,* se interesan muy poco por su origen terrestre y se empeñan en calificarnos de *antigands.* Esto supone toda una educación, y como resultado una opinión, hostil hacia nosotros. Se les ha enseñado desde la infancia a dar por sentado que siempre que aparezcamos en escena será para ir contra todo lo que ellos prefieren.

— Y no tenemos la más remota idea de cuáles son estas preferencias —dijo el coronel Shelton, sin venir a cuento. Pero servía para demostrar que estaba presente y atento.

— Me doy perfecta cuenta de nuestra ignorancia a este respecto —comentó el embajador—, mantienen una conspiración del silencio sobre sus motivaciones esenciales. Hemos de romperla de algún modo. —Carraspeó para continuar—. Tienen un extraño sistema económico no monetario que, en mi opinión, sólo puede funcionar cuando existe gran abundancia. No podrán soportar el día en que la superpoblación ocasione escaseces graves. El sistema parece basarse en técnicas cooperativas, régimen de empresa social, una red de palabras de honor propias de un jardín de infancia y una buena dosis de pura y simple payasada. Esto lo hace aún más absurdo que aquel galimatías que encontraron en los otros cuatro planetas del sistema Epsilon.

— Pero funciona —observó Grayder, categórico.

— En cierto modo. La bicicleta del maquinista ese de las orejas de soplillo también funciona... ¡Pero a qué costa! ¿Cuántos sudores le ahorraría un vehículo a motor?

— Encantado con su ejemplo, el embajador lo saboreó unos segundos—. Este sistema de economía —si a eso puede llamarse un sistema— es casi con certeza el resultado final del azaroso desarrollo de alguna excentricidad traída por los primeros pobladores. Sigue sin motorizar, como si dijésemos. Lo saben, pero no desean remediarlo porque mentalmente llevan trescientos años de retraso. Temen el cambio, a la mejora, a la eficacia... como la mayoría de los pueblos atrasados. Además, algunos de ellos tienen interés en conservar las cosas como están.

— Resolló con estruendo para expresar su menosprecio—. Van contra nosotros sólo porque prefieren seguir sesteando.

Su mirada autoritaria recorrió la mesa, desafiándoles a decir que ésta podía ser una razón tan buena como cualquier otra. Pero eran demasiado disciplinados para caer en la trampa. Ninguno hizo comentarios, por lo que prosiguió:

— A su debido tiempo, cuando tengamos el asunto en la mano, se nos presentará una larga y fastidiosa tarea. Habremos de alterar todo su sistema docente con vistas a eliminar los prejuicios antiterrestres y ponerles al día en las

realidades vitales. Ya hemos tenido que hacerlo en algunos otros planetas, pero no en la medida en que será necesario aquí.

— Lo conseguiremos —prometió alguien.

Ignorándole, el embajador concluyó:

— No obstante, todo esto pertenece al futuro. Ahora tenemos un problema que resolver. ¿Dónde están los resortes del poder y quién los maneja? He aquí algo que hemos de solucionar antes de conseguir el menor progreso. ¿Cómo vamos a hacerlo? —Se echó hacia atrás en su sillón y añadió: — Hagan trabajar a sus cerebros y comuníquenme sus brillantes ideas.

El capitán Grayder se puso en pie, con un grueso volumen encuadernado en cuero en la mano.

— Excelencia, no creo que necesitemos discurrir nuevos planes para establecer contacto y conseguir informes esenciales. Me parece que el próximo paso va a dictárnoslo la necesidad.

—¿Qué quiere decir?

— En mi tripulación hay muchos veteranos, auténticos picapleitos del espacio —golpeó sobre el libro—, conocen las ordenanzas tan bien como yo. A veces creo que las conocen más de la cuenta.

—¿Y...?

Grayder abrió el libro:

— La norma 127, dice que «en un mundo hostil la tripulación presta servicio en pie de guerra hasta volver al espacio. En un mundo no hostil, el servicio se rige por las normas de tiempo de paz».

—¿Y qué deduce usted de ello?

— La norma 131 A, dice que «en estado de paz, la tripulación —con excepción del mínimo necesario para el funcionamiento de los servicios—, tiene derecho a un permiso en tierra inmediatamente después de terminar la descarga de la nave, si hiciese transporte, o a las setenta y dos horas terrestres de la llegada en todo caso ». — Levantó la vista—. A mediodía todos los hombres estarán preparados para desembarcar y deseando hacerlo. Habrá protestas si se les prohíbe.

— ¿De veras? —dijo el embajador, sonriendo ladinamente—. ¿Y qué pasará si yo digo que este mundo es hostil? ¿Tendrán que agachar las orejas, no?

Consultando impasible su libro, Grayder volvió a leer:

— La norma 148 dice que «se califica de mundo hostil al planeta que sistemáticamente se opone por la fuerza a los ciudadanos del imperio». —Volvió la página—. Para los

efectos de estas normas, la fuerza es definida como «toda acción dirigida a infligir daño físico, logre o no su intento».

— No estoy de acuerdo —dijo el embajador frunciendo acusadamente el ceño—. Un mundo puede ser psicológicamente hostil sin recurrir a la fuerza. Aquí tenemos un ejemplo. No estamos ante un mundo amistoso.

— No hay mundos amistosos en las ordenanzas espaciales —informó Grayder—. Todo planeta pertenece a una de esas dos clases, hostil o no hostil —golpeó la cubierta de cuero, todo está aquí previsto.

— Seríamos unos locos de atar si consintiésemos que un simple libro nos diese órdenes o permitiese que nos las dé la tripulación. Tírelo por la ventanilla, métalo en el desintegrador o líbrese de él como quiera... y olvídelo.

— Con todos los respetos, excelencia, no puedo hacerlo. — Grayder abrió el tomo por la primera página—. Las normas básicas 1 A, 1 B y 1 C dicen lo siguiente: «Tanto en el espacio como en tierra, el personal de una nave está bajo el mando directo de su capitán o del lugarteniente de éste, que se regirán exclusivamente por las ordenanzas espaciales y serán responsables únicamente ante el comité espacial con sede en la Tierra. La misma norma es aplicable a cuantas tropas, funcionarios y pasajeros civiles se hallen a bordo de una nave en travesía espacial, tanto durante el vuelo como en escala. Con independencia de su rango o autoridad, todos

ellos están subordinados al capitán o a su lugarteniente». Lugarteniente es «el oficial que hace las veces de su inmediato superior por incapacidad o ausencia de éste».

— En resumen, que es usted el amo —dijo el embajador, no muy complacido—. Si no nos gusta, tendremos que abandonar la nave.

— Con el mayor respeto, debo confirmar que tal es la situación. Yo nada puedo hacer... las ordenanzas son las ordenanzas. ¡Y mis hombres lo saben! —Cerró ruidosamente el libro y lo apartó de sí—. Los hombres esperarán hasta mediodía, planchando sus pantalones, dándose brillantina y todo lo demás. Después se dirigirán a mí por el conducto reglamentario, a lo que nada puedo oponer. Pedirán al primer contramaestre que me presente la lista de permisos para mi aprobación —suspiró profundamente—, lo más que puedo hacer es discutir ciertos nombres y tachar a unos cuantos... pero me es imposible negar el permiso a los demás.

— La libertad para irse de juerga puede ser buena cosa, después de todo —sugirió el coronel Shelton, nada enemigo de contribuir en persona a la operación—. Un villorrio como éste despierta cuando la flota está en el puerto. Necesitamos establecer el mayor número posible de contactos. ¿No es eso lo que perseguimos?

— Necesitamos dar con los jefes de este planeta —puntualizó el embajador—. Y no me los imagino emperejilándose, poniéndose sus mejores sombreros y precipitándose a invitar a una banda de marinos ansiosos. —Sus lozanos rasgos se endurecieron—. Tenemos que encontrar las agujas de este pajar, y no es trabajo para una pandilla de juerguistas.

— Estoy bastante de acuerdo con vuecencia —intervino Grayder—, pero no habrá más remedio que probar. Si los hombres quieren salir, las circunstancias me privan de poder para impedírselo. Sólo una cosa podría darme ese poder.

— ¿Y cuál es?

— Pruebas que me permitan declarar a este mundo hostil en el sentido de las ordenanzas espaciales.

— Bien, ¿y no podremos arreglarlo de algún modo? —Sin esperar respuesta, el embajador continuó: —En toda tripulación hay un pendenciero incurable. Busque al suyo, dele un vaso doble de coñac venusiano y dígale que tiene permiso..., pero que duda si podrá disfrutarlo, porque esos *gands* nos desprecian como a ratones. Después, póngale en la puerta. Cuando vuelva con un ojo negro y contando mentiras sobre esos tipos, declare hostil al planeta —movió la mano en expresivo gesto—. Ahí lo tiene. Violencia física. Todo según el libro.

— La norma 148 A, al subrayar que la oposición por la fuerza ha de ser sistemática, advierte que los altercados individuales no pueden ser tomados como prueba de hostilidad.

El embajador se encaró airado con el decano de los funcionarios:

— Cuando vuelva a la Tierra, si es que vuelve, puede contar al departamento que corresponda cómo está el servicio de atascado, desordenado y obstaculizado por culpa de los burócratas que escriben libros.

Antes de que el otro pudiese discurrir una respuesta en defensa de sus colegas que no contradijese al embajador, llamaron a la puerta. Entró el primer contramaestre Morgan, saludó marcialmente y ofreció un papel al capitán Grayder.

— La primera lista de permisos, señor. ¿Le parece bien?

Cuatrocientos veinte hombres cayeron sobre la ciudad a primeras horas de la tarde. Avanzaban hacia ella como suelen los hombres que han estado largo tiempo privados de sus brillantes luces, es decir, ansiosos y expectantes, en bulliciosos grupos que iban de la pareja a la nutrida pandilla.

Gleed se unió a Harrison. Ninguno de los dos tenía colegas, aquél por ser el único sargento con permiso, éste como el único maquinista de décima clase que venía en la nave. Eran también los dos únicos peces fuera del agua, porque ambos

vestían de paisano, y Gleed echaba de menos su uniforme mientras Harrison se sentía desnudo sin su bicicleta. Tan triviales rasgos les daban lo bastante en común para justificar al menos una jornada en compañía.

— Esto es estupendo —afirmó Gleed con inmenso entusiasmo—, he disfrutado en mi vida muchos permisos, pero éste es único. En todos los demás, la gente se enfrentaba con el mismo problema: qué usar como dinero. Tenían que acabar como un batallón de Santa Claus, cargando con cuanto pudiera servir para hacer algún trato. Casi siempre las nuevas décimas partes de ello resultaban inútiles y les tocaba volver a pujarlas hasta la nave.

— En Perséfone —dijo Harrison—, uno de aquellos *milik* tan zanquilargos me ofreció un diamante de veinte quilates, azulado y con aguas, por mi bicicleta.

—¡Qué bárbaro! ¿Y no lo cogiste?

—¿Para qué? Hubiese tenido que retroceder dieciséis años–luz para comprarme otra.

— Podrías arreglarte sin bicicleta una temporada.

— Mejor me las arreglo sin diamante. No puedo ir por ahí montado en él.

— Ni tampoco tendrás más ocasiones de vender una bicicleta por el precio de una selenave de *sport.*

— Quién sabe... Lo cierto es que aquel *milik* me ofreció un pedrusco como un huevo.

—¡Estás loco! Te hubiesen dado de doscientos a doscientos cincuenta mil créditos por aquel pedrusco, como tú dices, si no tenía tachas. —El sargento Gleed se relamió al pensar en aquel montón de papel—. Dinero en abundancia... eso es lo que importa. Y eso es lo que tiene este permiso. Siempre que salíamos, Grayder nos sermoneaba sobre la importancia de causar buena impresión, portarnos como auténticos cosmonautas y todo eso. Esta vez habló de dinero.

— Es cosa del embajador.

— De quien sea —dijo Gleed—. Diez créditos, una botella de coñac y permiso doble para todo el que vuelva a la nave con un *gand* adulto, varón o hembra, sociable y dispuesto a cantar.

— No será fácil ganárselos.

— Cien créditos para quien consiga el nombre y dirección del primer dignatario cívico de la ciudad. Mil por el nombre y situación exacta de la capital del planeta —silbó feliz y añadió: — Alguien va a echar mano a esa pasta y no será Bidworthy. Ése no salió de la madriguera. Lo sé... porque era yo quien estaba en la puerta.

Dejó de hablar y se volvió para mirar a una rubia alta y cimbreante que se cruzó con ellos. Harrison le cogió por el brazo.

— Aquí está la tienda de ese Baines de quien te hablé. Vamos a entrar.

— Bueno, entraremos —lo siguió a regañadientes, con la mirada todavía tirando de él calle abajo.

— Buenas tardes —dijo Harrison en tono jovial.

— No lo son —le contradijo Jeff Baines—. No se vende nada. Hoy se juega una semifinal y está allí medio mundo. Se acordarán del estómago cuando esté cerrado, y mañana vendrán todos a la vez y no habrá manera de servirlos.

—¿Cómo puede irle mal el negocio si no gana dinero ni siquiera cuando va bien?, le preguntó Gleed, aplicando razonadamente lo que sabía por Harrison.

Los grandes ojos de luna de Jeff se posaron en él lentamente antes de volverse a Harrison.

— De modo que otro de los suyos... ¿De qué habla?

— De dinero —dijo Harrison—. Una cosa que utilizamos para simplificar el comercio. Son unos impresos, una especie de *obs* escritas de diversos tamaños.

—¡Qué significativo es eso! —observó Jeff Baines—. ¿Cómo fiarse de una gente que tiene que registrar por escrito cada *ob* porque ni siquiera se fían unos de otros?

— Se acercó bamboleándose a su alto taburete y se instaló en él. Su aliento era trabajoso y silbante—. Y esto confirma lo que siempre han enseñado en nuestras escuelas... que un *antigand* es capaz de engañar a su madre viuda.

— Sus escuelas están equivocadas —aseguró Harrison.

— Es posible —Jeff no veía la necesidad de discutirlo—, pero tomaremos nuestras precauciones hasta que cambiemos de opinión —los miró con mayor atención—. De todos modos, ¿qué se les ofrece?

— Necesitamos un buen consejo —se apresuró Gleed—, estamos de permiso. ¿Hacia dónde caen los mejores sitios para comer y divertirse?

—¿Cuánto tiempo tienen?

— Hasta mañana al oscurecer.

— Imposible —Jeff Baines sacudió tristemente la cabeza. Necesitarían de aquí a entonces para plantear las *obs* precisas y empezar a conseguir lo que desean. Además, muchos no permitirán que un *antigand* les plante una *ob.* Son algo raros, ¿saben?

—¿No podremos siquiera conseguir una buena comida? —preguntó Harrison.

— No sé qué decirles —Jeff lo pensó, rascándose algunas de sus barbillas—. Quizá consigan arreglárselas..., pero en esta ocasión no puedo ayudarles. No tienen nada que yo necesite, de modo que no pueden usar ninguna de las *obs* que tengo plantadas.

—¿Y qué nos aconseja usted?

— Si fuesen de aquí, sería distinto. Podrían conseguir cuanto quisieran ahora mismo cargándose con un montón de *obs* para saldarlas en el futuro a medida que surgiese la oportunidad. Pero no creo que nadie dé crédito a unos *antigands* que están hoy aquí y mañana quién sabe dónde.

— No tan de prisa —aconsejó Gleed—. Cuando envían un embajador imperial quiere decir que los terrestres no piensan moverse de aquí.

—¿Quién dice eso?

— El imperio. Ustedes forman parte de él, ¿no?

—¡Ni hablar! —dijo Jeff—. No formamos parte de nada ni queremos formarla. Y aún más, nadie va a obligamos a ello.

Gleed se apoyó sobre el mostrador y contempló con aire ausente una gran lata de jamón cocido.

— Teniendo en cuenta que estoy de paisano y franco de servicio, simpatizo con usted, aunque no debiera decirlo. Tampoco a mí me gustaría dar con mis huesos en las manos de unos burócratas de otro mundo. Pero les va a costar lo suyo echarnos de aquí. Las cosas como son.

— No con nuestros medios —opinó Jeff. Parecía muy confiado.

— No parecen tener muchos —dijo Gleed, más en son de amistosa crítica que con abierto desprecio. Se volvió a Harrison: —¿No crees?

— Nadie lo diría —opinó Harrison.

— No se fíen de las apariencias —aconsejó Jeff—. Tenemos más de lo que pueden sospechar.

—¿Qué, por ejemplo?

— Pues, para empezar, el arma más poderosa que pudo imaginar la mente humana. Somos *gands,* ¿saben? Por tanto, no necesitamos naves ni cañones ni otros juguetes semejantes. Tenemos algo mejor, algo eficaz y contra lo que no existe defensa.

— Me gustaría verlo —le desafió Gleed. Los datos sobre un arma nueva poderosísima serían algo más valioso que la dirección del alcalde. Grayder podría sentirse lo bastante impresionado para aumentar la prima hasta cinco mil

créditos. Con un matiz de sacasmo, añadió: — Pero, naturalmente, no espero que usted revele tales secretos.

— No es nada secreto —dijo Jeff, para su sorpresa—. Pueden tenerlo gratis siempre que quieran. Ningún *gand* esperará recompensa por ello. ¿Quieren saber por qué?

— Desde luego.

— Porque sólo actúa en un sentido. Podemos usarla contra ustedes... pero ustedes no pueden utilizarla contra nosotros.

— Eso no existe. No hay arma inventable que otro no pueda utilizar si cae en sus manos y sabe cómo manejarla.

—¿Está seguro?

— Segurísimo —dijo Gleed, sin la menor vacilación—. Llevo veinte años en las tropas cósmicas y sé cuanto hay que saber de armas, desde los arcos y las flechas a las bombas H. Si quiere tomarme el pelo, ha ido a mal sitio. Un arma de dirección única es imposible.

— No discuta —sugirió Harrison a Baines—. No se convencerá hasta que lo vea.

— Ya me doy cuenta —la cara de Jeff Baines se iluminó con una lenta sonrisa—. Ya les he dicho que podrían tener nuestra arma milagrosa con sólo pedirla. ¿Por qué no la piden?

— De acuerdo; ya la estoy pidiendo —Gleed lo dijo sin mucho entusiasmo. Un arma que se entrega a petición, sin ni siquiera la necesidad de plantar primero una pequeña *ob,* no podía ser muy poderosa. Sus imaginarios cinco mil créditos se quedaron en cinco, y después en ninguno—. Démela y déjeme probarla.

Girando pesadamente en su taburete, Jeff estiró el brazo, descolgó una pequeña y reluciente placa que pendía de un gancho y la puso en el mostrador.

— Guárdesela —dijo—, y que le sirva de provecho.

Gleed la examinó, dándole vueltas y más vueltas entre sus dedos. No era más que una pieza ovalada de una sustancia semejante al marfil. Uno de los lados estaba liso y brillante. El otro tenía tres letras profundamente grabadas: *L–N. Q.*

Levantó la vista, confuso.

— ¿Llama a esto un arma?

— Naturalmente.

— Entonces no lo entiendo —pasó la placa a Harrison—. ¿Y tú?

— Tampoco —Harrison la examinó a fondo—. ¿Qué significa esto de *L–N. Q.*

— *Argot* en iniciales — informó Baines —. El uso lo ha convertido en lenguaje correcto. Ha llegado a ser un lema mundial. Lo verán por todas partes, si es que no se han fijado ya en él.

— Lo he visto en algún sitio, pero sin darle importancia ni creer que tuviese ningún significado especial. Ahora recuerdo que estaba escrito en el restaurante de Seth y en el parque de bomberos.

— También figuraba en los costados de aquel autobús que no pudimos vaciar —añadió Gleed—. Pero no le encontré ningún sentido.

— Pues tiene mucho —dijo Jeff—. «¡Libertad–No quiero!».

Gleed se quedó helado. Vio cómo Harrison se guardaba pensativo la placa.

— Una especie de abracadabra. ¡Vaya un arma!

— La ignorancia es una bendición —observó Baines, extrañamente seguro de sí mismo—. Especialmente cuando se ignora que se está jugando en el seguro de algo que puede estallar.

— Está bien —le desafió Gleed, cogiéndole por la palabra —. Díganos cómo funciona.

— No lo haré.

Volvía a su enigmática sonrisa. Parecía altamente satisfecho de algo.

— Pues sí que nos ayuda... —Gleed se sentía aplanado, sobre todo al pensar en sus sueños monetarios—. Se jacta de tener el arma de dirección única, nos da un trozo de algo con tres letras y se queda mudo. Hablar es muy fácil. ¿Pero con qué demuestra lo que ha dicho?

— No pienso demostrarlo —dijo Baines, con la sonrisa más ancha que nunca. Y lanzó al expectante Harrison un guiño significativo.

Aquello hizo saltar una chispa en el cerebro del maquinista. Dejó caer la mandíbula, sacó la placa del bolso y la contempló como si la viese por vez primera.

— Devuélvamela —le pidió Baines, observándole.

Volviendo a meterla en el bolso, Harrison dijo con firmeza.

—¡No quiero!

— Unos son menos lerdos que otros

— dijo Baines, soltando una carcajada. Ofendido por el comentario, Gleed tendió la mano a Harrison.

— Déjame ver eso otra vez.

— No quiero —dijo Harrison, mirándole a los ojos.

—¡Eh, qué modos son ésos...? —La protesta de Gleed se desinfló. Quedó inmóvil, la mirada levemente vidriosa mientras su cerebro daba varios saltos mortales. Al fin, exclamó—: ¡Qué revolución!

— Exactamente —aprobó Baines—, le costó algún trabajo cogerlo.

Anegado por la marea de sus propias ideas insubordinadas, Gleed dijo apresuradamente a Harrison:

— Vámonos de aquí. Tengo que pensar. Necesito un lugar tranquilo.

Había un pequeño parque con bancos, césped y flores y una fuentecilla con algunos niños que jugaban alrededor. Eligieron un sitio que daba frente a una alegre alfombra de flores exóticas, se sentaron y meditaron un rato.

Al fin, Gleed comentó:

— Para un hombre solo sería un martirio, pero todo un mundo... —su voz se apagó para volver al cabo—, he llevado la cosa hasta donde soy capaz, y los resultados me dan vértigo.

Harrison siguió callado.

— Por ejemplo —prosiguió Gleed—, supongamos que al volver a la nave, ese rinoceronte de Bidworthy me da una

orden. Yo le miro a la cara y digo: «¡No quiero!». Entonces él cae muerto o me encierra en el calabozo.

—¡Valiente negocio!

— Un momento..., que no he terminado. Ya estoy encerrado, pero aquello sigue sin hacer. Entonces, Bidworthy llama a algún otro. La víctima, como buen compañero, le lanza también la fría mirada y dice: «¡No quiero!». A continuación pasa al calabozo, con lo que ya tengo compañía. Bidworthy prueba otra vez y otra... La ratonera se llena. Sólo caben veinte, de modo que tienen que echar mano de la camareta de los maquinistas.

— Deja en paz nuestra camareta —le pidió Harrison.

— Echan mano de ella —insistió Gleed, firmemente decidido a meter en el ajo a los maquinistas—. Pronto queda también llena hasta el techo de involuntarios. Bidworthy sigue encerrándolos a toda marcha... si para entonces no le ha estallado una docena de venas. Entonces recurren a los dormitorios de la sala de máquinas...

—¿Por qué la has tomado con nosotros?

—...y los llenan de gente hasta el techo —siguió Gleed, rebosante de placer sádico ante la idea—. Hasta que al fin Bidworthy tiene que coger cubo y cepillo y arrodillarse a fregar la cubierta mientras Grayder, Shelton y los demás hacen de carceleros. En ese momento, su grandeza el

embajador ya está en el fogón ocupado en cocinar para ti y para mí, ayudado por una desconcertada pandilla de pelotilleros chupatintas —echó una imaginaria mirada al cuadro y terminó—: ¡Qué bien huele!

Una pelota de colores vino rodando hasta él. Se detuvo y la recogió. Al momento, un niño de unos siete años se le acercó corriendo y le dijo con mucha compostura:

—¿Me da la pelota, por favor?

— No quiero —dijo Gleed, sosteniéndola con firmeza.

No hubo protestas, rabia ni lágrimas. El niño se limitó a hacer un gesto de desencanto y se volvió para marcharse.

— Tómala, pequeño.

— Gracias —la cogió y echó a correr.

—¿Qué pasaría —dijo Harrison— si cuantos viven en el imperio, desde Prometeo a Kaldor Cuatro, a través de un espacio de mil ochocientos años–luz, rompiesen el aviso cada vez que les llaman a pagar el impuesto sobre la renta y dijesen: «¡No quiero!»?

— Necesitaríamos un segundo universo para encerrarlos y un tercero para proporcionarnos los guardias.

— Sería el caos —prosiguió Harrison. Señaló hacia la fuente y los niños que jugaban alrededor—. Pero aquí no aparece ningún caos. Al menos en lo que está a la vista. Esto significa que no exageran lo de la negativa. La aplican juiciosamente, según normas por todos aceptadas. Lo que no se me alcanza es cuáles pueden ser esas normas.

— Tampoco a mí.

Un viejo se detuvo junto a ellos, los miró vacilante y decidió detener a un muchacho que pasaba.

—¿Puedes decirme de dónde sale el coche para Villamartín?

— Del otro extremo de la Octava —le informó el chico—, lo hay cada hora. Le pondrán las esposas antes de salir.

—¿Esposas? —alzó las cejas sorprendido—, ¿y por qué?

— Esa carretera pasa junto a la cosmonave. Los *antigands* pueden tratar de obligarle a apearse.

—¡Ah, claro! —siguió su camino, echó una nueva mirada a Gleed y Harrison y murmuró al pasar: — Esos *antigands...* ¡qué fastidio!

— Desde luego —aprobó Gleed—. Nosotros siempre diciéndoles que salgan y ellos siempre diciendo «no queremos».

El viejo estuvo a punto de pararse, reaccionó, le dirigió una mirada de extrañeza y siguió su camino.

— A algunos parece extrañarles nuestro acento —comentó Harrison—. Aunque nadie notó el mío cuando estuve comiendo en casa de Seth.

Gleed pareció poseído de un súbito interés.

— Donde se ha comido una vez se puede comer otra. Vamos a probar. ¿Qué podemos perder?

— La paciencia —dijo Harrison, y se detuvo—. Probaremos con Seth. Si no se aviene, lo intentaremos con alguien más; y si falla, me veo ya morir de hambre.

— Que parece ser exactamente lo que pretenden —dijo Gleed. Prometiéndose a sí mismo: — Tendrán que pasar sobre mi cadáver.

— Así va a ser —asintió Harrison—, sobre tu cadáver.

Se les acercó Matt con una servilleta al brazo.

— No sirvo a *antigands.*

— La última vez sí me sirvió —le dijo Harrison.

— Puede... No sabía que fuese de esa nave. ¡Pero ahora lo sé! —Sacudió con el paño una esquina de la mesa—. Ningún *antigand* conseguirá que yo le sirva.

— ¿Hay algún otro sitio donde podamos comer?

— No, a menos que alguien les permita plantarle una *ob.* No lo harán si saben quiénes son, pero tienen alguna probabilidad de que se equivoquen como yo —nuevo servilletazo—; pero no me equivoco dos veces.

— Está equivocándose ahora mismo —dijo Gleed, con voz firme y autoritaria. Dio un codazo a Harrison—. ¡Vea esto! — Su mano salió del bolsillo empuñando una pequeña pistola de onda explosiva. Apuntó a Matt y continuó: — Normalmente, podría costarme un disgusto, pero en la nave ya no están para darle disgustos a nadie. Los tenéis hartos con vuestras testarudeces —movió el arma—. Andando y tráenos dos bandejas bien llenas.

— No —dijo Matt, apretando la mandíbula e ignorando el arma.

Gleed accionó el seguro, que se movió con un audible *clik.*

— Ahora está a punto. Un estornudo puede dispararla. ¡Vamos, muévete!

— No quiero —insistió Matt.

Con gesto de fastidio, Gleed volvió a guardarse el arma en el bolso.

— Era una broma. No está energizada.

— Aunque lo estuviese —aseguró Matt—. ¡No sirvo a *antigands* y se acabó!

— Supon que se me hubiese subido la sangre a la cabeza y hubiese disparado.

— ¿Y quién iba a servirle después? Un hombre muerto no es útil para nadie. Ya es hora de que vayan aprendiendo un poco de lógica.

Era la última flecha y emprendió la retirada.

— Tiene razón —observó Harrison, visiblemente deprimido—. ¿De qué sirve un fiambre? Entonces sí que no hay quién le dé órdenes.

— No tan de prisa. Un par de tipos por ahí tendidos pueden espabilar a los otros. Quizás anduviesen más listos entonces.

— Piensas en términos terrestres —dijo Harrison—. Es un error. Ellos ya no lo son, aunque viniesen de allí. Son *gands* —reflexionó: — no tengo idea de lo que es un *gand,* pero sospecho que una especie de fanático. La Tierra exportó maniáticos a millones en la época de la «Gran Explosión». Recuerda qué pandilla de insensatos había en Hygeia.

— Estuve allí una vez e intenté por todos los medios no mirar —confesó Gleed, recordando—, pero al fin no pude evitarlo. No llevaban entre todos ni una hoja de parra. Se empeñaban en que nuestros vestidos eran obscenos, de

modo que al fin tuvimos que quitárnoslos. ¿Sabes lo que llevaba yo cuando nos despedimos?

— Una actitud digna —sugirió Harrison.

— Eso y un disco de identidad en cupro–plata, acuñado oficialmente para uso de los cosmonautas. ¡Ah! Y tres rayas de pintura en el brazo izquierdo para demostrar que era sargento. ¡Valiente facha de sargento!

— Lo sé. Estuve allí una semana.

— Teníamos a bordo un contralmirante —prosiguió Gleed. Como ejemplar físico, parecía un par de tirantes viejos. No podía inspirar respecto a nadie mientras estaba como vino al mundo. Aquellos hygeianos ponían tal desinflamiento como prueba de que su democracia era la auténtica, a diferencia de nuestra falsa versión —cloqueó—. No estoy seguro de que anduviesen equivocados.

— El nacimiento del imperio ha creado también una extraña idea —meditó Harrison: —Que la Tierra tiene siempre razón mientras mil seiscientos cuarenta y dos planetas están invariablemente equivocados.

— Te encuentro un tanto sedicioso.

Harrison guardó silencio. Gleed lo miró y lo vio atento a otros menesteres, siguiendo con la vista a una chica morena que acababa de entrar.

— Preciosa —aprobó Gleed—. Ni muy joven ni muy vieja, ni muy gorda ni muy delgada. Todo en su punto.

— La conozco —Harrison levantó la mano para llamar su atención.

Ella taconeó airosamente cruzando la sala para venir a sentarse a su mesa. Harrison hizo la presentación.

— Un amigo mío, el sargento Gleed.

— Arturo —corrigió Gleed, comiéndosela con los ojos.

— Yo me llamo Elisa. ¿Qué es un sargento?

— Una especie de superior inferior —le explicó Gleed—. Transmite las órdenes a los que tienen que cumplirlas.

Ella abrió mucho los ojos.

— ¿Quiere decir que esa gente permite que le digan lo que tienen que hacer?

— Claro. ¿Por qué no?

— Lo encuentro tan absurdo... —su mirada cambió a Harrison—, parece que no voy a saber en la vida su nombre.

Él se apresuró a reparar la omisión, añadiendo:

— Pero no me gusta que me llamen James. Prefiero Jim.

— Pues dejémoslo en Jim —examinó el local, recorriendo el mostrador y las demás mesas—. ¿Ha venido Matt?

— Sí. Se niega a servirnos.

— Está en su derecho —se encogió de hombros—. Todo el mundo puede negarse. ¿Hay libertad, no?

— Nosotros llamamos a eso sedición —intervino Gleed.

— No sea infantil —se levantó—, esperen aquí. Voy a ver a Seth.

— No lo entiendo —admitió Gleed, cuando ya no podía oírle—. Según aquel tipo de la confitería, su técnica consiste en tratarnos con frialdad hasta que nos larguemos. Pero esta dama se porta como amiga. Es... es... —calló buscando una palabra adecuada, la encontró y dijo: —es *antigandista.*

— No tanto —contradijo Harrison—. Tienen derecho a decir «no quiero» y está ejerciéndolo.

— No lo había pensado. Pueden obrar como prefieran y más le plazca a cada uno.

— Así es —bajó la voz—. Aquí vuelve.

Se sentó, se arregló el pelo y dijo:

— Seth va a servirnos personalmente.

— Otro traidor —comentó Gleed, riendo entre dientes.

— Con una condición —prosiguió ella—, ustedes dos deben esperar y tener una charla con él antes de marcharse.

— No es muy alto el precio —decidió Harrison. Le asaltó un pensamiento y preguntó: —¿Significa eso que tendrá usted que saldar *obs* por los tres?

— Sólo una por mí.

—¿Cómo es eso?

— Seth tiene sus ideas. No le gustan los *antigands* más que a otro cualquiera.

—¿Entonces?

— Pero tiene vocación misionera. No está plenamente de acuerdo con la idea de tratar a todos los *antigands* como a fantasmas. Piensa que eso debe reservarse para los demasiado obstinados o estúpidos para ser convertidos —sonrió a Gleed, que se estremeció de pies a cabeza—, Seth cree que todo *antigand* inteligente es un posible *gand.*

— Pero, vamos a ver: ¿Qué es un *gand?* —preguntó Harrison.

— Un habitante de este mundo, naturalmente.

— Quiero decir, ¿de dónde sacaron ese nombre?

— De Gandhi —dijo ella.

Harrison arrugó el entrecejo, confuso.

—¿Y quién diablos era ése?

— Un antiguo terrestre. El que inventó «El Arma».

— Nunca oí hablar de él.

— No me sorprende.

—¿Por qué? —se irritó—. Permítame decirle que en nuestros tiempos los terrestres recibimos tan buena educación como...

— Cálmese, Jim —lo hizo más dulce pronunciando «Jiiim» —, sólo quiero decir que estoy segura de que lo han borrado de sus libros de historia. Podía haberles dado ideas peligrosas. ¿Y cómo van a saber lo que no les han dado oportunidad de aprender?

— Si pretende insinuar que la historia terrestre está censurada, le diré que no lo creo.

— Tiene perfecto derecho a no creerlo. ¿Hay libertad, no?

— Hasta cierto punto. Toda persona tiene deberes que no puede rechazar.

—¿No? —alzó la curva inquietante de sus cejas—. ¿Y quién define esos deberes..., él mismo o algún otro?

— Sus superiores, normalmente.

— Ningún hombre es superior a otro. Ninguno tiene derecho a decidir los deberes de un semejante. —Hizo una pausa, contemplándole pensativa—. Si alguien en la Tierra ejerce un poder tan estúpido, es sólo porque otros estúpidos se lo permiten. Tienen miedo a la libertad. Prefieren que alguien les diga lo que han de hacer. Les gusta recibir órdenes. ¡Qué hombros!

— No quiero escucharla —protestó Gleed interrumpiéndola. Su curtido rostro había enrojecido—. Es tan mala como bonita.

—¿Le asustan sus propios pensamientos? —retrucó ella, ignorando a propósito su cumplido.

Él enrojeció aún más.

— En absoluto. Pero yo... — Su voz se perdió con la llegada de Seth portador de tres colmadas bandejas que colocó sobre la mesa.

— Después los veré —recordó. Era un hombre de mediana estatura, con rasgos finos y agudos y ojos vivaces—. Tengo algo que decirles.

Seth se reunió con ellos poco después de terminada la comida. Cogió una silla, se limpió el vapor condensado en su cara y les clavó los ojos.

—¿Qué saben ustedes dos?

— Lo suficiente para discutir sobre ello, —intervino Elisa. Se preocupan por los deberes, quién los define y quién los cumple.

— Con mucha razón —replicó Harrison—. Tampoco ustedes pueden escapar a ellos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Seth.

— Este mundo funciona sobre un extraño sistema de cancelar obligaciones. ¿Cómo estará dispuesta una persona a retribuir una *ob* a menos que reconozca su deber de hacerlo?

— El deber no tiene nada que ver con ello —dijo Seth—. Y en caso de que fuese cuestión de deber, cada hombre lo reconocería por sí mismo. Sería una ofensiva impertinencia que otro se lo recordase, y ni siquiera cabe pensar que se lo ordenase.

— Algunos tipos deben darse aquí la gran vida —opinó Gleed—. No veo qué puede impedírselo —observó brevemente a Seth y continuó: —¿Cómo se las arreglan con un ciudadano sin conciencia?

— Eso no es problema.

— Cuéntales la historia de Jack *el Perezoso* —sugirió Elisa.

— Es un cuento de niños —explicó Seth—. Todos los chicos se lo saben aquí de memoria. Es una historia tan clásica como... como... —arrugó la frente—, he perdido la pista a los cuentos que trajeron los primeros colonos.

— *Pulgarcito* —le apuntó Harrison.

— Sí —Seth agradeció la ayuda—, algo parecido. —Se humedeció los labios y comenzó: —Este Jack *el Perezoso* vino de la Tierra siendo un niño, creció en nuestro nuevo mundo, estudió su sistema económico y pensó que era una mina. Decidió convertirse en chiripero.

—¿Qué es un chiripero? —preguntó Gleed.

— El que vive de aceptar *obs* y no hace nada por saldarlas o plantar otras propias. El que toma cuanto puede y no da nada a cambio.

— Ya entiendo. He conocido más de uno.

— Hasta los dieciséis años, Jack se salió con la suya. Al fin y al cabo, era un niño, y los niños tienden siempre al egoísmo. Lo esperamos y lo consentimos. Pero después fue ella.

—¿Qué pasó? —le urgió Harrison, más interesado de lo que quería dar a entender.

— Iba por la ciudad cosechando *obs* a manos llenas. Tenía comida, ropa y cuanto deseaba sin más que pedirlo. La ciudad no es muy grande. No las hay grandes en este planeta. Son lo bastante pequeñas para que todos se conozcan... y todos parloteen lo suyo. A los tres o cuatro meses, toda la ciudad sabía que Jack era un chiripero redomado.

— Adelante —le animó Harrison, cada vez más impaciente.

— Se le cerraron todas las puertas —prosiguió Seth—. A dondequiera que iba, la gente le despachaba con el «no quiero». ¿Hay libertad, no? No conseguía ni comida, ni ropa, ni diversión, ni compañía. ¡Nada! Pronto se encontró tan hambriento que se coló en una despensa ajena y pudo comer en serio al cabo de una semana.

—¿Y qué le hicieron por ello?

— Nada. Ni una reprimenda.

— Eso le animaría a seguir.

—¿Por qué? —preguntó Seth, con una sonrisa—. De nada le sirvió. Al día siguiente, su estómago estaba otra vez vacío. Tuvo que repetir la hazaña. Y al siguiente. Y al otro. La gente se volvió precavida, encerró sus cosas y las vigiló. Cada vez le

resultaba más difícil. Al fin, se le hizo tan insoportable que pensó en dejar la ciudad e ir a probar fortuna en otra. Y así lo hizo Jack *el Perezoso.*

— Para empezar lo mismo en otro sitio —sigirió Harrison.

— Con los mismos resultados por las mismas razones —retrucó Seth—. Por eso hubo de ir a una tercera ciudad, y a una cuarta, y a una quinta, y así hasta veinte. Era lo bastante obstinado para no discurrir.

— Pero se las iba arreglando —observó Harrison—. Tenía cuanto quería sin más molestia que la de viajar un poco.

— No tanto. Nuestras ciudades son pequeñas, como ya dije. Y la gente viaja mucho de una a otra. En la segunda ciudad, Jack se arriesgaba a ser visto y denunciado por cualquiera de la primera. Y las cosas fueron cada vez a peor. En la número veinte le amenazaban ya los visitantes de cada una de las anteriores diecinueve —Seth se echó hacia delante para decir con énfasis: —No llegó nunca a la veintiocho.

—¿No?

— Duró dos semanas en la veinticinco, ocho días en la veintiséis, uno sólo en la veintisiete. Era ya casi el fin.

—¿Qué hizo entonces?

— Salió al campo, tratando de vivir de raíces y frutos silvestres. Después desapareció... hasta que un buen día unos viajeros lo encontraron colgado de un árbol. Su cuerpo estaba consumido y vestido de harapos. La soledad y el abandono habían acabado con él. Ése fue Jack el *Perezoso,* el chiripero. No había cumplido veinte años.

— En la Tierra —informó Gleed— no colgamos a nadie sólo por ser un holgazán.

— Nosotros tampoco —dijo Seth. —Les dejamos que se cuelguen solos—. Traspasándoles con su aguda mirada, continuó: —Pero esto no debe preocuparles. Nadie ha tenido que sufrir medidas tan drásticas desde que yo vivo, o al menos no ha llegado a mis oídos. La gente hace honor a sus *obs* por pura conveniencia económica y no por ningún sentido del deber. Nadie da órdenes, nadie obliga a nadie, pero hay una especie de compulsión en las propias circunstancias del modo de vivir de este planeta. La gente juega limpio... o sufre las consecuencias. Y a nadie le gusta sufrir. Ni siquiera a los necios.

— Sí, creo que tiene razón —comentó Harrison, cada vez más fluido en el pensar.

—¡Puede estar seguro! —afirmó Seth—. Pero yo quería hablarles de algo más importante. ¿Cuál es su auténtica ambición en la vida?

— Recorrer el espacio mientras me queden fuerzas —respondió Gleed sin vacilar.

— Lo mismo digo —se sumó Harrison.

— Lo sospechaba. No estarían en el servicio espacial de no haberlo querido. Pero no pueden permanecer en él para siempre. Todo lo bueno se acaba. ¿Y después?

Harrison se agitó con desasosiego.

— Prefiero no pensar en ello.

— Algún día tendrá que hacerlo —afirmó Seth—. ¿Cuánto tiempo le queda?

— Cuatro años y medio terrestres. La mirada de Seth pasó a Gleed.

— Tres años.

— No es gran cosa —comentó Seth—. Ya suponía que no les quedaría mucho tiempo. Toda nave que se adentra tanto en el cosmos lleva una tripulación compuesta sobre todo de veteranos próximos al fin de su carrera. Para estos trabajos se elige a los más expertos. El día en que su nave vuelva a la Tierra, se habrán acabado los viajes para muchos, ¿no es cierto?

— Para mí sí —admitió Gleed, no muy feliz ante aquel pensamiento.

— El tiempo... Cuanto más viejo es uno más de prisa transcurre. Y, sin embargo, cuando dejen el servicio serán relativamente jóvenes. —Inició una leve y burlona sonrisa. ¡Supongo que entonces podrán conseguir una nave particular para continuar recorriendo el cosmos por su cuenta!

— Imposible —declaró Gleed—, lo más que un hombre rico puede conseguir es una selenave, y el hacer de lanzadera entre un satélite y su planeta no es muy divertido cuando uno está acostumbrado a bliederear por la Galaxia. La más pequeña nave espacial está fuera del alcance del hombre más acaudalado. Sólo los gobiernos pueden procurárselas.

—¿Llama usted «gobiernos» a las comunidades?

— En cierto modo.

— Bien; entonces, ¿qué van a hacer cuando se acaben sus días de vagabundeo espacial?

— Yo no soy como aquí *el Orejas* —Gleed señaló con el pulgar a Harrison—. Soy un soldado y no un técnico. De modo que mis posibilidades están limitadas por la falta de preparación —se rascó la barbilla pensativo—, nací y me crié en el campo. Todavía sé mucho de labranza. Me gustaría conseguir un pequeño terreno propio y establecerme.

—¿Y cree que lo conseguirá? —preguntó Seth, contemplándole inquisitivo.

— Quizás en Falder, en Hygeia, en el Cielo Rojo de Norton o en algún otro planeta subdesarrollado. Pero no en la Tierra. Mis ahorros no llegarán a tanto. No tendré ni para la mitad del precio terrestre.

—¿Quiere decir que no podrá reunir bastantes *obs?*

— No podré —asintió Gleed, lúgubre—. Ni aunque estuviese ahorrando hasta tener una barba blanca de un metro.

—¿De modo que ésa es la recompensa de la Tierra por una larga vida de fiel servicio... olvidar el deseo de su corazón o expatriarse?

—¡Cállese!

— No quiero —dijo Seth. Se acercó aún más—. ¿Por qué cree que vinieron a este mundo doscientos mil *gands,* o los *duekhobors* a Hygeia, los cuáqueros a Centauro B y todos los demás a sus lejanos rincones actuales? Porque la recompensa a la buena ciudadanía era en la Tierra la orden perentoria de conformarse o marcharse. De modo que nos fuimos.

— La verdad es que les hicimos un favor —intervino Elisa. Según nuestros libros, la Tierra estaba terriblemente superpoblada. Al marcharnos aliviamos esa presión.

— Ésa es otra historia —dijo Seth. Continuó con Gleed—. Usted quiere una granja. No puede ser en la Tierra por mucho que le guste. La Tierra le rechaza, de modo que tiene que ser en algún otro sitio —esperó a que aquello le entrase bien en la cabeza y añadió: —Aquí puede tenerla con sólo ocuparla —hizo sonar sus dedos—. ¡Así!

— No quiera tomarme el pelo —dijo Gleed, con toda la cara de quien desea que se lo tomen—. ¿Dónde está el truco?

— En este planeta, todo terreno pertenece a quien lo ocupa, al que está haciendo uso de él. Nadie le disputa su derecho mientras continúe usándolo. Lo único que necesita es buscar un terreno vacío que le guste —los hay a montones — y empezar a utilizarlo. Desde ese momento es suyo. En cuanto deja de usarlo y se va, es de cualquier otro con sólo tomarlo.

— Cuentos del espacio —Gleed seguía incrédulo.

— Además, si busca bien y tiene suerte —continuó Seth, puede conseguir la primera opción a una granja que alguien haya abandonado por muerte, enfermedad o deseo de cambiar. O por probar otro oficio o cualquier razón no menos buena. En ese caso, se encontraría un terreno ya

preparado, con casa, establos, pajares y todo lo demás. Y sería suyo, todo suyo.

— ¿Qué tendría que dar al anterior ocupante? —preguntó Gleed.

— Nada. Ni una *ob.* ¿Por qué iba a dársela? Si no ha muerto, se ha marchado para disfrutar de algo igualmente gratuito. No puede beneficiarse doblemente, por tomar y por dejar.

— No le encuentro sentido a nada de eso. En alguna parte debe haber un fallo. De un modo o de otro, tendré que dar dinero o amontonar *obs.*

— Naturalmente. Usted comienza una explotación. Un grupo de gentes del lugar le ayudan a construir una casa. Con ello colocan sus buenas *obs* sobre usted. El carpintero quiere productos agrícolas para su familia durante los próximos dos años. Usted se los da, y así salda la *ob.* Después sigue dándoselos durante un par de años más, y con ello planta una *ob* sobre él. La primera vez que necesite arreglar sus cercas o hacer algún otro trabajo apropiado, allí le tendrá, dispuesto a matar aquella *ob.* Y así con todos los demás, incluso quienes le suministren materias primas, semillas y maquinaria, o hagan transportes para usted.

— No todos querrán leche y patatas —apuntó Gleed.

— No sé qué es eso de *patatas.* Nunca he oído hablar de ello.

—¿Cómo puedo arreglármelas con alguien que tiene ya todos los productos agrícolas que desea de otra procedencia?

— Muy fácil —dijo Seth—. Un hojalatero le suministra varias mantequeras. No necesita alimentos; se los está procurando ya de otro sitio. Además, su mujer y sus tres hijas están demasiado gordas y hacen régimen. Se horrorizan con sólo pensar en un brazado de productos de su granja.

—¿Y bien?

— Pero el sastre de ese hojalatero, o su zapatero, tiene sobre él varias *obs* que no ha tenido ocasión de saldar. Entonces se las transfiere a usted. Y usted, en cuanto puede, le da al sastre o al zapatero lo que necesitan, liquidando así las deudas del hojalatero junto con las suyas —exhibió su característica media sonrisa para añadir: —Y todos felices.

Con gesto concentrado, Gleed rumió lo que acababa de escuchar.

— Me está tentando. No debería hacerlo. Es un delito grave tratar de apartar a un cosmonauta de sus deberes. Supone sedición, y la Tierra es muy dura con los sediciosos.

—¡A mí con durezas! —dijo Seth, con un bufido despreciativo—. Aquí rigen las leyes de *Gand.*

— Lo único que tiene que hacer —sugirió Elisa— es decirse a sí mismo que ha de volver a la nave, que su deber es regresar, que ni la nave ni la Tierra pueden arreglárselas sin usted —se apartó un rizo de la frente—, y después ser un hombre libre y decir «¡No quiero!».

— Me desollarían vivo. Bidworthy presidiría en persona la operación.

— No lo creo —dijo Seth—. Ese Bidworthy —que no parece de un carácter muy jovial— se encuentra en la misma disyuntiva que usted y el resto de la tripulación. Tiene ante sí un camino que se bifurca. Ha de tomar a derecha o izquierda, y no hay tercera alternativa. Más pronto o más tarde, le acometerá el ansia de volver a la Tierra, y no verá la hora de llegar, o andará por aquí en una camioneta repartiendo la leche que usted produzca..., porque, en lo más profundo de sí mismo, eso es lo que siempre ha deseado.

— No le conoce como yo —se lamentó Gleed—. Tiene por alma un pedazo de hierro viejo.

— Es curioso —comentó Harrison—. Siempre pensé eso mismo de ti... hasta hoy.

— Estoy franco de servicio —dijo Gleed, como si eso lo explicase todo—. Puedo fantasear un poco fuera de las horas

de trabajo —se puso en pie y apretó la mandíbula—; pero voy a volver a mi obligación. ¡Y ahora mismo!

— No necesitas asomar por allí hasta mañana al anochecer — protestó Harrison.

— Es posible. Pero voy a volver de todos modos.

Elisa abrió la boca, pero la cerró a un gesto de Seth. Quedaron en silencio, contemplando la decidida marcha de Gleed.

— Es buena señal —comentó Seth, extrañamente seguro. Ha recibido el golpe en su parte más débil. En cuanto a usted, veamos: ¿Cuál es su mayor ambición?

— Gracias por la comida. Fue excelente y la necesitaba — Harrison se levantó, claramente violento. Hizo un gesto hacia la puerta—. Voy a alcanzarle. Si vuelve a la nave, me parece que voy a ir con él.

Seth volvió a hacer una seña a Elisa. No dijeron nada mientras Harrison salía, cerrando cuidadosamente la puerta a su espalda.

— Corderos —decidió Elisa, desencantada por alguna oculta razón—. Uno tras de otro. Igual que corderos.

— No —dijo Seth—. Son seres humanos animados por los mismos pensamientos y emociones análogas, como lo

estaban nuestros antepasados, que no tenían nada de rebaño. —Volviéndose a su silla, llamó a Matt—. Tráenos dos *shemaks.* —Y después a Elisa—: Sospecho que esa nave no va a seguir por aquí mucho tiempo.

El sistema de altavoces del acorazado gritaba imperativamente: —¡Fanshaw, Folsom, Fuller, Garson, Gleed, Gregory, Harrison, Haines, Hope...! —Y así hasta agotar el alfabeto.

Grupos de hombres afluían por pasillos y escalerillas hacia la cámara de derrota. Se reunieron junto a ella en pequeños racimos, charlando en voz baja y dejando vagar por el corredor extraños retazos de conversación.

— No nos decían más que *¡Mels!* Al poco tiempo estábamos hartos y cansados.

— Debíais haberos separado, como hicimos nosotros. En aquel teatro de las afueras no tenían la menor idea de cómo era un terrestre. De modo que no tuvimos más que entrar y sentarnos.

—¿Oíste lo de Meakin? Arregló un tejado con goteras, eligió como pago una botella de *dith* seco y acabó con ella. Cuando le encontramos estaba roque. Tuvieron que traerlo.

— Hay tipos de suerte. A nosotros no nos dieron más que bufidos. Eso le deja a uno hecho polvo.

— Ya os digo que debíais haberos separado.

— La mitad de la gente debe seguir durmiéndola. Todavía no han vuelto.

— Grayder estará como loco. Si llega a saberlo a tiempo no hubiese dejado salir al segundo turno esta mañana.

De vez en cuando, el primer contramaestre Morgan asomaba por la puerta de la cámara y repetía un nombre ya voceado por el altavoz. Con frecuencia no había respuesta.

—¡Harrison! —gritó.

Con aire confuso, Harrison entró. Vio al capitán Grayder sentado tras de una mesa y mirando con gesto sombrío una lista que tenía delante. A su lado estaba muy tieso el coronel Shelton, con el comandante Hame un poco más atrás. Ambos tenían la expresión torturada de quienes soportan un mal olor mientras el fontanero busca la avería.

Su excelencia se paseaba frente a la mesa, mascullando.

— Apenas cinco días y ya ha prendido el contagio —se volvió cuando entraba Harrison y le disparó: —¿Cuándo volvió usted del permiso?

— Hace dos noches, señor.

—¿Antes de tiempo, eh? Curioso. ¿Es que tuvo algún pinchazo?

— No, señor. No llevé la bicicleta.

— Tanto mejor —aprobó el embajador—. Si la hubiese tenido, ahora estaría a mil millas de aquí y pedaleando todavía como una furia.

—¿Por qué, señor?

—¿Por qué? ¡Me pregunta por qué! Eso es precisamente lo que yo quisiera saber... —Soltó un par de bocanadas de humo y preguntó: —¿Visitó usted esa ciudad solo o acompañado?

— Fui con el sargento Gleed, señor.

— Llámele —ordenó el embajador, mirando a Morgan.

Morgan abrió la puerta, obediente, y gritó:

—¡Gleed! ¡Gleed!

No hubo respuesta.

Volvió a probar, sin resultado. Vocearon el nombre por los altavoces. El sargento Gleed se negaba a figurar entre los presentes.

—¿Ha firmado la entrada?

Grayder consultó su lista.

— Y temprano. Veinticuatro horas antes de tiempo. Debe haber vuelto a salir con el segundo turno esta mañana, sin hacerlo constar. Es una doble falta.

— Si no está en la nave, no está en la nave, falta o no falta.

— Sí, excelencia —el capitán Grayder hizo un leve gesto de fastidio.

—¡GLEED! —aulló Morgan, fuera de la cámara. Un momento después se asomó para comunicar: —Excelencia, uno de los hombres dice que el sargento Gleed no está a bordo porque acaba de verlo en la ciudad.

— Mándele entrar —el embajador hizo un gesto impaciente hacia Harrison: —quédese donde está y deje de mover las orejas. Todavía no he terminado con usted.

Entró un larguirucho, que pestañeó mirando a su alrededor, un poco asustado ante aquel clan.

—¿Qué sabe del sargento Gleed? —preguntó el embajador.

El hombre se pasó la lengua por los labios, con todo el aspecto de estar muy arrepentido de haber mencionado al ausente.

— Pues verá, señoría, yo...

— Llámeme «señor».

— Sí, señor —nuevo pestañeo aún más desconcertado—, salí esta mañana temprano con el segundo turno, y volví hace un par de horas porque estaba muerto de hambre. Por el camino vi al sargento Gleed y hablé con él.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

— En la ciudad, señor. Estaba sentado en uno de aquellos grandes coches de línea. Le encontré algo extraño.

— Vamos al grano. ¿Qué le dijo él?

— No mucho, señor. Parecía muy contento por algo. Habló de una joven viuda que tenía dificultades para cuidar sus ochenta hectáreas. Alguien le había hablado de ella y pensó ir a echar una mirada. —Dudó, retrocedió un par de pasos y añadió: —Dijo también que si le volvía a ver sería atado.

— Uno de *sus* hombres —escupió el embajador al coronel Shelton—. Un soldado, supuestamente bien disciplinado. Un hombre con larga hoja de servicios, tres galones y una futura pensión —su atención se volvió al informador—. ¿Dijo exactamente a dónde iba?

— No, señor. Le pregunté, pero sólo sonrió y dijo *¡Mels!* De modo que me volví a la nave.

— Está bien. Puede marcharse. —Su excelencia lo miró salir y siguió con Harrison—. Usted fue de los del primer turno.

— Sí, señor.

— Permítame decirle algo. Cuatrocientos veinte hombres salieron con permiso. Sólo han vuelto doscientos, de los que cuarenta se hallaban en diversos estados de sopor alcohólico. Diez de ellos están ahora en el calabozo gritando a coro «¡No quiero!», y sin duda seguirán gritándolo hasta que se les haya pasado la borrachera.

Miró a Harrison como si le considerase personalmente responsable y continuó:

— Hay algo paradójico en todo esto. Comprendo lo de los borrachos. Siempre hay unos cuantos tipos que pierden la cabeza el primer día en tierra. Pero de los doscientos que han condescendido a regresar, casi la mitad volvieron antes de tiempo, igual que usted. Sus razones eran las mismas: la ciudad era hostil; todos les trataban como fantasmas, hasta que se hartaron.

Harrison no hizo comentarios.

— De modo que tenemos dos reacciones diametralmente opuestas —se lamentó el embajador—. Un grupo de hombres dice que este sitio es tan insosportable que prefieren volver a la nave. Otros lo encuentran tan

hospitalario que se llenan hasta el gaznate de no sé qué porquería llamada *dith* seco o permanecen serenos y abandonan el servicio. Necesito una explicación. Tiene que haberla en alguna parte. Usted ha estado dos veces en esa ciudad. ¿Qué puede decirnos?

Cautelosamente, Harrison aventuró:

— Todo depende de si descubren o no que uno es terrestre. También de si uno se encuentra con *gands* que prefieren convertirle a espantarle —lo pensó un momento y concluyó: —los uniformes son el principal inconveniente.

—¿Quiere decir que son alérgicos a los uniformes?

— Poco más o menos, señor.

—¿Y tiene idea del porqué?

— No puedo decirlo con seguridad, señor. Todavía no sé bastante sobre ello. Sospecho que pueden haberles enseñado a asociar los uniformes con el régimen terrestre del que sus antepasados se escaparon.

—¡Nada de escapar! —se revolvió el embajador—. Se aprovecharon de las invenciones, las técnicas y la capacidad de fabricación terrestres para ir a un lugar donde tendrían más espacio —miró a Harrison con suspicacia—. ¿Ninguno de ellos lleva uniforme?

— Al menos, no se nota. Parecen complacerse en expresar su personalidad llevando lo que a cada uno se le antoja, desde coletas hasta botas coloradas. La rareza en el vestir es norma entre los *gands.* Lo verdaderamente extraño es la uniformidad. Les parece servil y degradante.

—Les llama usted *gands.* ¿De dónde sacaron ese nombre?

Harrison se lo dijo, pensando en cuando Elisa se lo explicó. Ahora la recordaba, y también el restaurante de Seth, con las mesas y el vapor surgiendo de detrás del mostrador y los suculentos olores que emanaban del fondo. Al evocarlo, le parecía que la escena encarnaba algo inconcreto, pero esencial, que la nave nunca había poseído.

— Y ese personaje —concluyó— inventó lo que llaman «El Arma».

— Hum... ¿Y aseguran que era un terrestre? ¿Qué aspecto tiene? ¿Vio usted fotografías o alguna estatua?

— No levantan estatuas, señor. Dicen que ninguna persona es más importante que otra.

—¡Sandeces! —sentenció el embajador, rechazando instintivamente aquella forma de ver las cosas—. ¿No se le ocurrió preguntar en qué período de la historia fue probada ese arma maravillosa?

— No, señor —confesó Harrison—, no me pareció importante.

— No se lo pareció... Algunos de sus hombres son demasiado lentos para coger ni a un lirón dormido. No critico su capacidad como cosmonautas, pero como agentes de información resultan una calamidad.

— Lo siento, señor —dijo Harrison.

—¿Sentirlo? ¡Estúpido! —murmuró algo muy adentro de su conciencia—. ¿Por qué has de sentirlo? Sólo es un cretino pomposo que no podría ni matar una ob si lo intentase. No vale más que tú. Los de Hygeia sostendrían que ni siquiera tanto como tú, por tener esa panza. Sin embargo, ahí estás tú mirándosela y diciendo señor y lo siento. Si intentase montarse en tu bici, se caería antes de diez metros. Escúpele en un ojo y di no quiero. ¿O es que tienes miedo?

—¡No! —proclamó Harrison, con voz alta y firme.

El capitán Grayder levantó los ojos.

— Si va a empezar a contestar a preguntas que aún no se le han hecho, será mejor que le vea el médico. ¿O es que tenemos algún telépata a bordo?

— Estaba pensando —explicó Harrison.

— Me parece muy bien —apuntó su excelencia. Cogió un par de enormes tomos de las estanterías y empezó a hojearlos rápidamente—. Piense siempre que pueda y acabará adquiriendo el hábito. Puede llegar un día en que lo haga sin esfuerzo.

Volvió a colocar los libros, sacó otros dos, y dijo al comandante Hame, que por casualidad estaba a su lado:

— No se quede ahí con los ojos fijos como un maniquí de museo militar. Ayúdeme a explorar esta montaña de saber. Busco a Gandhi, alguien que debió vivir hace... de trescientos a mil años terrestres.

Hame volvió a la vida y empezó a sacar libros. Lo mismo hizo el coronel Shelton. El capitán Grayder siguió en su mesa, llorando por los perdidos.

—¡Ah!, aquí está. Hace cuatrocientos setenta años. —Su excelencia hizo viajar un rollizo dedo por el texto—. Gandhi, a voces llamado *Bapu* (padre). Ciudadano de Hindi. Filósofo y político. Se opuso a la autoridad por medio de un ingenioso sistema llamado de «desobediencia civil», cuyos últimos vestigios desaparecieron con la «Gran Explosión», pero pueden subsistir en algún planeta fuera de contacto.

— No cabe duda de que subsisten —comentó Grayder en tono seco.

— Desobediencia civil... —repitió el embajador, dándole vueltas a los ojos. Tenía el aire de quien intenta contemplar algo puesto cabeza abajo—. No pueden convertir *eso* en base de la sociedad. Sería un fracaso.

— No lo es —afirmó Harrison, olvidándose de añadir el «señor».

—¿Está contradiciéndome?

— Estoy haciendo constar un hecho.

— Excelencia —empezó Grayder—, sugiero...

— Déjemelo a mí. —Enrojeciendo por momentos, el embajador le hizo callar con un gesto. Su mirada se posó airadamente sobre Harrison—. Está usted muy lejos de ser un experto en problemas socioeconómicos. Métase eso en la cabeza, amigo. Las gentes como usted suelen dejarse engañar por las apariencias.

— No es un fracaso —insistió Harrison, preguntándose de dónde le nacía aquella tozudez.

— Como su ridícula bicicleta. Tiene usted una mentalidad de ciclista.

Algo saltó en su interior, y una voz notablemente parecida a la suya dijo:

—¡Pamplinas! —Asombrado por tal fenómeno, Harrison enderezó las orejas.

—¿Qué dice usted?

—¡Pamplinas! —repitió, sintiendo que a lo hecho, pecho.

Adelantándose al congestionado embajador, el capitán Grayder se levantó para ejercitar su autoridad.

— Sin consideración a futuros permisos, si los hubiese, queda usted confinado en la nave hasta nueva orden. Ahora ¡salga!

Salió, con el ánimo hecho un torbellino, pero el alma extrañamente satisfecha. Fuera, el primer contramaestre Morgan le fulminó con la mirada.

—¿Cuánto tiempo crees que va a costarme terminar con esta lista cuando hay tipos que se pasan una semana ahí dentro? —soltó un gruñido, hizo bocina con las manos y gritó: —¡Hope! ¡Hope!

Nadie contestó.

— No está el caballo —dijo un gracioso.

— Qué ingenioso —se encrespó Morgan—, mira cómo me río. —Volvió a llevarse las manos a la boca y voceó al siguiente: —¡Hiland! ¡Hiland!

Tampoco hubo respuesta.

Pasaron otros cuatro días, largos, aburridos, interminables. Eran ya nueve desde que la nave marcara el surco en el que seguía posada.

A bordo aumentaba la efervescencia. El tercero y cuarto turnos de permiso, repetidamente aplazados, se mostraban impacientes e irritables.

— Morgan volvió a llevarle la tercera lista esta mañana, con el mismo resultado. Grayder admitió que este mundo no puede ser clasificado como hostil y que tenemos derecho a salir.

— Entonces, ¿por qué diablos no se atiene a la ordenanza? La Comisión Espacial puede darle un disgusto.

— Siempre la misma excusa. Dice que no niega el permiso que sólo lo aplaza, y que lo concederá en cuanto vuelvan los hombres que faltan.

—¿Y si no vuelven? El maldito los está usando como pretexto para dejarnos sin salir.

La queja era tan general como legítima. Semanas, meses, años de encierro en una botella en continuo movimiento, por grande que sea, exigen al fin una pausa. Los hombres necesitan aire fresco, tierra que pisar, horizontes claros y distintos, alimentos reales, mujeres y caras nuevas.

— Va a ponernos el veto precisamente cuando habíamos aprendido la manera de pasarlo bien. Trajes de paisano y actuar como *gands,* ése es el secreto. Los del primer turno están ya dispuestos a probar otra vez.

— Grayder no se atreverá a correr ese riesgo. Ya ha perdido demasiados. Si se le escapa la mitad de otro turno, le faltará gente para despegar. Nos quedaríamos aquí para los restos. ¿Qué pensarías de eso?

— No iba a llorar por ello.

— Podría enseñar a los burócratas. Ya es hora de que esos tipos hagan algo útil.

— Le costaría lo menos tres años. ¿No es eso lo que tardaron en enseñarte a ti?

Llegó Harrison con un pequeño sobre. Unos cuantos la tomaron con él nada más verlo.

— Mira al que se fue de la lengua y se ganó un encierro en la nave... como nosotros.

— Eso es lo bueno del caso —observó Harrison—. Más vale estar encerrado por algo que por nada.

— No será mucho tiempo, ya lo verás. No vamos a quedarnos con las ganas. Pronto haremos algo.

—¿Y qué va a ser?

— Estamos pensándolo —se escurrió el otro, no queriendo descubrir tan pronto sus bazas. Vio el sobre: —¿Qué llevas ahí? ¿El correo?

— Exactamente —dijo Harrison.

— Allá tú. No creas que era por meterme en lo que no me importa. Pensé que podías saber algo. Vosotros los maquinistas soléis cazar pronto las noticias.

— Es mi correo —dijo Harrison.

— Déjate de historias. Nadie recibe cartas en estos arrabales del cosmos.

— Yo sí.

—¿Cómo la conseguiste?

— Worrall me la trajo de la ciudad hace una hora. Un amigo mío le dio de comer y le permitió traer la carta para matar la *ob* —se tiró de una oreja—; influencia, eso es lo que hace falta.

—¿Y qué hacía Worrall fuera de la nave? ¿Tiene algún privilegio?

— Algo parecido. Es casado y con tres hijos.

—¿Y eso qué importa?

— El embajador piensa que hay personas más de fiar que otras. No es tan fácil que desaparezcan teniendo tanto que perder. Por eso han elegido a unos cuantos para mandarlos a la ciudad en busca de noticias de los desaparecidos.

—¿Y descubrieron algo?

— No mucho. Worrall dice que es perder el tiempo. Encontró a algunos de nuestros hombres y trató de convencerlos de que volviesen, pero todos decían «No quiero», mientras los *gands* seguían con su «¡Mels!». Y eso es todo.

— Aquí debe haber algún misterio —decidió uno de ellos; pensativo—. Me gustaría ir a verlo por mí mismo.

— Es lo que teme Grayder.

— Pues más le va a doler la cabeza si no se decide pronto a ser razonable. Se nos está acabando la paciencia.

— Conversaciones subversivas —le reprendió Harrison. Sacudió la cabeza con aire triste—. ¡Quién iba a pensarlo de vosotros!

Siguió por el pasillo, llegó a su cabina y examinó el sobre. La carta podía ser femenina. Así lo esperaba. La abrió y empezó a leer. No lo era.

Firmada por Gleed, la misiva decía: «No importa dónde estoy ni lo que hago. Esto podría caer en otras manos. Sólo te diré que voy a estar en la gloria si consigo tiempo suficiente para intimar. El resto es cosa tuya».

—¿Mía? —se echó en su litera y acercó la carta a la luz.

«Encontré a un tipo gordito que tiene una tienda vacía. Sólo está allí sentado, esperando. Después supe que lo hace por cuenta de una fábrica de vehículos de dos balones... esos ciclos del ventilador. Quieren alguien que se ocupe de ella como representación local y estación de servicio. Hasta ahora ha habido cuatro solicitudes, pero ninguno entendía de mecánica. El que consiga la plaza plantará sobre la ciudad una *ob* funcional, que no sé lo que significa. Lo cierto es que la oportunidad es tuya con sólo querer. No seas estúpido. Salta. ¡El agua está estupenda!».

— ¡Meteoros zumbantes! —exclamó Harrison. Sus ojos viajaron hasta el final.

«P. S. Seth te dará la dirección. P. P. S. Tu morenita es de este pueblo y piensa volver. Quiere vivir cerca de su hermana... y yo también. ¡Menuda hermana!».

Se removió inquieto, la leyó de cabo a rabo por segunda vez, se levantó y empezó a pasear alrededor de la diminuta cabina. Existían mil doscientos mundos habitados en el ámbito del imperio. Había estado aproximadamente en una

décima parte de ellos. Ningún astronauta vivía lo suficiente para verlos todos. El servicio estaba dividido en grupos cósmicos, cada uno de los cuales tenía designado un sector.

Excepto por habladurías, que las había a montones y de todos los colores, nunca sabría lo que pasaba en otros sectores. En cualquier caso, sería jugar a ciegas elegir por recomendación ajena un mundo desconocido donde pasar el resto de la vida. No todos piensan igual ni tienen los mismos gustos. El alimento de uno puede ser veneno para otro.

Lo mejor para el retiro —nombre antipático dado al comienzo de una vida diferente, pero activa— era la carísima Tierra o algún planeta más vividero de su propio sector. Estaban los del grupo Epsilon, que eran catorce, todos muy atractivos para quien pudiera soportar la gravedad y no viese inconveniente en caminar como un elefante cansado. Estaba también el Cielo Rojo de Norton, si, por vivir en paz, se pechaba con el complejo de rajá de Septimus Norton y sus delirios de grandeza.

Junto al borde de la Vía Láctea había un matriarcado regido por amazonas rubias, y un mundo de brujos, y un planeta judío, y un globo donde vegetales semisensibles se cultivaban solos bajo la dirección de dueños humanos... Todo ello diseminado a través de cuarenta años–luz de espacio, pero fácilmente accesible por nave Blieder.

Conocía personalmente más de cien planetas, que representaban sólo una pequeña fracción. Todos ofrecían vida y esa compañía que es la esencia del vivir. Pero este mundo, *Gand,* tenía algo que a los otros les faltaba, la cualidad de presente. Formaba parte del contorno del que ahora tomaba datos para sus decisiones. Los demás no, y su ausencia y lejanía les restaba valor.

Fue a las taquillas de la sala de Blieders y se pasó una hora limpiando y engrasando su bicicleta. Se acercaba el crepúsculo cuando volvió. Tomando una fina placa de su bolso, la colgó en la pared y se sentó en su litera a contemplarla.

L–N. Q.

Los altavoces emitieron un chasquido y carraspearon antes de anunciar:

— Todo el personal debe reunirse para recibir órdenes generales a las ocho de la mañana.

—«No quiero» —dijo Harrison. Y cerró los ojos.

Eran las siete y veinte, pero a nadie le parecía temprano. Hay poco sentido de lo que es pronto o tarde entre los cosmonautas. Para recuperarlo necesitan estar desembarcados un mes, viendo al sol salir y ocultarse.

La cámara de derrota se hallaba vacía, pero había gran actividad en la cabina de control. Allí estaba Grayder con Shelton, Hame, los navegantes Adamson, Werth y Yates, y, naturalmente, su excelencia.

— Pensé que no iba a amanecer —dijo éste, mirando ceñudo el mapa estelar sobre el que se inclinaban los navegantes—. No ha pasado ni un par de semanas y ya nos vamos, admitiendo la derrota.

— Con todos los respetos, excelencia, yo no lo veo así — dijo el capitán Grayder—. Sólo los enemigos pueden derrotarnos, y estas gentes no son enemigos. Por ahí es, precisamente, por donde nos tienen cogidos. No puede calificárseles de hostiles.

— Es posible. Pero sigo diciendo que se trata de una derrota. ¿De qué otro modo podemos llamarla?

— Hemos sido desbordados por un extraño concepto de las relaciones humanas. La cosa tiene mal remedio. Un hombre no maltrata a sus parientes sólo porque no quieran hablar con él.

— Ésa es su opinión como comandante de una nave. Se enfrenta con una situación que le obliga a volver a su base e informar. Pura rutina. Todo el servicio está anquilosado por la rutina. —El embajador volvió a contemplar el mapa cósmico como si lo encontrase ofensivo—. Mi situación es

distinta. Si me marcho, es una derrota diplomática, un insulto a la dignidad y el prestigio de la Tierra. Y no estoy nada convencido de que deba marcharme. Acaso fuese preferible mantenerme en mi puesto... aunque les diese otra oportunidad de insultarnos.

— No pretendo aconsejarle sobre lo más conveniente — dijo Grayder—. Solo sé una cosa: tenemos tropas y armamento para cualquier acción de policía o protección que pueda resultar aquí necesaria, pero no puedo utilizarlos para atacar a esos *gands* porque no han dado motivo y porque, además, toda nuestra fuerza no basta para aplastar a doce millones de seres. Sería necesaria una auténtica flota. Tendríamos que luchar con todos nuestros medios... y el fruto de la victoria sería un mundo inútil.

— No me lo recuerde. Lo he dado vueltas hasta la náusea.

Grayder se encogió de hombros. Era un hombre de acción, siempre que esa acción se desarrollase en el espacio. Las gentecillas planetarias no eran precisamente su objetivo. Ahora, próximo el gran momento de volver a su propio y tenue elemento, recobraba la flema. Para él, *Gand* era sólo una visita entre otras cien, con muchas más en perspectiva.

— Excelencia, si realmente duda entre quedarse y venir con nosotros, le agradecería que tomase pronto una decisión. Morgan me ha informado de que si a las diez no he

dado permiso al tercer turno, los hombres van a largarse sin más consultas.

— ¿Eso podría costarles un buen disgusto, no le parece?

— No tanto. Piensan utilizar mis propios recursos. Puesto que no les he prohibido oficialmente salir, el paseo no será un motín. No he hecho más que aplazar el permiso. Podrían quejarse a la Comisión Espacial de que he ignorado deliberadamente las ordenanzas, e incluso salirse con la suya si a aquélla le da por afirmar su autoridad.

— No le vendrían mal a esa Comisión unos cuantos vuelos —opinó su excelencia—. Descubrirían cosas que no se aprenden en un despacho —miró al capitán con burlona expectación: —¿No sería posible perder accidentalmente nuestro cargamento de burócratas en el trayecto de vuelta? Es una desgracia que beneficiaría mucho a las rutas espaciales, e incluso a la humanidad.

— Esa idea me suena a *gandiana* —observó Grayder.

— A ellos no se les ocurriría. Su técnica consiste en decir no, no y mil veces no. Eso es todo... pero a juzgar por lo que aquí ha sucedido, resulta suficiente. —El embajador sopesó el trance y tomó una decisión—. Voy con ustedes. Me repugna, porque huele a rendición. El quedarme sería un gesto de desafío, pero he de reconocer que tal como están las cosas no serviría para nada.

— Muy bien, excelencia —Grayder se acercó a una ventanilla y miró hacia la ciudad—. Me faltan unos cuatrocientos hombres. Algunos han desertado definitivamente, pero los demás volverán si espero lo bastante. Han tenido suerte, encontraron ambiente y, pasada la hora, estirarán la juerga mientras puedan, pensando que, de perdidos, al río. Es el inconveniente de los viajes largos. En los cortos ocurre mucho menos. —Calló mientras contemplaba con gesto sombrío el terreno, desnudo de pródigos, que se extendía ante la nave—. Pero no podemos esperarlos. En este sitio, no.

— No, sospecho que no.

— Si seguimos aquí, vamos a perder otros cuantos centenares. No habría bastantes especialistas para llevar la nave. El único modo de meterles prisa es dar orden de preparar la salida. Desde ese momento quedan todos sujetos a las ordenanzas de vuelo. —Sonrió de medio lado. ¡Esto va a dar qué pensar a mis abogadillos cósmicos!

— Por mí, saldremos cuando guste —aprobó el embajador. Se reunió con él en la ventanilla y observó la lejana carretera, por la que cruzaban sin detenerse tres coches *gandianos.* Arrugó el entrecejo, todavía alterado por aquellas mentes empeñadas en pretender que la montaña no existía. Su atención derivó después hacia la cola de la nave, se sobresaltó y dijo: —¿Qué hacen fuera esos hombres?

Lanzando una rápida mirada en la misma dirección, Grayder alcanzó de un zarpazo el micrófono y gritó:

—¡Todo el personal preparado para salir inmediatamente! —Movió un par de interruptores para cambiar de línea—. ¿Quién es ahí? ¿El sargento mayor Bidworthy? Escuche, sargento, hay media docena de hombres fuera de la compuerta central. Hágales entrar inmediatamente. Salimos en cuanto esté todo dispuesto.

Las escalas de proa y popa llevaban largo rato plegadas en sus nidos, y algún contramaestre de ideas rápidas previno ahora nuevas escapadas accionando la del centro de la nave y dejando así encerrado a Bidworthy junto a los aspirantes a saltarse las ordenanzas.

Cortado en su camino, Bidworthy se quedó en el borde de la compuerta contemplando a los que estaban fuera. No contento con encresparse, su mostacho temblaba. Cinco de los fugitivos habían formado parte del primer turno de permisos. Uno de ellos era un soldado, y aquello le puso definitivamente fuera de sí. El sexto era Harrison, junto a su bicicleta acicalada y reluciente.

Fulminándolos a todos, pero al soldado en particular, con la mirada, Bidworthy les conminó:

— Vuelvan a bordo. Nada de disculpas. Esto no es un juego. Vamos a despegar.

—¿Habéis oído? —preguntó uno, dando con el codo al más próximo—. Que volváis a bordo. Si no sois capaces de saltar diez metros, ya podéis empezar a mover los brazos y volar.

—¡No tolero insolencias! —rugió Bidworthy—. ¡Son órdenes!

— Admite órdenes —comentó el soldado—. ¡A su edad!

— No lo entiendo —dijo otro, moviendo apenado la cabeza.

Bidworthy exploró el liso borde de la compuerta en vana búsqueda de algo en que apoyarse. Un resalte, un tirador, cualquier saliente en que tomar impulso.

— Les advierto que si abusan de mi paciencia...

— No malgastes aliento, Biddy —le gritó el soldado—. Desde ahora soy un *gand.* Y con esto, se volvió y echó a andar rápidamente hacia la carretera, seguido por los otros cuatro.

Montado ya en su bicicleta, Harrison puso un pie en el pedal. Su cubierta trasera se desinfló rápidamente con agudo silbido.

—¡Vuelvan! —aulló Bidworthy a los cinco en retirada. En medio de extrañas contorsiones, trató de arrancar la escalera de sus enganches automáticos. Una sirena aulló

agudamente dentro de la nave. Aquello aumentó en varios ergios su agitación.

—¿Lo oyen? —Con ira espasmódica, vio a Harrison aflojar la válvula trasera y aplicarle su bomba portátil—. ¡Vamos a despegar! ¡Por última vez...!

Volvió a sonar la sirena, esta vez en una serie de cortos pitidos. Bidworthy se echó hacia atrás cuando ya ascendía la plancha. La compuerta se cerró. Harrison volvió a montarse en su máquina y colocó el pie en el pedal, pero permaneció expectante.

El monstruo de metal se estremeció de cabeza a cola y comenzó a elevarse lentamente en completo silencio. Había una gran majestad en la ascensión de aquella enorme masa. Poco a poco fue aumentando su velocidad, alejándose cada vez más de prisa hasta convertirse en un juguete, después en un punto, y desaparecer al cabo.

Sólo un instante notó Harrison un asomo de duda, una sospecha de remordimiento. Pero fue apenas un relámpago. Miró hacia la carretera.

Los cinco *gands* adoptivos habían hecho señas a un coche que los estaba recogiendo. Por lo visto, la desaparición de la nave precipitaba el estrechamiento de lazos. No cabía duda de que esta gente era viva de entendimiento. Vio cómo el vehículo se alejaba sobre sus enormes balones de goma,

llevándose a los cinco. Un ventociclo corría en dirección opuesta, ronroneando en la lejanía.

«Tu morenita», había dicho Gleed. ¿Cómo se le habría ocurrido aquello? ¿Habría hecho ella alguna observación que él hubiese tomado por amable, porque no se referiría a sus orejas?

Echó una última mirada alrededor. A su izquierda, la tierra presentaba un gran surco curvo de más de kilómetro y medio de largo por cuatro metros de profundidad. Dos mil terrestres habían estado allí.

Después, unos mil ochocientos.

Más tarde, mil seiscientos.

Luego, cinco menos.

«¡Sólo falto yo!», se dijo a sí mismo.

Con un fatalista encogimiento de hombros, oprimió el pedal y empezó a rodar hacia la ciudad.

...Y no quedó nadie.

QUERIDO DEMONIO

PRESENTACIÓN

En esta historia las gentes que se han aventurado a la conquista del espacio no son hombres en absoluto, sino otra raza de mortales, que de primera intención puede parecer más horrible que la humana. No obstante, si los seres humanos van a trasladarse a las estrellas y se encuentran con seres tan raros para ellos (como ellos mismos lo parecerán a los habitantes de otros Mundos), deben prepararse para creer que los extraños también forman parte de la vida.

Fander, el marciano de la presente historia, es una criatura que en nada se parece a cualquier ser que los terrícolas jamás hayan visto o experimentado. Es un poeta y un artista, no se trata de ningún científico. Un marciano tan ajeno a las habilidades técnicas de sus semejantes que ni siquiera sabe por qué funcionan los instrumentos de su propio pueblo. Y cómo lo descubrió forma parte de la presente historia.

Detrás de esta historia se encuentra una idea de primordial

importancia. Se trata del concepto de lo que en realidad une conjuntamente toda la vida pensante. Mr. Russell sabe que este común denominador no es el conocimiento científico sino la habilidad en compartir la experiencia de los seres vivientes. A pesar de que Fander no se parece en absoluto a nadie de la Tierra, no duda de que los niños y los adultos del nuevo planeta en el que vino a probar fortuna acabarán descubriendo que siente, muy en su interior, de manera semejante a ellos.

Lo bueno que tiene la ciencia ficción es que no todo su material es científico. Nuestra ciencia ha sido creada por nosotros y nuestra ficción en realidad no es más que las historias que nos contamos a propósito de nosotros mismos. Así que tal vez el marciano de esta historia sea sólo un ser humano disfrazado. Si fuera así, debemos admitir que es muy listo. Sabe que hay algo maravilloso en casi todo, si uno se molesta en aprenderlo. Y cuando se aprende a observar hay que creer aquello que se ha visto. Sabe, además, que cuando uno se siente realmente seguro de que lo que ha visto es importante, debe sostenerlo contra viento y marea.

Este tipo de comprensión no se deriva ni de ecuaciones ni de gráficas. Proviene del interior de aquellos que lo poseen. Cuando los seres humanos pisen los peldaños de la escalera que lleva a las estrellas emprenderán una aventura más importante y esperanzadora si se llevaran consigo a alguien como Fander.

En su artículo sobre Eric Frank Russell, Sam Moskowitz refiriéndose a Querido Demonio dice:

"...narrada con ternura y compasión, la historia es uno de los más eficaces llamamientos a la tolerancia racial que hayan aparecido, dentro o fuera de la ciencia ficción."

Creemos que este juicio, procedente de un tan prestigioso especialista del género, dice mucho más que todo lo que nosotros pudiéramos escribir acerca de esta obra y su autor.

Querido Demonio

La primera nave marciana descendió a la Tierra con la lentitud y la majestad de un globo. Tenía su misma forma esférica y su misma ligereza, cosa sorprendente dada su estructura metálica. Pero, aparte esas analogías superficiales, no había nada terrestre en ella.

No poseía cohetes, ni rugientes toberas, ni protuberancias externas, nada excepto unos pocos espejos solares que servían para propulsar a la nave en todas direcciones a través del campo cósmico. No poseía escotillas de observación, sino una franja transparente que la circundaba ciñendo el abultado vientre de la esfera. Los miembros de la tripulación, cuya piel era de color azul y cuya apariencia evocaba una pesadilla, estaban reunidos tras esa franja, examinando con sus enormes ojos multifacetados el globo terrestre.

Escrutaban aquel Mundo que llevaba por nombre la Tierra en el silencio más absoluto. Aunque hubieran poseído el don

de la palabra, no hubieran dicho nada. Pero ninguno de ellos poseía la facultad de expresarse mediante sonidos... y en aquel instante nadie tampoco lo necesitaba.

El espectáculo, en el exterior, ofrecía una escena de infinita desolación. Una hierba raquítica, de color verde azulado, pugnaba por aferrarse a un suelo agostado hasta un horizonte delimitado por quebradas montañas. Arbustos de aspecto siniestro luchaban aquí y allá por su vida, y el aspecto de algunos era patético en su esfuerzo por convertirse en árboles como lo habían sido hacía tiempo sus antepasados. A la derecha, una larga cicatriz rectilínea cortaba la extensión herbosa, mostrando en algunos lugares montones de estériles rocas. Era demasiado desigual y demasiado estrecha para haber sido una carretera; sus características evocaban más bien los carcomidos restos de una muralla desaparecida hacía mucho tiempo.

Y, por encima de todo ello, se desplegaba un cielo sombrío, lívido y amenazador.

El capitán Skhiva se giró hacia su tripulación y se comunicó con ellos mediante su tentáculo de señales. La otra forma de comunicarse era la telepatía por contacto, pero para ello se necesitaba la proximidad física.

—Está visto que no tenemos suerte. Hubiera sido lo mismo que nos posáramos sobre el satélite desierto. De todos modos podemos salir sin peligro. Todos aquellos que deseen

efectuar alguna exploración de corto alcance están autorizados para hacerlo.

Uno de los tripulantes gesticuló en respuesta.

—Capitán, ¿no desea ser usted el primero en posarse sobre este nuevo Mundo?

—No me importa. Si alguno de ustedes considera que esto representa algún honor, le cedo con gusto mi lugar.

Maniobró los mandos que accionaban las dos escotillas atmosféricas, y un aire más denso, más pesado, penetró en la nave, haciendo aumentar la presión en varios kilogramos.

—Procuren no cansarse demasiado —les dijo mientras empezaban a salir—. Recuerden que la presión es aquí mayor.

El poeta Fander le tocó, uniendo los extremos de sus tentáculos, a fin de enviar rápidamente sus pensamientos a través de las terminaciones nerviosas.

—Esto confirma lo que observamos mientras nos aproximábamos. Un planeta mortalmente herido, en las últimas boqueadas de su agonía. A su juicio, ¿cuál puede ser la causa?

—No tengo la menor idea. Y pagaría lo que fuera por saberlo. Si el tremendo holocausto ha tenido por origen

fuerzas naturales, ¿no le ocurrirá lo mismo a Marte algún día? —su inquieta mente transmitió al tentáculo de comunicación de Fander un estremecimiento de preocupación—. Si este planeta hubiera estado más alejado del Sol que el nuestro, hubiéramos podido observar el fenómeno desde nuestro propio Mundo. Pero es difícil distinguir nada de cara a la luz solar.

—Peor es todavía con el siguiente planeta, el rodeado de nubes —observó el poeta Fander.

—Lo sé. Y empiezo a tener miedo por lo que podamos descubrir en él. Si demuestra estar tan muerto como este, entonces nos veremos bloqueados hasta que nos hallemos en condiciones de dar el gran salto al espacio exterior.

—Lo cual no se producirá en el transcurso de nuestras vidas.

—Eso creo —admitió el capitán Skhiva—. Podríamos viajar aprisa con la ayuda de amigos experimentados, pero el viaje va a ser lento si debemos emprenderlo nosotros solos —se giró para examinar a la tripulación, que vagabundeaba por el siniestro paisaje—. Es bueno para ellos el hallarse sobre suelo firme. ¿Pero qué es un Mundo desprovisto de vida y de belleza? Se van a cansar muy pronto. Y van a sentirse felices de partir.

Fander, soñador, dijo:

—De todos modos, me gustaría ver algo más. ¿Puedo utilizar el bote de salvamento?

—Usted es un trovador, no un piloto —hizo notar Skhiva. Su misión es sostener nuestra moral distrayéndonos, no vagabundear a bordo de un bote de salvamento.

—Pero sé como pilotarlo. Cada uno de nosotros ha recibido la instrucción adecuada. Déjeme utilizarlo.

—¿No ha visto ya lo suficiente antes incluso del aterrizaje? ¿Qué otra cosa quiere contemplar? Carreteras rotas, destrozadas, casi reducidas a la nada. Antiguas ciudades derruidas, pulverizadas, casi inexistentes. Montañas reventadas, bosques calcinados y cráteres apenas más pequeños que los del satélite. Ni el menor indicio de supervivencia de vida superior. Nada más que la hierba, los arbustos, y algunos pequeños animales de dos o cuatro patas que huyen cuando nos aproximamos. ¿Por qué desea ver más?

—Incluso en la muerte hay poesía —dijo Fander.

—Es probable... pero no por ello es menos repugnante —Skhiva tuvo un pequeño estremecimiento—. De acuerdo, como quiera. Tome el bote. No estoy cualificado para juzgar el modo de razonar de una mente no técnica.

—Gracias, capitán.

—No se preocupe. Pero intente estar de vuelta antes de la noche.

Skhiva rompió el contacto, atravesó las escotillas, se enrolló como una serpiente junto a la nave, y se sumió en sombríos pensamientos. Tantos esfuerzos, tantos anhelos... para una tan pobre recompensa.

Seguía reflexionando acerca de lo vano de la tentativa marciana cuando el bote de salvamento surgió de la nave y tomó velocidad. Sus inexpresivos ojos multifacetados observaron el cambio de orientación de los espejos solares cuando la navecilla hizo un viraje para alejarse flotando como una burbuja.

La tripulación regresó antes de la noche. Unas pocas horas habían sido suficientes. Tan solo había hierba, plantas espinosas, y arbustos que luchaban por crecer.

Uno de los navegantes había descubierto un rectángulo desprovisto de hierba que tal vez señalaba el antiguo emplazamiento de una casa. Trajo consigo un trozo de lo que en otro tiempo debían haber sido los cimientos, un bloque de cemento que Skhiva colocó a un lado para posterior análisis.

Otro tripulante había hallado un insecto pequeño provisto de seis patas, pero sus terminaciones nerviosas captaron de tal modo y con tal intensidad su miedo y su desesperación

que volvió a dejarlo apresuradamente en el suelo para devolverle su libertad.

Pequeños animalillos de torpes movimientos daban saltos a lo lejos, pero todos se escondieron en sus madrigueras mucho antes de que ninguno de los marcianos pudiera aproximarse a ellos.

Toda la tripulación estaba de acuerdo en un extremo: el silencio y la solemnidad de un Mundo moribundo son algo intolerable.

Fander llegó cuando ya casi anochecía. Su burbuja desapareció bajo una enorme nube negra, descendió al nivel de la nave y penetró en su interior. Casi inmediatamente empezó a llover, con un rugido de catarata, mientras los marcianos, alineados tras la franja transparente, contemplaban maravillados aquella increíble cantidad de agua cayendo.

Tras un instante, el capitán dijo:

—Debemos inclinarnos ante los hechos. Hemos venido para nada. El origen de esta desolación es un misterio que deberán resolver otros, con más tiempo y un material de estudio más perfeccionado. Nosotros somos exploradores, no arqueólogos. No podemos hacer otra cosa que abandonar este cementerio e ir hacia el planeta de las nubes. Quizá allí tengamos más suerte. Despegaremos mañana por

la mañana, muy temprano.

No hubo comentarios. Fander le siguió a su cabina y estableció el contacto entre sus tentáculos.

—Se puede vivir aquí, capitán.

—No estoy tan seguro —Skhiva se enrolló en su litera y colgó sus tentáculos de las barras de reposo; el color azul de su piel se reflejaba en la pared a su espalda—. En muchos puntos las rocas emiten partículas alfa. Son peligrosas.

—Lo sé, capitán. Pero yo puedo sentirlas y evitarlas.

—¿Usted? —se sorprendió el capitán, mirándole fijamente.

—Sí, capitán. Deseo quedarme aquí.

—Pero... ¿En un lugar como este, tan terrible y desesperanzador?

—La fealdad y la desesperanza que emana son abrumadoras —admitió el poeta—. Toda destrucción es fealdad. Pero he avistado por casualidad algunos asomos de belleza. Eso me ha dado ánimos. Me gustaría buscar su origen.

—¿A qué belleza se refiere? —preguntó Skhiva.

Fander intentó describir lo desconocido con términos

conocidos, y se dio cuenta de que era imposible.

—Hágame un dibujo —ordenó el capitán.

Fander se afanó en ello, y luego le tendió la imagen.

—Es eso.

Skhiva contempló largamente el dibujo y luego se lo devolvió al poeta y comunicó de nuevo sus terminaciones nerviosas.

—Somos individuos, y como tales gozamos de todos los derechos individuales. Como individuo, yo personalmente no creo que este dibujo refleje una belleza suficiente como para que valga el extremo de la cola de un aralan de nuestro Mundo. De todos modos, reconozco que tampoco es feo, que incluso es agradable.

—Pero capitán...

—Como individuo —prosiguió Skhiva—, usted tiene derecho a sustentar sus propias opiniones, por insólitas que puedan ser. Si desea realmente quedarse, yo no puedo negarme. Tengo tan solo el derecho de juzgarle como un insensato —examinó nuevamente a Fander—. ¿Cuándo quiere que vengamos a recogerle?

—Este mismo año, el año próximo, no importa cuando. Jamás.

—Podría muy bien ser jamás —le recordó Skhiva—. ¿Está dispuesto a afrontar esa eventualidad?

—Uno debe estar siempre dispuesto a afrontar las consecuencias naturales de sus actos —hizo notar Fander.

—Exacto —el capitán dudaba antes de ceder—. ¿Lo ha reflexionado bien?

—Soy un elemento no técnico. No estoy gobernado por la reflexión.

—Entonces, ¿qué le gobierna?

—Mis deseos, mis emociones, mis instintos. Y también mis sentimientos más profundos.

—Que las lunas gemelas nos protejan —invocó Skhiva.

—Capitán, cánteme usted una canción de nuestro planeta, interpréteme algo al arpa resonante.

—No diga tonterías. Sabe que soy incapaz.

—¿Sería capaz si para ello no necesitara más que una profunda reflexión?

—Sin duda —admitió Skhiva, viendo la trampa pero sabiéndose incapaz de evitarla.

—Entonces, eso es todo —concluyó Fander.

—Renuncio. No sé discutir con alguien que rechaza las leyes reconocidas de la lógica y se inventa una especial para él. Se deja guiar usted por ideas disparatadas que me dejan indefenso.

—No se trata de una cuestión de lógica o de falta de lógica —dijo Fander—. Se trata simplemente de un asunto de puntos de vista. Usted ve las cosas bajo ciertos ángulos, y yo bajo otros.

—¿Por ejemplo?

—No espere vencerme de esta forma. Puedo poner muchos ejemplos. Veamos... ¿Recuerda usted la fórmula que sirve para determinar la fase de un circuito conectado en serie?

—Por supuesto.

—No lo dudaba. Es usted técnico. La tiene grabada en su cerebro, ya que se trata de un detalle técnico útil —se interrumpió para mirar a Skhiva por unos instantes—. Yo también la conozco. Me la dijeron por casualidad, hace varios años. Para mí no presenta la menor utilidad. Sin embargo, no la he olvidado nunca.

—¿Por qué?

—Por estética. Porque posee belleza en su ritmo. Porque es casi un poema.

Skhiva suspiró.

—Eso es nuevo para mi.

—Uno sobre R factor de omega L menos uno sobre omega C —recitó Fander, algo divertido—. El ritmo está ahí, casi tiene música.

—Sí, podría cantarse —terminó por admitir Skhiva—. Incluso se podría bailar.

—Eso es precisamente lo que he visto aquí —Fander mostró su dibujo—. De eso emana una belleza extraña, desconocida para nosotros. Donde hay belleza hubo antes talento... y por lo que sabemos tal vez ese talento subsista. Y donde subsiste el talento es posible encontrar el germen de la grandeza. Y allí donde hay grandeza hay o habrá amigos poderosos. Y nosotros necesitamos amigos poderosos.

—Está bien, usted gana —dijo Skhiva con un gesto fatalista—. Mañana por la mañana le dejaremos en el lugar que elija.

—Gracias, capitán.

Aquel mismo rasgo de obstinación que hacía de Skhiva un buen jefe lo empujó a la mañana siguiente a clavarle una

última pica a Fander, poco antes del despegue. Tras convocarlo en su cabina, lo estudió con una mirada calculadora.

—¿Ha cambiado de opinión?

—No, capitán.

—Entonces, ¿no le parece extraño que yo me sienta tan satisfecho de abandonar este planeta, cuando según usted conserva todavía restos de grandeza?

—No.

—Explíqueme por qué —dijo Skhiva, envarándose ligeramente.

—Capitán, creo que está usted algo asustado porque sospecha lo que yo mismo sospecho.

—¿A qué se refiere?

—Que no se trata de un desastre natural. Que los habitantes del planeta han ocasionado esto ellos mismos... y a ellos mismos.

—No poseemos ninguna prueba —dijo Skhiva, incómodo.

—No, capitán —admitió Fander, y calló, sin el menor deseo de seguir hablando sobre el tema.

—Si esto es realmente obra suya —hizo notar finalmente el capitán—, ¿qué posibilidades tendríamos de ganarnos la amistad de unos seres tan temibles?

—Una posibilidad muy remota —admitió Fander—. Pero esta es la conclusión de la razón fría. Y como tal me interesa poco. Me siento más bien esperanzado.

—De nuevo dejando a un lado la reflexión para aceptar la simple ensoñación. ¡La esperanza, la esperanza, la esperanza... de alcanzar lo imposible!

—Lo difícil es posible —dijo Fander—. Para alcanzar lo imposible hace falta un poco más de tiempo.

—Sus opiniones turban mi ordenado cerebro. Cada una de sus observaciones es la pura y simple negación de algo que tiene sentido —Skhiva transmitió la sensación de una siniestra risa—. Está bien, es asunto suyo —se acercó a su interlocutor—. Todas sus provisiones se hallan apiladas en el exterior. No me queda más que decirle adiós.

Se abrazaron a la manera marciana.

Tras cruzar las escotillas, Fander contempló la gran esfera que vibraba, luego se deslizaba para ganar velocidad. Se elevó sin un ruido. Su tamaño fue disminuyendo hasta convertirse tan solo en un punto sobre una nube. Un instante después se hundía en la nube y desaparecía.

Fander permaneció inmóvil durante un largo rato contemplando la nube. Luego dedicó su atención al trineo de carga que contenía sus pertrechos. Tras instalarse en el asiento delantero, descubierto, maniobró los mandos de tensión de las parrillas orientables y dejó que el vehículo se elevara unos centímetros del suelo. Cuanto mayor fuera la altitud, mayor sería también el consumo de energía. Deseaba conservar su potencia motriz tanto como fuera posible; no sabía hasta cuando le sería necesaria. Así pues dejó que el trineo se deslizara a poca altitud y poca velocidad, en la dirección aproximada del objeto origen de la belleza.

Más tarde descubrió una pequeña gruta con un suelo seco en el flanco de la colina donde se erguía el objeto. Necesitó dos días de cuidadoso trabajo con la pistola de rayos para agrandarla, conseguir que las paredes y el techo formaran ángulos rectos y aplanar el suelo; y otro medio día más para eliminar el polvo de silicatos con un ventilador eléctrico. Luego almacenó sus provisiones en el fondo, aparcó el trineo a la entrada, y dispuso una pantalla de fuerza ante esta. El agujero en la colina se había convertido en su casa.

La primera noche el sueño tardó en llegar. Estaba tendido en la gruta, una cosa nudosa y tentacular de color azul reluciente, con enormes ojos de abeja, y se sorprendió tendiendo el oído hacia las arpas que tocaban a sesenta millones de kilómetros de distancia. Los extremos de sus tentáculos se estremecieron en una involuntaria búsqueda

de los cantos telepáticos que acompañaban a las arpas, pero fue en vano.

La obscuridad se hizo más profunda; una calma monstruosa reinaba sobre el planeta entero. Sus órganos auditivos estaban ávidos del sordo grito de las ranas de arena en el crepúsculo, pero no había ranas de arena. Sentía deseos de captar el familiar zumbido de los escarabajos nocturnos, pero nada rompía el silencio. Salvo una vez, cuando algún animal lejano aulló su pena a la pálida Luna, la noche transcurrió sin un sonido, sin ninguna interrupción.

Por la mañana se aseó, comió, tomó el trineo, y partió a explorar el emplazamiento de un pueblecito. Encontró muy poco con lo que satisfacer su curiosidad, tan solo informes montículos de escombros sobre arruinados cimientos vagamente rectangulares. Era un cementerio de casas muertas desde hacía mucho tiempo, podridas, invadidas por hierbajos, destinadas en poco tiempo al olvido total. La vista del lugar desde una altitud de doscientos metros no le dio más que una indicación: la exactitud del trazado original probaba que sus habitantes habían sido metódicos y ordenados.

Pero el orden no es la belleza en sí. Regresó a la cima de su colina y buscó consuelo en la contemplación de la belleza. Siguió sus exploraciones. No sistemáticamente, como lo hubiera hecho Skhiva, sino bajo el impulso de sus fantasías. Vio numerosos animales, solos o en grupos, pero ninguno

parecido a las formas de vida de Marte. Algunos se dispersaban al galope tendido cuando su trineo los sobrevolaba, otros se enterraban en agujeros abiertos en el suelo, mostrando en el momento de desaparecer ridículas colas blancas. Otros, unos cuadrúpedos de cabezas largas y dientes afilados, cazaban en manadas y ladraban al unísono en su dirección cuando pasaba sobre ellos, con sus voces duras y amenazadoras.

El día en que se cumplían sesenta y dos desde que la nave se fuera divisó, en un claro encajonado, umbrío, un pequeño número de siluetas que no había visto nunca antes y que se desplazaban en una fila única. Las reconoció al primer golpe de vista: las conocía tan bien que sus inquisitivos ojos comunicaron la excitación del triunfo a su mente. Eran andrajosas, estaban sucias, medio desarrolladas tan solo, pero la cosa de belleza le había dicho lo que eran.

Describió una amplia curva a ras del suelo que lo condujo al otro extremo del claro. Ahora podía distinguirlos bien, incluso podía percibir el color rosado manchado de lodo de sus delgadas piernas. El trineo volador se inclinó para descender hasta la entrada del claro. Se desplazaban en la misma dirección que él, evidenciando una temerosa prudencia mientras observaban el terreno ante ellos, con miedo a tropezarse con enemigos. Su rápida llegada por su espalda se realizó sin la menor advertencia.

El último de la cautelosa fila le hizo fallar, sin embargo, en

el último instante. Fander se inclinaba sobre la borda de su vehículo, con sus largos tentáculos preparados para agarrar al bípedo, aquel que tenía un espeso y desordenado mechón de cabellos amarillos, cuando, prevenido por algún sexto sentido, la víctima elegida se arrojó de bruces al suelo. Los tentáculos de Fander fallaron por medio metro. Tuvo el atisbo de unos ojos grises aterrados uno o dos segundos antes de conseguir, con un hábil balanceo del trineo, compensar la pérdida apoderándose del siguiente espécimen de la fila, que no se había dado cuenta de nada.

Este segundo tenía los cabellos más oscuros, y era un poco más grande y fuerte. Se debatió entre los tentáculos que lo mantenían sujeto mientras el vehículo ganaba altura. Luego, dándose cuenta de la naturaleza de aquello que lo sujetaba, la criatura se retorció para mirar hacia Fander. El resultado fue absolutamente imprevisto: el ser perdió su color facial, cerró los ojos, y pendió inerte y blando entre sus tentáculos.

El prisionero seguía estando inerte cuando lo transportó a su gruta, pero su corazón seguía latiendo y sus pulmones inspirando. Tras depositarlo con cuidado en su blanda cama, Fander regresó a la entrada de la gruta mientras esperaba a que el cautivo recuperara los sentidos. El ser terminó por agitarse y se sentó, dirigiendo una absorta mirada a la pared ante él. Sus negros ojos se desplazaron lentamente a su alrededor, tomando consciencia de lo que le rodeaba. Luego vieron a Fander, recortado contra la claridad del exterior. Se abrieron enormemente y su propietario emitió unos sonidos

agudos, desagradables, mientras se esforzaba en retroceder apretándose contra la rugosa pared. Hacía tanto ruido, sus gritos se sucedían cada vez más fuertes, de tal modo que Fander salió de la gruta, lejos de su vista, y permaneció sentado al frío viento hasta el momento en que los gritos cesaron.

Dos horas más tarde reapareció cautelosamente para ofrecerle algo de comer, pero su reacción fue tan rápida, tan violentamente aterrada, que dejó caer su carga para ocultarse rápidamente, como si el aterrado fuera él.

La comida permaneció intacta durante dos días completos. Al tercer día, observando que parte de ella había sido comida, Fander se aventuró a entrar de nuevo.

El marciano no se atrevió a acercarse demasiado a su presa; esta, sin embargo, se apretó convulsivamente contra la pared, mientras murmuraba:

—El demonio... El demonio... —sus ojos estaban enrojecidos y rodeados de obscuras ojeras.

El demonio, pensó Fander, incapaz absolutamente de repetir la extraña palabra y preguntándose qué podía significar. Intentó utilizar su tentáculo de señales para transmitirle ideas tranquilizadoras, pero fue en vano. El otro se quedó contemplando sus contorsionantes movimientos, entre asustado y asqueado, sin manifestar el menor signo de

comprensión. Fander dejó que su tentáculo reptara suavemente por el suelo, con la esperanza de conseguir un contacto telepático. El otro se apartó como ante una serpiente dispuesta a morder.

—Paciencia —se dijo—. Para alcanzar lo imposible hace falta un poco más de tiempo.

Fue mostrándose de tanto en tanto, trayendo siempre comida y agua. Por la noche dormía sobre la dura y húmeda hierba, bajo cielos amenazadores, mientras su prisionero (o su huésped) gozaba del confort de la cama, del calor de la gruta y de la seguridad que le proporcionaba la pantalla de fuerza.

Finalmente, Fander decidió utilizar una astucia que no tenía nada de poético, sirviéndose del estómago del otro como indicador del momento oportuno. Al octavo día, tras observar que sus ofrecimientos de comida eran regularmente aceptados, decidió comer él a la entrada de la gruta, bien a la vista del otro. Observó que su huésped no se mostraba perturbado por aquello. Por la noche, durmió también a la entrada, junto a la pantalla de fuerza, lo más lejos posible del muchacho pero dentro de la gruta. No se produjo ninguna reacción desagradable. El muchacho se pasó mucho tiempo despierto, examinándolo, vigilándolo atentamente, pero terminó durmiéndose poco antes del amanecer.

Una nueva tentativa de conversación a través de gestos no dio mejores resultados que la primera, y el ser siguió rechazando tocar el tentáculo que le ofrecía. Sin embargo, Fander notaba que estaba haciendo progresos. Seguía rechazando su aproximación, pero su repulsión disminuía. Poco a poco, insensiblemente, la forma del marciano se le iba haciendo familiar, casi aceptable.

Fander saboreó las mieles del éxito hacia el mediodía del día siguiente. El muchacho había dado varias veces señales de una extraña enfermedad emotiva cuyos accesos lo arrojaban al suelo, con el cuerpo agitándose, mientras emitía roncos sonidos y sus ojos se mojaban abundantemente. En aquellos momentos el marciano se sentía curiosamente impotente, inútil. Sin embargo, aprovechó una de aquellas ocasiones en que la crisis había hecho disminuir el estado de alerta del enfermo para acercarse lo suficiente como para tomar un estuche que había cerca de él.

Del estuche extrajo su pequeña arpa eléctrica, la conectó, y rozó las cuerdas con una delicada ternura. Empezó a tocar muy suavemente, cantando para sí mismo el acompañamiento, ya que no poseía órgano vocal y solo el arpa podía emitir sonidos en su lugar.

El muchacho dejó de temblar y se sentó, dedicando toda su atención al hábil juego de los tentáculos y a la música que creaban. Cuando Fander calculó que había captado finalmente la atención de su auditorio, terminó su canción

con un ligero toque apaciguador y, con un gesto amistoso, ofreció el arpa a su huésped. Este manifestó a la vez interés y vacilación. Cuidando de no acercarse ni un paso, Fander se la ofreció al extremo de uno de sus tentáculos. El muchacho tenía que dar cuatro pasos para tomar el instrumento. Los dio.

Este fue el comienzo. Repitieron el mismo juego día tras día, y a veces incluso por las noches, mientras la distancia que los separaba iba disminuyendo en fracciones casi imperceptibles. Finalmente se sentaron lado a lado, y aunque el muchacho aún no había aprendido a reír, al menos ya no se mostraba intranquilo. Sabía ya tocar algunas melodías sencillas, y esta aptitud le llenaba de un solemne orgullo.

Un día, al anochecer, cuando los animales que a veces le aullaban a la Luna se dejaban oír de nuevo, Fander tendió por centésima vez su tentáculo. Su gesto había sido siempre inequívoco, aunque la motivación que lo producía no fuera a veces evidente, y siempre había sido rechazado. Esta vez, sin embargo, cinco dedos se cerraron alrededor del tentáculo, como en un tímido deseo de complacer. Rogando fervorosamente que los nervios humanos funcionaran como los de los marcianos, Fander lanzó sus pensamientos por aquel lazo de unión, precipitadamente, temeroso de que el contacto se rompiera prematuramente.

—No me tengas miedo. No puedo impedir el tener esta

forma, como tú no puedes cambiar la tuya. Soy tu amigo, tu padre, tu madre. Te necesito tanto como tú me necesitas a mí.

El muchacho soltó su presa y empezó a producir semiahogados gemidos. Fander posó un tentáculo en su hombro, palmeándolo suavemente, en un gesto puramente marciano. Por alguna razón inexplicable, aquello no hizo más que agravar la situación. Completamente desconcertado, sin saber qué hacer, qué acto realizar que fuera comprensible dentro de un contexto humano, rechazó el problema de su mente para abandonarse a su instinto. Pasó un miembro largo y flexible como una cuerda alrededor del muchacho y lo atrajo hacia sí, manteniéndolo apretado contra su cuerpo hasta que los ruidos cesaron y llegó el sueño. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el muchacho capturado era mucho más joven de lo que había creído. Estuvo cuidándolo toda la noche. Se necesitó mucha práctica para llegar a una conversación coherente. El muchacho debía aprender a controlarse y a proyectar sus pensamientos, ya que Fander no tenía el poder de arrancárselos.

—¿Cuál es tu nombre?

Fander vio una imagen de piernas delgadas corriendo rápidamente. La transformó en una pregunta:

—¿Ágil?

Una afirmación.

—¿Y cuál es el nombre que me das tú?

Una mezcolanza de cosas monstruosas, poco halagadora.

—¿Demonio?

La imagen torbellineó, perdió nitidez. Hubo como un asomo de confusión.

—Demonio servirá —aceptó Fander, que tenía unas ideas muy amplias al respecto—. ¿Dónde están tus padres? —prosiguió.

Imágenes más confusas todavía.

—Tienes que tener padres. Todo el Mundo tiene un padre y una madre, ¿no? ¿No recuerdas a los tuyos?

Visiones fantasmagóricas, entremezcladas. Adultos abandonando a sus hijos. Adultos evitando a sus hijos como si tuvieran miedo de ellos.

—¿Cuál es la primera cosa que recuerdas?

—Un hombre alto que anda conmigo. Me acompaña un momento. Luego se va.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Se va. Dice que está enfermo. Que si se queda conmigo podrá darme la enfermedad.

—¿Hace mucho de eso?

De nuevo confusión. Fander cambió de tema.

—Y esos otros... ¿tampoco tienen padres?

—No tienen a nadie.

—Pero tú tienes a alguien ahora, ¿no, Ágil?

—Sí —el tono del muchacho era vacilante.

Fander se aventuró a ir un poco más lejos.

—¿Prefieres tenerme a mí o estar con los demás chicos? —dejó pasar un cierto tiempo antes de añadir—: ¿O quizá las dos cosas?

—Las dos —respondió Ágil sin la menor vacilación; sus dedos jugueteaban con el arpa.

—¿Quieres ayudarme mañana a buscarlos y a traerlos aquí?

—Sí.

—Y si ellos me tienen miedo, ¿les dirás que no tienen nada que temer de mi?

—¡Claro! —dijo Ágil, humedeciéndose los labios y sacando pecho.

—Entonces quizá te guste salir a dar un pequeño paseo ahora. Hace demasiado tiempo que estás en esta gruta. Un poco de ejercicio te irá bien. ¿Vienes a dar una vuelta conmigo?

—Sí.

Salieron lado a lado, uno trotando ágilmente, el otro deslizándose y reptando. La alegría del muchacho afloró apenas estuvieron al aire libre. Se diría que la vista del cielo, el azote del viento en su rostro, el olor de la hierba, le hacían comprender que en realidad no estaba prisionero. Sus rasgos, habitualmente serios, se animaron, lanzó exclamaciones que Fander no pudo comprender, y una vez incluso se echó a reír sin razón aparente, por pura alegría. En dos ocasiones tomó por propia iniciativa el extremo de un tentáculo para transmitirle una idea a Fander, realizando este acto como algo tan natural como el hablar.

A la mañana siguiente sacaron el trineo. Fander se instaló en el asiento delantero, a los mandos; Ágil se acurrucó detrás, agarrándose con las dos manos a las correas de sujeción. Levantaron el vuelo y tomaron rumbo al claro. Numerosos animalillos de cola blanca se precipitaron dentro de sus agujeros a su paso.

—Comida; buena —observó Ágil, tocando a Fander y comunicándose a través del punto de contacto.

Fander se sintió algo desanimado. ¡Carnívoros! Un extraño sentimiento de vergüenza y de disculpa le indicó que Ágil había captado su repugnancia. Lamentó no haber reprimido aquella reacción instintiva antes de que el muchacho la captara. Pero no podía reprochárselo a sí mismo, ya que la impresión de aquella brutal declaración lo había sorprendido por completo. De todos modos, era un paso más en su mutua comprensión, ya que Ágil deseaba que Fander tuviera buena opinión de él.

Desde el primer momento la suerte les acompañó. A unos ochocientos metros al Sur del claro, Ágil lanzó un agudo grito mientras señalaba el suelo con el dedo. Una pequeña silueta de cabellos dorados estaba de pie sobre un montículo y contemplaba fascinada el fenómeno que había aparecido en el cielo. Una segunda forma minúscula, de cabellos rojos y también largos, estaba a su lado y contemplaba el cielo con el mismo aire de sorpresa. Ambas siluetas volvieron a la realidad y dieron media vuelta para huir cuando la navecilla giró, se inclinó y picó hacia ellas.

Sin tener en cuenta los excitados gritos de su pasajero ni los tirones que daba a las correas de sujeción, Fander hizo una pasada en vuelo rasante y se apoderó de una de las presas, luego de la otra. El doble peso que sostenía no le facilitó precisamente la maniobra de equilibrar el vehículo y

volver a ganar altura. Si las víctimas se hubieran debatido hubiera tenido verdaderos problemas, pero no lo hicieron: gritaron un poco al sentirse levantadas, y luego quedaron inertes, con los ojos cerrados.

El trineo ascendió y recorrió un kilómetro y medio a doscientos metros de altura. La atención de Fander estaba repartida entre sus inertes presas, los mandos y el horizonte, cuando de pronto resonó algo parecido a un trueno bajo el casco de la nave. Toda la navecilla se estremeció, un trozo de parrilla saltó por los aires, se oyó como un repiqueteo, y una multitud de objetos silbaron y gimieron a su alrededor, dirigiéndose hacia las nubes.

—¡El Viejo Canoso! —gritó Ágil dando saltos excitados, pero sin asomarse por la borda—. ¡Nos está disparando!

Sus palabras no tenían ningún significado para el marciano, que no podía distraer uno de sus tentáculos para contactar al muchacho, el cual había olvidado también en su excitación hacerlo. Preocupado, el poeta luchó por hacer recuperar al trineo la horizontal, luego le dio el máximo de potencia. Fueran cuales fuesen los daños sufridos, el aparato no había perdido nada de su eficacia; avanzó a una velocidad que hizo que el viento agitara violentamente las cabelleras dorada y roja de sus víctimas. Naturalmente, el aterrizaje junto a la gruta fue precario. El vehículo botó y resbaló de costado durante unos cuarenta metros antes de detenerse sobre la hierba.

Primero lo esencial: Fander llevó a los dos inconscientes muchachos al interior y los dejó sobre la cama. Luego salió de nuevo para examinar el trineo. Había como media docena de agujeros en la plancha del fondo, y un par de brillantes surcos en uno de los lados. Fander estableció contacto con Ágil.

—¿Qué querías decirme?

—Que el Viejo Canoso nos ha disparado.

La imagen mental estalló en él, impactante. La visión de un hombre viejo, alto, de cabello blanco y rostro serio, con un arma tubular apoyada sobre un hombro y escupiéndole fuego al cielo. Un viejo de cabello blanco. ¡Un adulto!

Su presión sobre los dedos del muchacho aumentó.

—¿Qué es ese viejo para ti?

—No mucho. Vive cerca de nosotros, en los refugios.

La imagen de un túnel largo de polvoriento hormigón, muy deteriorado, con el techo señalado por las cicatrices de un sistema de iluminación desaparecido hacía mucho tiempo. El viejo viviendo su vida de ermitaño a un lado, los muchachos al otro. El viejo estaba amargado, era taciturno, se mantenía distanciado de los muchachos, les hablaba tan solo muy ocasionalmente, pero reaccionaba con rapidez cuando algo los amenazaba. Tenía armas. Una vez había matado a

muchos perros salvajes de una jauría que habían devorado a dos muchachos.

—Las gentes dejaron los refugios porque el viejo Canoso estaba allí y tenía armas —explicó Ágil.

—¿Pero por qué no vive con los muchachos? ¿Acaso no los quiere?

—No sé —reflexionó unos instantes—. Una vez nos dijo que los viejos pueden ponerse muy enfermos y hacer que los jóvenes se pongan también enfermos... y entonces todos morirán. Quizá tenga miedo de hacer que muramos —Ágil no estaba muy seguro de ello.

Así pues existía una terrible enfermedad, algo muy contagioso que afectaba principalmente a los adultos. Algo tan terrible que les hacía abandonar a sus hijos apenas podían, con la esperanza de que al menos estos sobrevivieran. Sacrificio sobre sacrificio... para conservar la especie. Desesperación sobre desesperación... con los viejos prefiriendo vivir en la soledad antes que en la compañía de sus semejantes.

Sin embargo, Canoso era descripto como muy viejo. ¿Era una exageración del cerebro del muchacho?

—Debo encontrarme con Canoso.

—Te disparará —aseguró Ágil—. Ahora sabe que eres tu

quien me llevó. Te ha visto llevarte a los otros. Vigilará el cielo, y te matará a la primera ocasión que tenga.

—Debemos hallar el medio de evitarlo.

—¿Cómo?

—Cuando los otros dos sean también mis amigos, como tú, os devolveré a los tres a los refugios. Tú irás a encontrar a Canoso de mi parte y le dirás que no soy tan horrible como parezco.

—Yo no te veo horrible —dijo Ágil.

La imagen que recibió Fander al mismo tiempo que esa observación le causó la más insólita de las sensaciones. Se trataba de un cuerpo impreciso, bañado en sombras, muy deformado... con un rostro claramente humano.

Los nuevos prisioneros eran dos hembras. Fander lo supo sin que nadie se lo dijera, ya que eran mucho más delicadas que Ágil, y de ellas se desprendía el olor suave y cálido de la feminidad. Lo cual anunciaba complicaciones. Quizá no fueran más que niños, y quizá vivieran juntos en los refugios, pero él no autorizaría nada semejante mientras fuera el responsable allí. Fander procedía evidentemente de otro Mundo con otras costumbres, pero no estaba exento de un cierto puritanismo. Empezó a horadar otra gruta, más pequeña, para Ágil y para él.

Ninguna de las dos chicas lo vieron durante los cuatro primeros días. Manteniéndose cuidadosamente fuera de su vista, encargó a Ágil de llevarles la comida, hablarles, calmarlas, prepararlas para enfrentarlas al aspecto de la "cosa" que iban a ver. Al quinto día, se dejó examinar a distancia. Pese a las advertencias, palidecieron y se agarraron la una a la otra, aunque sin emitir aquellos sonidos estridentes. Tocó el arpa unos instantes, se fue, volvió un poco más tarde y tocó un poco más.

Animada por el aluvión de propaganda que les lanzaba incesantemente Ágil, una de ellas se decidió a tocar el extremo de uno de sus tentáculos al día siguiente. Lo que se deslizó a lo largo de los nervios de Fander no era una imagen comprensible sino más bien un dolor sordo, un deseo, una aspiración infantil. Fander salió de espaldas de la gruta, encontró un trozo de madera, pasó toda la noche delante de un Ágil dormido que le sirvió de modelo, y talló en la madera una figura articulada con los rasgos de un ser humano. No era escultor, pero tenía una cierta habilidad táctil, y el poeta que había en él le inspiró para darle expresividad a la estatuilla. Realizó un trabajo concienzudo, tras lo cual revistió a la muñeca con unas ropas que imaginó parecidas a las de los terrestres, coloreó su rostro, y fijó en sus rasgos la mueca de placer que los humanos llaman una sonrisa.

Le dio la muñeca en el mismo momento en que ella se despertó al día siguiente. La tomó ávidamente, como hambrienta, con los ojos desorbitados de felicidad. La apretó

contra su seno aún inexistente, canturreando con voz muy baja... y Fander supo que aquel extraño vacío que había captado el día anterior se había llenado.

Aunque el joven Ágil se mostrara abiertamente desdeñoso hacia aquel manifiesto malgasto de energía, Fander procedió a fabricar un segundo maniquí. Esta vez no necesitó tanto tiempo. El primer ensayo le había reportado una mayor destreza y rapidez. Pudo ofrecer su obra a la segunda muchachita poco después del mediodía. Ella aceptó el presente con una graciosa timidez, abrazando a la muñeca como si a sus ojos tuviera más importancia que el conjunto de su desolado mundo. En la feliz concentración en que la sumergía el juguete, ni siquiera se dio cuenta de que Fander estaba cerca, muy cerca de ella, y cuando le tendió un tentáculo ella lo tomó distraídamente.

Simplemente, él le dijo:

—Te quiero.

La mente de la chiquilla estaba demasiado poco ejercitada como para proporcionar una reacción traducible, pero un cálido relámpago cruzó por sus grandes ojos.

Fander estaba sentado en el trineo, posado sobre el suelo a kilómetro y medio al Este del claro, mientras seguía con la mirada a los tres muchachos que, cogidos de la mano, avanzaban en dirección a los disimulados refugios. Ágil era

evidentemente el jefe; les decía que se apresurasen, daba sus indicaciones con la ruidosa firmeza de aquel que ha superado todas las pruebas y ha sido considerado apto. Pese a lo cual las chicas se detenían de tanto en tanto para girarse y hacerle gestos con las manos a la cosa nudosa con ojos de abeja que acababan de dejar. Y Fander consideraba su obligación responder a sus saludos, sirviéndose cada vez de su tentáculo de señales, ya que en ningún momento se le había ocurrido que cualquier otro de sus apéndices servía lo mismo.

Desaparecieron tras una ondulación del terreno. Se quedó en el vehículo, paseando su multifacetada mirada por los alrededores o examinando el colérico cielo que prometía de nuevo lluvia. El suelo, hasta el horizonte, era de un sucio y deslucido color gris verdoso. Nada que interrumpiera aquella monótona tonalidad, ninguna mancha de color blanco, dorado o rojo brillante como las que salpicaban las praderas marcianas. No había otra cosa que el eterno gris verdoso del suelo, y su propio cuerpo azul brillante.

***

Al poco rato un animal de cuatro patas, de rostro puntiagudo, apareció por entre la hierba, levantó la cabeza y aulló en su dirección. Su grito era un lamento urgente, impresionante, que resonó en ecos por entre la hierba y gimió a lo lejos. Despertó a otros animales parecidos, dos, diez, veinte. Su audacia creció junto con su número, hasta el

momento en que hubo un grupo importante que se animaba mutuamente, ladrando y gruñendo, acercándose lentamente a él, los belfos babeantes, los colmillos al descubierto. Luego vino una orden colectiva, algo invisible pero perentorio, que les hizo abandonar su cauteloso avance y saltar todos a la vez, las fauces abiertas. Se comportaban con el voraz frenesí, los ojos enrojecidos, de los animales empujados por algo parecido a la demencia.

Por repugnante que fuera, la vista de aquellas criaturas ávidas de carne —aunque fuera desconocida carne azulada— no alarmaba a Fander. Movió una palanca del cuadro de mandos, las parrillas de sustentación irradiaron, y el trineo se elevó a diez metros. Aquella huida tan tranquila, tan fácil, ejecutada de un modo tan sin importancia, originó una furia desmesurada en la manada de perros salvajes. Llegados en un tumulto feroz bajo el vehículo, empezaron a saltar inútilmente en sus ansias por alcanzarlo, cayendo en confusa mezcolanza los unos sobre los otros, para volver a saltar con renovadas fuerzas. El estruendo que ocasionaban era ensordecedor. De ellos emanaba un acre olor a pelaje sucio y a secreciones animales.

Recostado en su asiento, en una irritante actitud de indiferencia, Fander les dejó babear bajo él. Giraban en apretados círculos, ladrándole insultos y mordiéndose los unos a los otros. Aquello duró un cierto tiempo, hasta que se produjo una sucesión de rápidas detonaciones procedentes del claro. Ocho perros cayeron muertos. Otros dos cayeron

y se arrastraron penosamente buscando ponerse fuera de alcance. Diez huyeron sobre tres patas gañendo de dolor. Los que escaparon indemnes desaparecieron como relámpagos hacia sus lugares de emboscada para dar cuenta de aquellos que huían cojeando. Fander hizo descender el aparato.

Ágil estaba de pie sobre el promontorio, con Canoso. Este último volvió a colocar el arma apoyada contra su brazo y avanzó sin apresurarse, mientras se frotaba pensativamente la mandíbula.

El viejo terrestre se detuvo a cinco metros del marciano, frotó de nuevo los hirsutos pelos de su barbilla y dijo:

—No me parece natural. Yo le llamaría más bien una pesadilla.

—Es inútil que le hables —le aconsejó Ágil—. Tienes que ir y tocarle la punta de un tentáculo, como te he dicho.

—Ya sé, ya sé —dijo Canoso, con el gesto impaciente de los viejos—. Cada cosa a su tiempo. Lo tocaré cuando esté preparado —siguió observando a Fander, inmóvil, sus grises ojos atravesándolo escrutadoramente; una o dos veces murmuró algo entre dientes, y finalmente, se decidió—: Está bien, vamos allá —dijo, y tendió la mano.

Fander posó en ella la extremidad de un tentáculo.

—Está frío —observó Canoso, apretando los dedos—. Más

frío que una serpiente.

—No es una serpiente —contradijo Ágil.

—Está bien... yo no he dicho eso.

—Y no tiene el mismo tacto que una serpiente —insistió Ágil, que en toda su vida no había tocado ninguna serpiente, y no sentía el menor deseo de hacerlo.

Fander envió un pensamiento a través del contacto:

—Vengo del cuarto planeta. ¿Sabes lo que significa eso?

—No soy un ignorante —dijo Canoso en voz alta.

—Es inútil que me respondas verbalmente. Recibo tus pensamientos del mismo modo que tú recibes los míos. Tus reacciones son mucho más concretas que las del muchacho, y puedo comprenderte mucho más fácilmente.

—Bah —dijo Canoso, sin dejarse impresionar.

—Tenía muchos deseos de descubrir a un adulto para hablar con él, ya que los muchachos no están en situación de decirme mucho. Me gustaría hacerte algunas preguntas. ¿Aceptas responder?

—Depende —dijo Canoso, suspicaz.

—No importa. Responde cuando quieras. Mi único deseo

es acudir en vuestra ayuda.

—¿Por qué? —preguntó Canoso, buscando el interés que el otro podía tener.

—Necesitamos amigos inteligentes.

—¿Por qué?

—Porque no somos numerosos, y nuestros recursos son pocos. Visitando este Mundo y el planeta nuboso, habremos alcanzado casi el límite de nuestras capacidades. Pero con un poco de ayuda podríamos ir más lejos, llegar a los planetas exteriores. Creo que si acudimos en vuestra ayuda hoy, vosotros estaréis en situación de ayudarnos a nosotros mañana.

Canoso reflexionó atentamente, olvidando que el trabajo secreto de su mente era un libro abierto para el otro. La sospecha crónica era la piedra angular de sus ideas, la sospecha fundada en sus propias experiencias y en el reciente pasado. Pero los pensamientos profundos iban en los dos sentidos, y su propio cerebro descubrió la sinceridad que anidaba en el de Fander.

Así pues, aceptó:

—Es un trato honesto. Habla.

—¿Cuál es la causa de todo esto? —preguntó Fander,

agitando un tentáculo para abarcar al Mundo.

—La guerra —dijo amargamente Canoso—. La última de todas las guerras. Todo el planeta se volvió loco.

—¿Cómo ocurrió?

—Es algo superior a mi entendimiento —Canoso examinó cuidadosamente la cuestión—. Imagino que hubo más de una causa. En cierto modo, fue el resultado de una multitud de causas que se fueron acumulando.

—¿Por ejemplo?

—Las diferencias entre las gentes. Había algunas que tenían el cuerpo de diferente color, otras pensaban de un modo distinto. Y no llegaban a entenderse. Algunas se reproducían mucho más aprisa que otras, y necesitaban más sitio, más comida. Y ya no había ni más sitio ni más comida disponibles. El mundo estaba lleno y nadie podía entrar en él sin empujar a los que ya estaban. Mi padre me lo dijo antes de morir, y yo siempre he sostenido lo mismo: si las gentes hubieran tenido el buen sentido de limitar su número, quizá nunca se hubiera producido...

—¿Tu padre? —se sorprendió Fander—. ¿Quieres decir tu ascendiente directo? ¿Acaso todo esto no ocurrió en vida tuya?

—No. Yo no vi nada de eso. Yo soy el hijo del hijo del hijo

de un superviviente.

—Vayamos a la gruta —intervino Ágil, que se aburría con aquella conversación silenciosa—. Me gustaría mostrarle nuestra arpa.

No le prestaron atención. Fander dijo:

—¿Crees que hay muchos otros hombres con vida?

—Es difícil decirlo —los pensamientos de Canoso se ensombrecieron—. No hay forma de saber cuantos seres hay al otro lado del planeta, quizá ocupados todavía en matarse entre sí o muriendo de hambre y de la enfermedad.

—¿De qué enfermedad se trata?

—No recuerdo como se llama —Canoso se rascó el cráneo, con aire perplejo—. Mi padre me lo dijo varias veces, pero hace mucho que lo olvidé. Además, saber el nombre no sirve de nada, ¿verdad? Él decía que su padre le había explicado que era algo que formaba parte de la guerra, que la enfermedad había sido inventada y extendida voluntariamente... y que reina todavía entre nosotros.

—¿Cuáles son los síntomas?

—Uno siente calor y entumecimiento. Aparecen hinchazones negras en las axilas. La muerte llega en cuarenta y ocho horas, y no se puede hacer nada por impedirla. Los

viejos son generalmente los primeros en contraerla. Luego se contagian los niños, a menos que se les pueda aislar a tiempo de las víctimas.

—No conozco nada parecido —dijo Fander, incapaz de diagnosticar la neopeste bubónica de cultivo—. De todos modos no soy especialista en medicina —examinó a Canoso—. Pero tú pareces haber escapado.

—Cuestión de suerte —explicó Canoso—. O quizá esté inmunizado. Se decía hace mucho tiempo que algunas personas eran inmunes, y que me aspen si sé por qué. Es probable que yo sea uno de los privilegiados... aunque es mejor que no cuente con ello.

—¿Es por eso por lo que permaneces lo más alejado posible de los muchachos?

—Exacto —echó una mirada de soslayo a Ágil—. De hecho, no debería haber venido hasta aquí con este. Ya tiene bastantes pocas oportunidades de por sí como para que aumente sus riesgos.

—Es un buen sentimiento de tu parte —transmitió suavemente Fander—. Sobre todo teniendo en cuenta que debes sentirte muy solo.

Canoso se puso a la defensiva, y su flujo de pensamientos adoptó un tono de agresividad.

—No me quejo de la falta de compañía. Soy capaz de arreglármelas solo como he hecho desde el día en que mi padre fue a tenderse en un rincón para morir. Me valgo por mí mismo, como todos.

—Te creo. Te ruego que me perdones. Soy extranjero aquí. Te juzgaba según mis propios sentimientos. De tanto en tanto sufro por mi soledad.

—¿Cómo es eso? —se sorprendió Canoso—. ¿Quieres decir que te han desembarcado y te han abandonado a tus propios medios?

—Exacto.

—¡Pobre hombre! —exclamó fervientemente Canoso.

¡Hombre! Era una imagen parecida a la concepción de Ágil, una visión de fugitiva silueta pero de rostro decididamente humano. El viejo reaccionaba a lo que consideraba como una penosa situación más que a una elección deliberada, y su reacción llegaba arrastrada por una oleada de simpatía.

Fander aprovechó rápidamente aquella oportunidad.

—Ya ves la situación en que me encuentro. La compañía de los animales salvajes no me sirve. Necesito a alguien lo suficientemente inteligente como para apreciar mi música y olvidar mi apariencia, a alguien lo suficientemente inteligente como para...

—No estoy seguro de que estemos tan evolucionados como para eso —interrumpió Canoso, paseó una triste mirada por el paisaje—. Sobre todo cuando contemplo este cementerio, y pienso en lo que era, al parecer, en tiempos de mi bisabuelo.

—Toda flor surge del polvo de las flores anteriores —dijo Fander.

—¿Qué es una flor?

El marciano se asombró. Había proyectado la imagen de un lirio marciano escarlata, en plena floración, y el cerebro de Canoso había tomado la imagen y le había dado vuelta en todos sentidos, sin saber si se trataba de algo animal, vegetal o mineral.

—Cosas que crecen como esto —explicó Fander, arrancando un manojo de verdeazulada hierba—. Pero más grandes, llenas de color, y que huelen bien —emitió una deslumbrante visión de un campo de lirios marcianos de un kilómetro cuadrado, una apoteosis de rojo resplandeciente.

—¡Gloria de los cielos! —exclamó Canoso—. ¡No tenemos nada parecido!

—Aquí no —admitió Fander—. Aquí no —señaló hacia el horizonte con un gesto—. Pero quizá allí haya muchas. Si viviéramos juntos nos haríamos compañía, aprenderíamos cosas el uno del otro. Podríamos unir nuestros esfuerzos y

nuestras ideas, ir lejos en busca de flores... y de más gentes.

—Las gentes se niegan a reunirse en número importante. Permanecen formando grupos familiares hasta que la peste los dispersa. Entonces abandonan a sus hijos. Cuanto más numerosa es la multitud, mayor es el peligro de que uno solo contamine a todos —se apoyó en su fusil, estudiando a su interlocutor, mientras sus pensamientos asumían una sombría solemnidad—. Cuando una persona pilla la enfermedad, se aleja arrastrándose y muere sola. Su fin es un contrato privado entre ella y su Dios, sin testigos. La muerte se ha convertido en un asunto muy personal en nuestros días.

—¿Realmente? ¿Incluso después de tantos años? ¿No piensas que tal vez la enfermedad haya podido llegar al final de su ciclo y desaparecer?

—Nadie lo sabe. Y nadie quiere correr el riesgo.

—Yo estaría dispuesto a correrlo.

—Tú puedes permitírtelo. No eres como nosotros. Eres distinto. Quizá ni siquiera puedas pillarla.

—O quizá pudiera pillarla y morir más lentamente, más dolorosamente.

—Es posible —admitió Canoso inseguro—. Sea como sea, tú lo ves desde tu ángulo personal. Te han dejado aquí, solo.

¿Qué tienes para perder?

—Mi vida.

Canoso hundió la cabeza entre sus hombros como para parar un golpe.

—Bien, de acuerdo, es un riesgo. No se puede hacer una apuesta mayor. Así que te tomo la palabra. Vendrás a vivir con nosotros —sus manos se crisparon sobre su arma, sus nudillos se pusieron blancos—. En los siguientes términos: en el momento mismo en que caigas enfermo te irás rápidamente y para siempre. Si no lo haces, yo mismo te mataré y arrastraré tu cadáver hasta lejos, aunque corra el peligro de verme contagiado. Los muchachos están ante todo, ¿comprendido?

Los refugios eran mucho más espaciosos que la gruta. En ellos había dieciocho chicos, todos igual de delgados a causa de su régimen a base de raíces y hierbas comestibles, acompañadas ocasionalmente por algún conejo. Los más jóvenes y los más impresionables dejaron de sentir terror hacia Fander al cabo de una decena de días. A los cuatro meses, su nudoso cuerpo azul que se movía arrastrándose y deslizándose se había convertido en parte integrante de su limitado mundo.

Seis de los jóvenes eran machos mayores que Ágil, uno de ellos bastante mayor, sin ser todavía un adulto. Fander les

distraía con su arpa, les enseñaba a tocarla, y de tanto en tanto se los llevaba en paseos de diez minutos en el trineo volante, como un favor especial. Fabricaba muñecas para las chicas, así como curiosas casitas de forma cónica para las muñecas, con sillones de hierba trenzada de ancho respaldo en su interior. Ninguno de aquellos juguetes era completamente marciano en su concepción, ninguno era tampoco exclusivamente terrestre. Eran la traducción de un patético compromiso con su imaginación, la idea marciana de lo que podrían haber sido los mismos objetos terrestres si hubieran existido.

Pero, en forma disimulada, sin aparentemente disminuir el interés que dedicaba a los más jóvenes, la mayor parte de sus esfuerzos la consagraba a los seis muchachos de más edad y a Ágil. En su opinión, en ellos estaba la esperanza de lo que quedaba del planeta. En ningún momento se le ocurrió pensar que su mente no técnica no lo era todo, que existen tiempos y circunstancias en las que es preciso rechazar toda estrechez de miras en beneficio de una posibilidad, por pequeña que sea, por lejos que pueda estar.

Y así se concentró lo mejor que pudo en los siete chicos mayores, instruyéndolos a lo largo de lentos meses, estimulando su imaginación, animando su curiosidad, repitiendo incansablemente que el miedo a la enfermedad y a la muerte puede convertirse en un dogma de segregación si las gentes no consiguen superarlo en lo más profundo de sus almas.

Les enseñó que la muerte es la muerte, un acontecimiento natural que hay que aceptar con filosofía y afrontar con dignidad... y había momentos en los que sospechaba que no les estaba enseñando realmente nada, que tan solo les recordaba cosas, ya que en el fondo de sus cerebros en evolución permanecía anidada la misma tendencia hereditaria de los terrestres que habían luchado para llegar a las mismas conclusiones diez o veinte mil años antes. Pero al menos ayudaba a eliminar el obstáculo que representaba la enfermedad del sendero de la vida y conducía más rápidamente la lógica infantil hacia los conceptos adultos. Bajo este ángulo se sentía satisfecho. No podía hacer más.

En el momento oportuno organizaron conjuntos vocales, tarareos, y cantos con acompañamiento del arpa; de tanto en tanto improvisaban frases sobre las melodías de Fander, discutiendo los respectivos méritos de cada uno de los términos y expresiones elegidas, hasta que la canción quedaba completada según un proceso de eliminación. Cuando las canciones empezaron a formar un repertorio, cuando los cantos se hicieron más hábiles más elaborados, el viejo Canoso demostró un cierto interés, asistió a una sesión, luego a una segunda, si bien la costumbre lo situó en un solitario papel de espectador único.

Un día, el muchacho de más edad, llamado Pelirrojo, fue al encuentro de Fander y tomó el extremo de su tentáculo.

—Demonio, ¿puedo hacer funcionar la máquina de

comida?

—¿Quieres que te muestre cómo funciona?

—No, Demonio, ya sé como utilizarla —el joven miró a Fander directamente a sus ojos de abeja.

—Oh, bueno, ¿cómo se hace?

—Se llena el depósito con hojas de hierba tiernas, cuidando de eliminar todas las raíces. Hay que poner atención en no girar ningún botón antes de que el depósito esté lleno y la puerta bien cerrada. Entonces giras el botón rojo hasta trescientos, das la vuelta al depósito, giras el botón verde hasta sesenta, luego cierras los dos botones, vacías la pulpa caliente del depósito en los moldes y aplicas la prensa hasta que las galletas estén duras y secas.

—¿Cómo has descubierto todo eso?

—Te he observado a menudo mientras fabricabas galletas para nosotros. Esta mañana, mientras tú estabas ocupado, lo he probado a hacer yo mismo. Mira —abrió la mano y le mostró una galleta.

Fander la tomó y la examinó cuidadosamente. Dura, crujiente, bien moldeada. La probó. Perfecta.

Así fue como Pelirrojo se convirtió en el primer mecánico en cuidar y hacer funcionar el premasticador marciano de

una nave de salvamento. Siete años más tarde, mucho después de que la máquina dejara de operar, consiguió proporcionarle de nuevo energía, poca, es cierto, pero la suficiente, utilizando el polvo que desprendían las partículas alfa. Y cinco años más tarde la mejoró, la hizo más eficiente. En veinte años fabricó una segunda, y entonces se halló con todos los conocimientos necesarios para producir premasticadores en serie.

Fander no hubiera podido hacer nada semejante ya que, no siendo técnico, no tenía una mayor idea que cualquier terrestre medio acerca de los principios que regían el funcionamiento de la máquina, e ignoraba igualmente lo que eran la digestión irradiada y el enriquecimiento en proteínas. No podía hacer otra cosa que animar a Pelirrojo a seguir adelante y confiar en el genio innato del muchacho... que era más bien abundante.

Igualmente, Ágil y otros dos muchachos, Moreno y Orejudo, le liberaron de la preocupación del entretenimiento del trineo. En algunas ocasiones, como un favor especial, Fander les había permitido tomar el trineo ellos solos para desplazamientos de menos de una hora. En una ocasión, sin embargo, se ausentaron desde el amanecer hasta el anochecer. Canoso se paseaba nervioso, con un fusil cargado al brazo y un arma más pequeña metida en el cinturón, subía a menudo a lo alto del promontorio para escrutar el cielo en todas direcciones. Los dos jóvenes delincuentes regresaron a la puerta del Sol, trayendo

consigo a un muchacho desconocido.

Fander los llamó. Se dieron la mano, a fin de que el contacto con su tentáculo los pusiera en comunicación simultáneamente a los tres.

—Estoy muy disgustado. El vehículo tiene una energía limitada. Cuando se agote, no tendremos ya ninguna posibilidad de volver a utilizarlo.

Se miraron, preocupados.

—Y desgraciadamente no poseo ni los conocimientos ni las aptitudes necesarias para recargar lo que sea que lo hace funcionar cuando su energía se haya agotado. Me faltan los conocimientos técnicos de mis amigos que me dejaron aquí... y me siento avergonzado por ello —los contempló tristemente antes de proseguir—: Todo lo que sé es que la energía no se gasta si no se utiliza. Si no abusamos del trineo, la reserva durará varios años —una nueva pausa—. Y, dentro de unos pocos años, vosotros ya seréis hombres adultos.

—Pero, Demonio —dijo Moreno—, entonces pesaremos mucho más que ahora, y el aparato deberá usar una energía proporcionalmente mayor.

—¿Cómo has aprendido tú esto? —dijo secamente Fander.

—Cuanto más peso, mayor fuerza para sostenerlo e impulsarlo —dijo Moreno, con lógica irrefutable—. Ni

siquiera hay que reflexionar sobre ello. Es evidente.

—Está bien —emitió Fander suavemente—. Tú te encargarás.

—¿De qué, Demonio?

—De construir cien vehículos semejantes a este o mejores... y de explorar el Mundo entero con ellos.

Desde entonces limitaron sus desplazamientos a una hora realizándolos más espaciadamente y dedicando una mayor atención a investigar atenta y minuciosamente las entrañas de la máquina.

Canoso cambiaba de modo de pensar con la obstinada repugnancia de los viejos. Al cabo de tres años empezó a salir poco a poco de su concha, mostrándose menos taciturno, más dispuesto a mezclarse con aquellos que no tardarían en alcanzar su estatura. Sin comprender completamente lo que estaba haciendo, unió sin embargo sus esfuerzos a los de Fander, comunicando a los muchachos los restos de la sabiduría terrestre que le venían del padre del padre de su padre. Enseñó a los muchachos a servirse de sus armas —poseía once de ellas—, algunas de las cuales le proporcionaban principalmente piezas de recambio para las otras. Los llevó en busca de cartuchos, rebuscando atentamente en los cimientos de las ruinas, en los sótanos medio cegados por los cascotes, para descubrir municiones

aún utilizables.

—Los fusiles son inútiles sin cartuchos, y los cartuchos no duran indefinidamente.

Menos aún los enterrados. No hallaron ninguno.

Entre todos sus conocimientos había uno que Canoso guardaba obstinadamente en secreto. Hasta el día en que Ágil, Pelirrojo, y Moreno se lo arrancaron con astucia. Entonces, como un condenado ante su verdugo, les dijo la verdad acerca de los niños. No les puso el ejemplo de las abejas, puesto que no había abejas, ni de las flores, puesto que tampoco había flores. No se puede hacer comparaciones con cosas que no existen. Sin embargo, consiguió explicarles el fenómeno en una forma más o menos satisfactoria, tras lo cual se secó el sudor de su frente y fue a ver a Fander.

—Esos muchachos se están volviendo condenadamente curiosos para mi tranquilidad. Acaban de preguntarme cómo vienen los niños al Mundo.

—¿Se lo has dicho?

—¡Claro que sí! —se sentó y miró al marciano, con sus grises ojos algo turbados—. No me preocupa demasiado contárselo a los muchachos desde el momento en que veo que ya no puedo enviarlos a paseo cuando me lo preguntan. ¡Pero nadie va a obligarme a instruir a las chicas, nunca! ¡Por ahí no paso!

—A mí me lo han preguntado ya varias veces —le transmitió Fander—. No he podido decirles gran cosa, ya que no estaba seguro de que vosotros os reprodujerais exactamente del mismo modo que nosotros los marcianos. Pero les he explicado como nos reproducíamos nosotros.

—¿También a las chicas?

—Por supuesto.

—¡Dios de los cielos! —Canoso se secó de nuevo la frente—. ¿Y cómo se lo han tomado?

—Como si les hubiera explicado el porqué el cielo es azul, o el porqué el agua moja.

—Entonces será tu forma de enfocar las cosas.

—Les he dicho que era simplemente poesía entre dos personas.

En toda corriente histórica, sea en Marte, Venus, o la Tierra, hay años más notables que otros. El doceavo después de la llegada de Fander se distinguió por una sucesión de acontecimientos de una lamentable insignificancia según las normas cósmicas, pero de una gran trascendencia en la vida de la pequeña comunidad.

En primer lugar, basándose en las mejoras aportadas por Pelirrojo al premasticador, los siete chicos mayores, ahora ya

hombres de barba en rostro, consiguieron recargar los acumuladores agotados del trineo y volvieron a volar por primera vez en cuarenta meses. La experiencia demostró que el aparato marciano se había vuelto más lento y no podía llevar ya una carga tan pesada como antes, pero demostró también que su radio de acción se había ampliado considerablemente. Lo utilizaron para visitar las ruinas de ciudades lejanas, en busca de restos metálicos que sirvieran de base para construir otros trineos volantes. A principios del verano habían construido un segundo, mucho más grande que el original, difícil de manejar e incluso algo peligroso, pero un vehículo volador de todos modos.

En varias ocasiones, si bien no encontraron metales, si descubrieron a otras gentes, familias aisladas que vivían en refugios bajo la superficie, agarrándose desesperanzadamente a la vida y a unos pocos restos heredados de conocimiento. Como todas esas nuevas relaciones se establecieron de hombre a hombre, sin intervención de una entidad imposible provista de tentáculos para asustar a los humanos, y como muchos individuos habían llegado a la conclusión de que el riesgo de la peste era más soportable que su terrible soledad, numerosas familias volvieron con los exploradores para instalarse en los refugios, aceptando la presencia de Fander y añadiendo lo que les quedaba de talento a los conocimientos de la comunidad.

Así fue como la población local pasó rápidamente a setenta

adultos y cuatrocientos niños, un buen número de los cuales eran huérfanos. El miedo a la enfermedad hizo que se dispersaran por los subterráneos, limpiando de escombros partes en ruinas anteriormente inutilizadas y manteniéndose apartados, formando así de veinte a treinta grupitos cada uno de los cuales podía ser aislado de los demás si la muerte hacía nuevamente su aparición.

La moral, acrecentada por la fuerza y la confianza que da el número, dio muy pronto como resultado la fabricación de otros cuatro trineos, todavía grandes y bastos, pero un poco más fáciles de maniobrar y menos peligrosos. Fue entonces también cuando se construyó la primera casa de piedra sobre el nivel del suelo, sólidamente anclada en cuadro bajo los sombríos cielos, testimonio concreto de que la humanidad se consideraba al menos por encima en varios niveles a las ratas y a los conejos. La comunidad ofreció la casa a Moreno y a Dulce, que habían anunciado su deseo de unirse. Un adulto de edad media que pretendía conocer el ritual adecuado para estos casos pronunció las solemnes palabras ante la feliz pareja y una numerosa concurrencia, mientras Fander oficiaba como marciano de honor por parte del novio.

Hacia finales del verano, Ágil regresó de un viaje en solitario de varios días trayendo en su aparato a un hombre viejo, un muchacho y cuatro chicas, todos ellos de extraña apariencia, de otra especie, con tez amarilla, cabellos negros, ojos almendrados, y hablando una lengua que nadie

comprendía. Mientras aguardaban a que los recién llegados aprendieran el lenguaje de la comunidad, Fander tuvo que hacer de intérprete, ya que sus imágenes mentales, al igual que las de ellos, eran independientes de la expresión vocal. Las cuatro chicas eran tímidas, de temperamento tranquilo, y muy hermosas. Al mes siguiente, Ágil se casaba con la propietaria del melodioso nombre que significaba Piedra Preciosa Ling.

Tras el matrimonio, Fander fue al encuentro de Canoso y le puso un tentáculo en la palma.

—He notado entre Ágil y su mujer unos rasgos característicos mucho más diferentes de los que conocemos en Marte. ¿Es esta diferencia la que causó vuestra guerra?

—No lo sé. Nunca había visto antes a individuos amarillos. Deben vivir tremendamente lejos de aquí —se frotó la barbilla para ayudarse a centrar sus pensamientos—. Solo sé lo que me dijo mi padre, que era lo que le había dicho el suyo. Había demasiados pueblos diferentes y demasiadas especies diferentes.

—No deben ser tan diferentes, puesto que son capaces de reproducirse.

—Tal vez no —aceptó Canoso.

—Suponiendo que todas las gentes que quedan en la Tierra pudieran reunirse aquí, reproducirse entre ellos y tener hijos

menos diferentes... ¿no terminarían por parecerse todos, por convertirse simplemente en terrestres?

—Es posible.

—¿Hablando todos la misma lengua y compartiendo la misma cultura? Y si entonces se fueran extendiendo lentamente partiendo de este punto focal y conservando siempre el contacto gracias a los trineos, es decir, compartiendo siempre los conocimientos y los progresos conseguidos, ¿habría la posibilidad de que se manifestaran nuevas diferencias?

—No lo sé —dijo evasivamente Canoso—. Ya no soy tan joven como antes, y mis sueños no me llevan tan lejos como me llevaban.

—No importa mientras los jóvenes puedan soñar en tales perspectivas —Fander reflexionó unos instantes—. Y no te preocupes si empiezas a sentirte desfasado: te hallas en buena compañía. Los acontecimientos se me están escapando también a mí. Pero el espectador está en condiciones de ver casi todo el juego, lo cual explique quizá el que yo sea más sensible que tú a una impresión general.

—¿Cuál impresión? —preguntó Canoso, mirándole fijamente.

—La de que el planeta está de nuevo en marcha. Hay ahora mucha gente, allá donde hasta ahora había muy poca. Se ha

construido una casa, y se están construyendo otras. Están previstas seis. Tras esas seis hablarán de sesenta, luego de seiscientas, luego de seis mil. Algunos de ellos están formando planes para recuperar las conducciones enterradas y utilizarlas para traer hasta aquí el agua del lago del Norte. Fabrican trineos. Muy pronto construirán también premasticadores y pantallas protectoras de fuerza. Los niños están recibiendo enseñanza. Cada vez se oye hablar menos de tu temible peste, y hasta ahora nadie ha caído víctima de ella aquí. Siento un empuje dinámico de energía y de ambición que está creciendo a una fantástica rapidez, hasta el punto de transformarse en una tromba. Y yo también me siento desfasado.

—Tonterías —gruñó Canoso, escupió al suelo—. Si uno sueña a menudo, es inevitable que a veces tenga pesadillas.

—Quizá sea porque otros han tomado a su cargo gran parte de mis tareas y las están realizando mejor que yo. Y yo no he compensado esa pérdida dedicándome a otros trabajos. Si yo fuera técnico, hubiera sabido encontrar otra docena de ocupaciones. Pero desgraciadamente no poseo talentos particulares. Creo que este es el momento más adecuado para iniciar una obra personal en la que puedes ayudarme.

—¿Cuál?

—Hace tiempo, mucho tiempo, imaginé un poema. En

honor de la cosa de belleza que me persuadió a quedarme aquí. No sé exactamente lo que su creador tenía en mente cuando la realizó, ni si mis ojos la perciben como él deseaba que la vieran, pero he compuesto un poema para expresar mis sentimientos cuando contemplo su obra.

—Bah —dijo Canoso, no excesivamente interesado.

—Bajo la cosa hay un saliente rocoso que puedo pulir y utilizar como base para grabar mis palabras. Me gustaría inscribirlas dos veces: con la escritura de Marte y con la de la Tierra —Fander vaciló unos momentos antes de proseguir—: Espero que nadie tome esto por una presunción por mi parte. Pero hace ya mucho tiempo que no he escrito para que todos puedan leerme... y quizá nunca más tenga ocasión.

Canoso asintió.

—Sí, comprendo lo que quieres. Deseas que yo traduzca tus ideas en nuestra escritura para que luego tú lo copies.

—Exacto.

—Pásame tu estilete y tu tablilla —Canoso tomó ambos objetos y se sentó en una roca cercana, con un cierto envaramiento, ya que cada vez sentía más el peso de los años.

Con la tablilla sobre las rodillas, tomó el estilete con una

mano, mientras sujetaba con la otra el extremo de un tentáculo.

—Adelante.

Empezó a trazar signos complicados y laboriosos a medida que le llegaban las imágenes mentales de Fander: marcaba cuidadosamente cada signo, separándolo claramente del siguiente. Cuando hubo terminado, tendió su obra al marciano.

—Asimétrico —hizo notar Fander, examinando las letras curiosamente angulares de la tablilla y lamentando por primera vez no haber estudiado la lengua escrita de la Tierra—. ¿No podrías equilibrar esta parte con esta otra, y esa de aquí con esa de acá?

—Es lo que tú me has dictado.

—Es tu propia interpretación de lo que te he dicho. Preferiría que quedara mejor equilibrado a la vista. ¿Te molesta intentarlo otra vez?

Volvieron a empezar. Necesitaron catorce tentativas antes de que Fander se declarara satisfecho del aspecto de las letras y palabras que no comprendía. Tomó la tablilla, su pistola de rayos, y se dirigió a la base de la cosa de belleza. Transformó la roca en una superficie plana, pulida. Tras ajustar el rayo para que trazara un surco en forma de V de un centímetro de profundidad, grabó su poema en largas

líneas de florituras marcianas cuidadosamente dibujadas, sin puntuación. Con mucha menos seguridad y mucha más atención, reprodujo entonces los angulosos y burdos jeroglíficos de la Tierra. Su tarea duró largo tiempo, y cuando llegó al final había cincuenta personas contemplándole. No dijeron nada. En un impresionante silencio, leían el poema y contemplaban la cosa de belleza, y cuando él se alejó seguían todavía allí, graves y pensativos.

Aisladamente, por parejas o en pequeños grupos, el resto de la comunidad acudió a visitar el lugar al día siguiente, y sus idas y venidas evocaban las de los peregrinos en un Lugar Santo de antaño. Todos permanecían largo tiempo mirando, tan solo mirando, y todos regresaban sin formular ningún comentario. Nadie alabó la obra de Fander, nadie la maldijo, nadie le reprochó el haber alterado una cosa totalmente terrestre. El único resultado demasiado sutil como para ser notado, fue un recrudecimiento de la firme resolución de futuro que presidía ya el empuje dinámico de la Tierra.

Bajo este ángulo, Fander había realizado una obra mucho más importante de lo que él mismo creía.

El pánico de la epidemia apareció al catorceavo año. Dos vehículos habían traído a varias familias desde muy lejos y, a la siguiente semana, sus niños cayeron enfermos y su piel se cubrió de manchas. Los gongs metálicos dieron la alarma. Se interrumpieron todos los trabajos, la parte de los refugios afectada por la enfermedad fue aislada y colocada bajo

vigilancia. La mayor parte de los habitantes se prepararon para huir. Era una amenaza de aniquilación de todo aquello por lo que la mayor parte de ellos habían estado luchando durante tanto tiempo, el anuncio de una desastrosa dispersión de las raíces todavía tiernas de la nueva civilización.

Fander encontró a Canoso, Ágil y Moreno, armados hasta los dientes, haciendo frente a una agitada turbamulta de tensos rostros.

—Hay casi cien personas en el sector aislado —estaba explicando Canoso a la multitud—. No todos han sido afectados. Quizá la epidemia no se extienda. Si hay algunos que no han sido afectados, es posible que vosotros tampoco lo seáis. Debemos esperar al desarrollo de los acontecimientos. Permanezcamos tranquilos.

—Claro, ¡tú puedes hablar y permanecer tranquilo! —gritó una voz—. Si tú no fueras inmune, ¡haría cincuenta años que yacerías bajo tierra!

—Lo mismo puede decirse de la mayoría de los que estamos aquí! —exclamó Canoso; dirigió una furibunda mirada a la muchedumbre, con el fusil apoyado contra su brazo, un resplandor belicoso en sus grises ojos—. Nunca he sido famoso por mi elocuencia, así que os diré simplemente que nadie va a irse de aquí hasta que sepamos exactamente que se trata en realidad de la peste —levantó el cañón de su

arma—. ¿Quién desea luchar contra una bala?

El agitador de la masa se abrió camino hasta la primera fila. Era un hombre de piel curtida, musculoso, con unos ojos oscuros que cruzaron desafiantes la mirada de Canoso.

—Mientras hay vida hay esperanza —dijo—. Si nos marchamos de aquí, sobreviviremos para volver cuando ya no haya peligro, si las cosas se arreglan. Yo personalmente dudo que se arreglen... ¡y tú también! Así que tus bravatas no me asustan, ¿de acuerdo? —abombando el pecho, dio media vuelta y empezó a alejarse.

El fusil de Canoso estaba ya casi apuntado hacia él cuando notó que Fander le tocaba en el brazo. Permaneció unos instantes inmóvil, como escuchando. Luego bajó el arma y gritó al que se marchaba:

—Voy a entrar en la sección aislada, y el Demonio me acompañará. Nosotros hacemos frente a las cosas, no huimos cobardemente. Abandonando no se consigue nada —una parte del auditorio se agitó, y se oyeron murmullos de aprobación—. Así que vamos a ver por nosotros mismos qué es lo que ocurre. Quizá no podamos remediarlo, pero al menos sabremos la verdad.

El hombre que se marchaba se detuvo, se giró, miró fijamente a Fander y a Canoso y luego dijo:

—No podéis hacer esto.

—¿Por qué?

—Os arriesgaréis a contaminaros también vosotros. ¿Seréis de mucha utilidad, una vez muertos y en descomposición?

—Oh. Creía que estaba inmunizado —dijo Canoso.

—El Demonio puede verse afectado —desvió el otro.

—Es asunto suyo. ¿Quién puede decidir por él? —dijo Canoso.

El otro se vio atrapado. Buscó inútilmente una respuesta. Luego, sin mirar al marciano, dijo:

—No veo la necesidad para nadie de correr riesgos innecesarios.

—Si él los corre, es que no le importa —respondió el viejo—. Yo no tengo nada de héroe. Si me arriesgo, es porque soy demasiado viejo e inútil como para preocuparme por ello.

Dicho esto, descendió y se dirigió con paso firme hacia la parte aislada, con Fander arrastrándose a su lado. El musculoso hombre que deseaba irse se les quedó mirando alejarse, sin moverse de su sitio. La multitud se agitó, inquieta, sin saber si aceptar la situación o precipitarse sobre Canoso y Fander para alejarlos de allí. Ágil y Moreno

intentaron seguirles, pero recibieron la orden de quedarse donde estaban.

Ningún adulto enfermó, nadie murió.

Los niños del sector afectado sufrieron todos el mismo ciclo de desórdenes: malestar, fiebre y manchas, hasta el momento en que la epidemia de sarampión desapareció por sí misma. Canoso y Fander no salieron al aire libre hasta un mes más tarde de la curación del último caso, debida a la acción de una substancia producida por el propio organismo de los afectados.

La benignidad y la desaparición final de lo que se había tomado por la peste dieron un nuevo empujón al péndulo de la confianza. La moral creció hasta casi la arrogancia. Se construyeron otros trineos, surgieron más mecánicos para trabajar en ellos, más pilotos para conducirlos. Fueron traídas más gentes que aportaron fragmentos de conocimiento de los tiempos pasados.

La humanidad se iba desarrollando sobre los cimientos de la antigua ciencia animada por el deseo de prosperar. Los atormentados seres de la Tierra no eran salvajes primitivos, sino los organismos supervivientes de una grandeza destruida en sus nueve décimas partes, y cada uno de ellos aportaba su minúscula contribución en el afán de restaurar al menos una parte de los elementos de civilización consumidos en la gran hoguera atómica.

***

En el transcurso del vigésimo año, cuando Pelirrojo consiguió fabricar una réplica del premasticador, ocho mil casas de piedra se erguían alrededor de la colina. Una sala comunal, de setenta veces el tamaño de una casa, coronada por un gran domo de verdoso cobre, dominaba la ciudad por su parte este. Una presa contenía el lago, al norte. Se estaba construyendo un hospital al oeste. La personalidad, la energía, el talento de cincuenta razas habían erigido aquella ciudad, y seguían engrandeciéndola. Entre ellos se hallaban diez polinesios y cuatro islandeses, así como un niño delgado, de rojiza piel, último descendiente de los seminolas.

Más a lo lejos empezaban a construirse granjas. Un millar de espigas de maíz indio, recuperadas de un valle de los Andes, habían permitido sembrar cinco mil hectáreas. Habían sido importadas de otras regiones vacas y cabras para reemplazar a los caballos y a los corderos que ya no volverían a verse nunca más... y nadie sabía por qué algunas especies habían sobrevivido, mientras que otras habían desaparecido por completo. Los caballos se habían extinguido, mientras que los vacunos continuaban viviendo. Los cánidos seguían cazando en hordas salvajes, mientras que los felinos ya no podían encontrarse. Y las herbáceas, algunos tubérculos y unas pocas semillas de otras clases habían podido ser recuperadas, y se cultivaban para llenar los vientres hambrientos. Pero no había flores para llenar las

almas hambrientas. La humanidad se mantenía con los medios disponibles. No podía hacerse más.

Fander era ahora un ser del pasado. No le quedaban otras razones para vivir que sus canciones y el afecto de los que le rodeaban. En todos los campos, excepto el arpa y sus poemas, los terrestres estaban muy por delante de él. No tenía para darles más que su propio afecto a cambio del de ellos, y no podía hacer otra cosa más que aguardar con el paciente fatalismo de aquellos que ya han cumplido su misión.

A finales del año enterraron a Canoso. Murió mientras dormía, a una edad desconocida, yéndose con la facilidad y la discreción de aquellos que nunca han sido aptos para los discursos. Lo depositaron en el pequeño cementerio detrás de la casa comunal, y Fander tocó su himno funerario, mientras Piedra Preciosa, la mujer de Ágil, plantaba hierbas olorosas sobre su tumba.

***

A principios de la primavera del año siguiente, Fander convocó a Ágil, Moreno y Pelirrojo. Estaba tendido en su cama, más azul que nunca, temblando visiblemente. Los tres hombres se dieron las manos para recibir simultáneamente su comunicación.

—Estoy a punto de sufrir mi amafa.

Tuvo problemas para transformar aquella idea en imágenes inteligibles, ya que el proceso iba mucho más allá de su experiencia terrestre.

—Es un cambio de estado inevitable, durante el cual mi especie debe dormir sin ser molestada —los tres reaccionaron al unísono, como si la mención de “su especie” fuera para ellos una extraña y sorprendente revelación, un nuevo aspecto de la personalidad del marciano jamás evocada; Fander prosiguió—: Deberéis dejarme solo hasta el fin natural de esta hibernación.

—¿Y cuanto tiempo será eso, Demonio? —preguntó Ágil.

—Pueden ser de cuatro de vuestros meses a todo un año, o...

—¿O qué? —Ágil no esperó una respuesta tranquilizadora; era demasiado despierto como para no captar el peligro que apuntaba tras los pensamientos más profundos del marciano—. ¿O tal vez nunca?—terminó.

—En efecto, es posible que no termine nunca —admitió Fander de mala gana; se estremeció y se enrolló en sus tentáculos; el brillo de su piel azul se apagaba por momentos, mientras esta se volvía más obscura—. Es una posibilidad remota, pero es una posibilidad.

Las cejas de Ágil se fruncieron mientras su mente se esforzaba en asimilar la idea de que Fander quizá no fuera

un elemento inamovible a su alrededor. Moreno y Pelirrojo se mostraban también inquietos.

—Nosotros los marcianos no vivimos indefinidamente —dijo suavemente Fander—. Todas las criaturas somos mortales, en todos sitios. El que sobrevive a su amafa tiene todavía ante sí numerosos años felices de vida... pero hay algunos que no sobreviven. Es una prueba que hay que afrontar, como hay que afrontarlo todo desde el comienzo hasta el fin.

—Pero...

—No somos numerosos —siguió el poeta—. Nos reproducimos lentamente, y algunos de los nuestros mueren a mitad de camino de la duración normal de nuestras vidas. Según las normas cósmicas, somos un pueblo débil y necio que tiene gran necesidad de la ayuda de los inteligentes y de los fuertes. Vosotros sois inteligentes y fuertes. Recordadlo siempre. Cada vez que mis semejantes os visiten en el futuro, u os visite cualquier otra raza desconocida, debéis recibirles con la confianza de los inteligentes y los fuertes.

—Así lo haremos —afirmó Ágil; su mirada se paseó por los millares de techos, por el domo de cobre, por la cosa de belleza en el flanco de la colina—. Somos fuertes.

Un prolongado estremecimiento sacudió a la nudosa criatura de ojos de abeja, tendida en su cama.

—No quiero que me dejéis aquí, durmiendo como un perezoso en medio de la vida, dando mal ejemplo a la juventud. Prefiero quedarme en la gruta donde nos conocimos por primera vez y donde aprendimos a comprendernos. Tapiad su entrada y colocad una puerta para mí. Prohibidle a todos que me toquen o que permitan que la luz del Sol me llegue, hasta el momento en que yo salga por mi propio pie —tendió sus tentáculos, sin la flexibilidad de otras veces—. Lamento tener que pediros que me llevéis hasta allí. Perdonadme, por favor. He esperado quizá demasiado y... ya no puedo... ya no puedo ir por mis propios medios.

Sus rostros traicionaban su inquietud, sus mentes devolvían el eco de su tristeza. Corrieron a buscar unas cañas, improvisaron unas parihuelas, lo colocaron en ellas y lo llevaron hasta la gruta. Una larga y silenciosa procesión se había formado para seguirles cuando llegaron allá. Cuando lo hubieron instalado confortablemente, comenzaron a emparedar la entrada, mientras la multitud observaba la escena con la misma solemne gravedad con la que habían contemplado su poema.

Ya no era más que una bola de un profundo azul deslucido, con los ojos cerrados por una película, cuando acabaron la puerta, cerraron el batiente y taparon por fuera la cerradura, abandonándolo a la obscuridad y a un sueño que podía ser eterno. A la mañana siguiente, un hombre pequeño y de piel morena, seguido por ocho niños que apretaban todos ellos

sus juguetes contra su pecho, acudió a la puerta. Mientras los pequeños lo observaban, fijó sobre el batiente unos caracteres hechos con metal brillante, que formaban un nombre en dos palabras. Tuvo mucho trabajo hasta conseguir que su obra quedara presentable.

***

La nave marciana descendió de la estratosfera con la lentitud y la majestad de un globo. Tras la franja transparente, la tripulación de piel azul estaba congregada para contemplar con sus multifacetados ojos la capa superior de nubes. La escena evocaba una extensión de nieve teñida de rosa bajo la cual se ocultaba el planeta.

El capitán Ridna notaba que aquel era un momento de tensión, de expectativa, aunque su nave no tenía el honor de ser la primera en aquellos parajes. Un tal capitán Skhiva, retirado hacía ya tiempo, había venido a aquel lugar muchos años antes. Sin embargo, la presente expedición conservaba todo el interés de una exploración.

Un tripulante que estaba apostado al otro lado de la circunferencia transparente de la nave avanzó precipitadamente hacia él, retorciéndose y arrastrándose a toda velocidad, mientras su blanda caída les llevaba a las nubes rosáceas. El marciano agitaba su tentáculo de señales a una cadencia inusitada.

—Capitán, capitán, acabamos de ver a un objeto pasando rápidamente por sobre la línea del horizonte.

—¿Qué clase de objeto?

—Se parecía a un enorme trineo de carga.

—Es imposible.

—Por supuesto, capitán... pero de todos modos lo parecía.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Ridna.

—Se ha metido en las nubes.

—Debe tratarse de una falsa observación. Una expectación demasiado prolongada provoca a veces las más increíbles ilusiones.

Calló por unos instantes, mientras la franja de observación quedaba cegada por el vapor de la capa de nubes. Examinó pensativamente la pared grisácea que se deslizaba hacia arriba mientras la nave seguía descendiendo.

—El antiguo informe de la anterior exploración dice claramente que el planeta está desolado, y que en él no hay más que animales salvajes. No existe ninguna forma inteligente de vida, a excepción de un imbécil de poeta menor que dejó Skhiva. Apostaría doce contra uno a que lleva muerto varios años, sin duda devorado por los

animales.

—¿Devorado? ¿Esos animales comen carne? —preguntó el tripulante, asqueado.

—Es posible —admitió Ridna, satisfecho de ver hasta dónde era capaz de llegar su imaginación—. Todo es posible... excepto un trineo de carga, por supuesto.

Tuvo que callarse rápidamente, ya que en aquel momento la nave emergió de la capa nubosa... y allí estaba el trineo de carga, flotando tranquilamente al lado suyo. Podía ser examinado en todos sus detalles, e incluso los instrumentos de la nave reaccionaron influenciados por la considerable energía de sus numerosas parrillas de sustentación.

Los veinte marcianos que tripulaban la esfera desorbitaron aún más sus ojos de abeja ante aquella enorme cosa, de la mitad del tamaño de su propia nave. Y los cuarenta humanos del otro aparato les devolvieron sus miradas con la misma intensidad. La nave y el trineo continuaron descendiendo lado a lado, mientras las dos tripulaciones se estudiaban mutuamente, en una muda fascinación que duró hasta que ambos aparatos tomaron tierra.

El capitán Ridna necesitó la ligera sacudida del aterrizaje para recuperar su aplomo y apartar sus ojos hacia otro lado. Entonces vio el conglomerado de casas, el enorme edificio coronado por el verdoso domo, la cosa de belleza en la

colina, los centenares de terrestres que salían del poblado para acudir hacia su nave.

Observó que ninguna de aquellas extrañas formas de vida de dos patas manifestaba el menor signo de repulsión o de miedo. Corrían a toda velocidad hacia ellos, con un exuberante aplomo que jamás se hubiera atrevido a esperar de una especie tan diferente en forma y apariencia a la suya propia.

—Ellos no tienen miedo —se dijo, intentando tranquilizarse—. Entonces... ¿por qué tienes que inquietarte tú?

Salió en persona al frente de los primeros tripulantes, imponiendo silencio a sus aprensiones y sin tener en cuenta el hecho de que muchos de los terrestres parecían ir provistos de armas. El hombre que estaba a la cabeza, un bípedo barbudo de potente cuerpo, tomó el extremo del tentáculo del capitán como si en su vida no hubiera hecho otra cosa.

Una imagen de miembros moviéndose rápidamente:

—Mi nombre es Ágil.

La nave se vació en unos pocos minutos. Ni un marciano soñó en quedarse en su interior cuando tenía la posibilidad de respirar afuera un buen aire fresco. Su primera visita, formando un apretado grupo reptante y deslizante, fue a la

cosa de belleza. Ridna permaneció en silencio mientras la contemplaba, con su tripulación formando un semicírculo a sus espaldas, y los terrestres apretujados detrás.

Era una gran estatua de piedra representando a una hembra de la Tierra. Poseía anchos hombros, senos redondeados, amplias caderas, y llevaba una falda que descendía en cascada hasta sus pies calzados con gruesas sandalias. Tenía la espalda un poco encorvada, la cabeza algo inclinada, y ocultaba el rostro entre sus manos, ajadas por el trabajo.

Ridna se esforzó inútilmente en distinguir los rasgos de la campesina tras sus entrecerrados dedos. Estuvo examinándola durante largo tiempo antes de bajar los ojos y descubrir la inscripción, saltándose los incomprensibles caracteres terrestres para llegar a las elegantes florituras marcianas:

> Llora, país mío, llora tus hijos desaparecidos,
> las cenizas de tus casas y la ruina de tus torres.
> Llora, país mío, oh llora, país mío,
> los pájaros que ya no cantan
> y las flores que ya no existen,
> y el fin de todo lo que antes era,
> y las horas abolidas.
> Llora, oh país mío...

No había ninguna firma. Ridna permaneció pensativo

durante largo tiempo, mientras a sus espaldas solo reinaba el silencio. Luego se giró hacia Ágil y le señaló la inscripción marciana.

—¿Quién ha escrito esto?

—Uno de los vuestros. Ha muerto.

—Ah —dijo Ridna—. El trovador de Skhiva. He olvidado su nombre. Creo que ya nadie lo recuerda. Era un poeta muy mediocre. ¿Cómo murió?

—Nos ordenó que lo encerráramos para un sueño prolongado que necesitaba urgentemente, y...

—El amafa —comprendió rápidamente Ridna—. ¿Y?

—Hicimos lo que nos pidió. Nos había dicho que tal vez no volviera nunca —Ágil levantó los ojos hacia el cielo, olvidando que Ridna leía sus tristes pensamientos—. Hace más de dos años que está en la gruta, y no ha vuelto —miró de nuevo a Ridna—. No sé si comprenderás lo que quiero decir, pero era uno de los nuestros.

—Creo comprender —Ridna permaneció pensativo unos instantes y luego dijo—: ¿Cuál es la duración de ese período de tiempo que vosotros llamáis más de dos años?

Finalmente consiguieron traducir los términos terrestres en su equivalente marciano.

—Es mucho tiempo —concluyó Ridna—. Mucho más que el amafa normal. Pero no se trata de un caso único. De tanto en tanto, ignoramos por qué, alguno de nosotros necesita todavía más tiempo. Además, esto no es Marte.

Adoptó una actitud más vivaz y enérgica para dirigirse a uno de los miembros de su tripulación:

—Doctor Traith, nos hallamos ante un caso de amafa excesivamente prolongado. Vaya a buscar sus bálsamos y sus esencias y venga conmigo.

Cuando regresó el médico, Ridna le dijo a Ágil:

—Llévame al lugar donde está durmiendo.

Ante la puerta de la emparedada gruta, el capitán se detuvo unos instantes para examinar el nombre inscrito en el batiente, en letras bien trazadas pero incomprensibles. Decía:

QUERIDO DEMONIO

—Me pregunto lo que significará —observó el médico.

—“No molesten”, seguro —dijo Ridna, sin concederle excesiva importancia.

Abrió la puerta, dejó pasar a Traith en primer lugar, y la cerró a sus espaldas para que los demás se quedaran fuera.

Los dos marcianos reaparecieron al cabo de una hora. Toda la población de la ciudad parecía haberse congregado delante de la gruta. Ridna se sorprendió al constatar que nadie se había preocupado en interrogar a su tripulación ni en visitar la nave. Era imposible que se interesaran tanto por la suerte de un poeta marciano menor. Sin embargo, miles de ojos se clavaron en los multifacetados suyos cuando salieron de nuevo a la luz del Sol, cerrando cuidadosamente la puerta a sus espaldas.

Ágil tomó por un instante el extremo de su tentáculo de comunicaciones y luego se irguió con los brazos en alto, como si quisiera tocar el cielo con la punta de sus dedos.

—¡Está vivo! —dio la noticia a los terrestres reunidos—. ¡Está vivo, y lo tendremos de nuevo con nosotros dentro de veinte días!

Instantáneamente, los bípedos parecieron poseídos por alguna extraña forma de locura. Hacían muecas de placer, y de sus bocas surgían estruendosos ruidos. Parecían tremendamente contentos. Algunos incluso llegaron a darse palmadas en la espalda.

Veinte marcianos sintieron deseos de reunirse con Fander aquella misma tarde.

El temperamento marciano, ¿saben?, es particularmente sensible a la emoción colectiva...

FINAL NOCTURNO

Final Nocturno

El comandante Cruin bajó por la escalera metálica extensible, se detuvo a un peldaño de la base, puso un pie importante en el nuevo territorio, y después el otro. Eso lo convirtió en el primero de su especie en este mundo desconocido.

Posó allí bajo la luz del sol, un hombre corpulento y meticulosamente vestido para la ocasión. Ni una sola mancha estropeaba su uniforme gris verdoso, impecablemente cortado, sobre el que brillaban y centelleaban las órdenes de mérito enjoyadas. Sus botas militares relucían como nunca desde el día del despegue desde su planeta natal. Las campanillas doradas de su rango tintineaban en los ganchos de sus talones al mover ligeramente los pies. En la profunda sombra bajo la visera de su ornamentado casco, sus duros ojos brillaban con autosatisfacción. Un micrófono descendió hacia él desde la esclusa de aire que acababa de dejar. Tomándolo con su enorme mano izquierda, miró al frente con la inexpresiva concentración de quien ve largas visiones del pasado y aún

más largas visiones del futuro. De hecho, este fue un momento tan visionario como cualquier otro en la historia de su mundo.

«En nombre de Huld y su pueblo», pronunció con solemnidad, «tomo este planeta». Luego saludó con rapidez, con destreza, como un autómata.

Frente a él, veintidós naves espaciales largas y negras alzaban simultáneamente por sus portillas delanteras sus gloriosos mástiles, rodeados por los colores rojo, negro y dorado de Huld. Dentro de las naves, veintidós tripulaciones de setenta hombres cada una permanecían erguidas, saludaban y entonaban un cántico bien ensayado: «Oh, celestial patria de Huld».

Al terminar, el comandante Cruin volvió a saludar. Las tripulaciones repitieron el saludo. Los mástiles de gloria se retrajeron. Cruin subió por la escala y entró en su buque insignia. Todas las esclusas estaban cerradas. A lo largo del valle, las veintidós naves invasoras se encontraban en formación militar, equidistantes, con las narices y las colas perfectamente alineadas.

En una colina baja, a una milla al este, se alzaba una densa columna de humo. Chisporroteaba y ardía entre los restos de lo que había sido el vigésimo tercer buque, y la octava pérdida consecutiva desde que la flota partió hacía tres años. Treinta entonces. Veintidós ahora.

El precio del imperio.

Al llegar a su camarote, el comandante Cruin dejó caer su corpulencia en el asiento detrás de su escritorio, se quitó el pesado casco y ajustó una orden de mérito que se escondía modestamente detrás de su vecina.

"Paso cuatro", comentó con satisfacción.

El segundo comandante Jusik asintió respetuosamente. Le entregó un libro. Al abrirlo, Cruin meditó en voz alta. «Paso uno: Comprobar la idoneidad del planeta para nuestra forma de vida». Se frotó la mejilla. «Sabemos que es adecuado». «Sí, señor. Este es un gran triunfo para usted».

—Gracias, Jusik. —Una sonrisa forzada se dibujó momentáneamente en un lado del ancho rostro de Cruin—.

Paso dos: Permanecer en la sombra planetaria a una distancia no inferior a un diámetro mientras las naves exploradoras inspeccionan el mundo en busca de evidencia de formas de vida superiores.

Tres: Seleccionar un lugar de aterrizaje alejado de las mayores fuentes de posible resistencia, pero adyacente a

una fuente lo suficientemente pequeña como para ser dominada.

Cuatro: Declarar la reclamación de Huld ceremoniosamente, como se prescribe en el manual de procedimiento y disciplina. —Volvió a mover la mandíbula.

"Todo eso lo hemos hecho."

La sonrisa regresó y miró con satisfacción por la pequeña ventana cerca de su silla. La ventana enmarcaba la columna de humo en la colina. Su expresión se transformó en una mueca ceñuda y los músculos de su mandíbula se tensaron.

"Completamente entrenado y completamente calificado", gruñó con sarcasmo. "Pero otra nave y tripulación perdidas justo en el momento en que alcanzamos nuestro objetivo. La octava pérdida de este tipo. Habrá una purga en el centro de entrenamiento astronáutico a mi regreso."

—Sí, señor —aprobó Jusik obedientemente—. No hay excusa.

"No hay excusas para nada", replicó Cruin.

"No, señor."

Con un bufido de desprecio, Cruin miró su libro. «Paso cinco: Realizar todos los preparativos de protección según lo detallado en el manual de defensa». Levantó la vista hacia

los rasgos delgados y definidos de Jusik. «Todos los capitanes han recibido un manual de defensa. ¿Están cumpliendo sus órdenes?»

"Sí, señor. Ya han empezado."

¡Más les vale! Ordenaré que degraden al más lento. —Se humedeció el pulgar y pasó una página—. Paso seis: Si el planeta alberga formas de vida sospechosas de inteligencia, consigan especímenes. —Recostado en su asiento, reflexionó un momento y luego ladró: —Bueno, ¿a qué esperan?

"Disculpe, señor."

"Consiga algunos ejemplares", rugió Cruin.

—Muy bien, señor. —Sin pestañear, Jusik saludó y salió.

El autocerrador cerró la puerta tras él. Cruin lo observó con ojos ictéricos. "¡Maldito sea el centro de entrenamiento!", retumbó. "Se ha deteriorado desde que estuve allí". Apoyó los pies en el escritorio y movió los talones para hacer sonar las campanillas mientras esperaba los ejemplares.

Tres ejemplares aparecieron por sí solos. Se les vio de pie, con los ojos abiertos, en fila cerca de la proa del número veintidós, el último navío de la línea. El capitán Somir los trajo personalmente.

"El sexto paso requiere especímenes, señor", le explicó al comandante.

"Sé que necesitamos unos mejores que estos, pero los encontré justo delante de nuestras narices."

"¿Justo delante de tus narices? ¿Aterrizas y en poco tiempo otras formas de vida observan tu nave? ¿Qué hay de tus precauciones?"

—Aún no están implementadas, señor. Se necesita algún tiempo.

"¿Qué estaban haciendo tus vigías? ¿Durmiendo?"

—No, señor —aseguró Somir con desesperación—. No creyeron necesario dar la alarma general para gente como esta.

A regañadientes, Cruin aceptó la respuesta. Su mirada recorrió con desprecio al trío. Tres niños. Uno era un niño, de nariz respingada, que se mordía un puño regordete. El siguiente, una niña de piernas delgadas y coletas, obviamente mayor que el niño. La tercera era otra niña casi tan alta como Somir, algo delgada, pero con un indicio de futura belleza oculta en su delgada vestimenta. Los tres eran pecosos, todos tenían el cabello intensamente rojo.

La chica alta le dijo a Cruin: «Soy Marva, Marva Meredith». Señaló a sus compañeros. «Esta es Sue y este es Sam».

“Vivimos allá, en Williamsville. —Le sonrió y de repente él notó que sus ojos eran de un verde intenso y llamativo—. Buscábamos arándanos cuando os vimos bajar”.

Cruin gruñó y se llevó las manos a la barriga. El hecho de que la vida de este planeta tuviera manifiestamente su misma forma no le impresionó en absoluto. Nunca se le había ocurrido que pudiera demostrarse lo contrario. En el pensamiento huldiano, toda vida superior debía ser humanoide, y ninguna exploración había aportado pruebas de lo contrario.

"No entiendo su parloteo extraterrestre y ella no entiende huldiano —se quejó a Somir—. Debe de ser muy tonta para malgastar su aliento así.

—Sí, señor —asintió Somir—. ¿Quiere que se las entregue a los tutores?

—No. No valen la pena. —Observó las pecas del niño con disgusto, pues nunca había visto semejante fenómeno—. Tienen muchas manchas y podrían estar enfermos. ¡Pfaugh! —Hizo una mueca de disgusto—. ¿Pasaron por la cámara de esterilización por rayos al entrar?

—Claro, señor. Tuve mucho cuidado con eso.

"Ten el mismo cuidado con cualquier otra persona que puedas encontrar." Lentamente, su mirada autoritaria pasó del chico a la chica de la coleta y finalmente a la alta. No

quería mirarla, pero sabía que lo haría. Sus fríos ojos verdes reflejaban algo que lo incomodaba vagamente. De mala gana, la miró a los ojos. Ella volvió a sonreír, con pequeños hoyuelos. "¡Échalos! ", le gritó a Somir.

"Como usted ordene, señor."

Somir les dio un codazo y les indicó la puerta. Los tres se tomaron de la mano y salieron en fila.

"¡Adiós!", exclamó el niño solemnemente.

"¡Adiós!" dijo coletas tímidamente.

La chica alta se giró en la puerta. "¡Adiós!"

Cruin la miró sin comprender y se removió en su silla. Ella le hizo un hoyuelo, y entonces la puerta se cerró.

"Adiós." Repitió la extraña palabra para sí mismo. Considerando las circunstancias en que la había pronunciado, evidentemente significaba despedida. Ya había aprendido una palabra de su idioma.

"Paso siete: Ganar comunicación mediante la tutoría de especímenes hasta que dominen el huldiano".

Enséñales. No dejes que te enseñen, enséñales. Los esclavos deben aprender de los amos, no los amos de los esclavos.

"Adiós." Lo repitió con una feroz autoacusación. Un detalle sin importancia, pero aun así una infracción del reglamento. No hay excusas para nada.

Enséñales.

Los esclavos

Los cohetes retumbaban y estallaban ensordecedoramente mientras las naves maniobraban para situarse en las posiciones establecidas en el manual de defensa. Esto requirió varias horas de cuidadoso ajuste de la panza. Al final, la línea se transformó en dos grupos más de estrellas de once puntas, con las narices en el centro y las colas hacia afuera. Las cenizas de la hierba, los arbustos y los árboles destruidos por las explosiones cubrían una amplia zona más allá de los dos amenazantes anillos de los tubos de propulsión principales, capaces de incinerar cualquier cosa en un radio de una milla.

Una vez hecho esto, las tripulaciones, sudorosas y cubiertas de tierra, sacaron su armamento delantero y lo volvieron a montar, apuntando hacia afuera, en los espacios entre las colas abiertas de las naves. El armamento trasero,

aún a bordo, ya estaba dirigido hacia arriba y hacia afuera. El armamento, junto con los tubos, proporcionaba ahora un formidable campo de fuego que rodeaba por completo el doble campamento. Era el plan maestro concebido por los planificadores maestros huldianos. Desde una perspectiva más alienígena, era la antigua técnica del carro cubierto, tan increíblemente antigua que había sido olvidada por todos, salvo por los estudiosos más fervientes del pasado. Pero ninguno de los invasores lo sabía.

Alrededor del perímetro, apostaron las pequeñas, rápidas y bien armadas naves exploradoras, dos por nave. Con la nariz hacia afuera y la cola hacia adentro, listas para un despegue rápido, se agruparon justo detrás de las naves nodrizas, debajo de los tubos de propulsión y fuera de la línea de las baterías reensambladas. Se requirió mucho movimiento para colocar las naves exploradoras exactamente a la misma distancia y formando los mismos ángulos. Toda la disposición poseía esa precisión geométrica tan apreciada por la mentalidad militar.

Caminando por la estrecha pasarela que recorría la superficie superior de su nave insignia, el comandante Cruin observaba con satisfacción a sus tripulaciones trabajando arduamente. Organización, disciplina, energía, obediencia incondicional: esos eran los fundamentos esenciales de la eficiencia. Gracias a ello, Huld se había engrandecido. Gracias a ello, Huld crecería aún más.

Al llegar a la cola, se apoyó en la barandilla y contempló los anillos concéntricos de venturis anchos y robustos. Su propia tripulación comprobaba los ángulos de sus dos exploradores ya posicionados. Cuatro guardias, fuertemente armados, avanzaban entre las cenizas, con Jusik a la cabeza. Traían seis prisioneros.

Al verlo, Jusik gritó: "¡Alto!". Los guardias se detuvieron con un golpe seco de botas y una nube de polvo. Jusik levantó la vista y saludó.

"Seis especímenes, señor."

Cruin los observó con indiferencia. Media docena de hombres de mediana edad con ropa gris y descuidada. No habría dado ni un chasquido de dedos por seis mil de ellos.

El más grande de los cautivos, el segundo desde la izquierda, era pelirrojo y chupaba algo que desprendía humo. Tenía los hombros más anchos que los de Cruin, aunque no parecía pesar ni la mitad. Distraídamente, el comandante se preguntó si el tipo tendría ojos verdes; no podía decirlo desde donde estaba.

Tras observar tranquilamente a Cruin, el prisionero se quitó el objeto de humo de la boca y exclamó, sin voz, "¡Caramba, un jefe!". Luego se lo metió de nuevo entre los labios y derramó un vapor azul.

Los demás parecían dudosos, como si no comprendieran o lo encontraran increíble.

—¡Caramba! —dijo el de la derecha, un individuo demacrado, de rasgos delgados y melancólicos.

"Te lo digo ", aseguró Pelirrojo con la misma voz monótona.

"¿Los llevo a los tutores, señor?" preguntó Jusik.

—Sí. —Se despegó de la barandilla y se ajustó cuidadosamente los guantes blancos—. No me molestes con ellos hasta que se les certifique que pueden hablar. —Respondiendo al saludo del otro, regresó por la pasarela.

—Vidente —dijo Pelirrojo, levantándose al ritmo del guardia. Parecía disfrutar de un oscuro placer en seguirle el paso. Guiñándole un ojo al prisionero más cercano, dejó escapar una voluta de humo aromático por la comisura de la boca.

Los tutores Fane y Parth solicitaron una entrevista la noche siguiente. Jusik los hizo pasar y Cruin levantó la vista, irritado, del informe que estaba escribiendo.

"¿Bien?"

Fane dijo: «Señor, estos prisioneros sugieren que compartamos sus casas por un tiempo y les enseñemos a conversar allí».

«¿Cómo lo sugirieron?».

«Principalmente por señas», explicó Fane.

"¿Y qué te hizo pensar que un plan tan disparatado tenía suficiente mérito como para merecer mi atención?"

"Hay aspectos que debería consultarle", continuó Fane con obstinación. "El manual de procedimientos y disciplina establece que estos asuntos deben presentarse ante el oficial al mando, cuya decisión es inapelable".

—Muy bien, muy bien. —Miró a Fane con un poco más de favor—. ¿Qué son estos asuntos?

El tiempo es importante para nosotros, y cuanto más rápido estos prisioneros aprendan nuestro idioma, mejor les irá. Aquí, sus mentes están ocupadas con su situación. Piensan demasiado en sus amigos y familiares. En sus propios hogares sería diferente, y podrían aprender a gran velocidad.

"Un pretexto débil", se burló Cruin.

“Eso no es todo. Son ingenuos y amigables por naturaleza. Creo que tenemos poco que temerles. Si hubieran sido hostiles, ya nos habrían atacado”.

“No necesariamente. Es prudente ser cauteloso. El manual de defensa lo enfatiza repetidamente. Estas criaturas podrían querer primero conocernos antes de intentar tratar con nosotros”.

Fane no tardó en aprovechar la oportunidad. "Su punto, señor, es también el mío. Aquí, son seis pares de ojos y seis pares de oídos entre nosotros, y su ausencia probablemente causará alarma en su ciudad natal. Si estuvieran allí, la complacencia reemplazaría esa alarma, ¡y nosotros seríamos los ojos y los oídos!"

"Bien dicho", comentó Jusik, olvidándose por un momento de sí mismo.

"¡Silencio!" Cruin lo fulminó con la mirada. "No recuerdo ninguna norma en el manual que se refiera a una sugerencia como esta. Déjame comprobarlo." Tomó sus libros y los revisó. Lo pensó un buen rato, se dio por vencido y dijo: "La única norma pertinente parece ser que, en circunstancias no especificadas en el manual, la decisión es enteramente mía, y se tomará a la luz de dichas circunstancias, siempre que no entren en conflicto con las normas de cualquier otro manual aplicable a la situación, y siempre que mi decisión no anule

la de ningún oficial de alto rango cuya autoridad se extienda al mismo ámbito." Respiró hondo.

"Sí, señor", dijo Fane.

"Exactamente, señor", dijo Parth.

Cruin frunció el ceño. "¿A qué distancia están las casas de estos prisioneros?"

"A una hora de camino." Fane hizo un gesto persuasivo. "Si algo nos pasara, lo cual considero extremadamente improbable, un explorador podría arrasar su pequeño pueblo antes de que tuvieran tiempo de darse cuenta de lo sucedido. ¡Un explorador, una bomba, un minuto!" Con destreza, añadió: "A sus órdenes, señor."

Cruin se pavoneó visiblemente. "No veo por qué no deberíamos aprovecharnos de su estupidez". Sus ojos preguntaron a Jusik qué pensaba, pero este no lo notó. "Ya que ustedes dos tutores me han presentado este plan, por la presente lo apruebo y los designo para llevarlo a cabo". Consultó una lista que sacó de un cajón. "Llévense a dos psicólogos: Kalma y Hefni".

"Muy bien, señor." Impasible, Fane saludó y salió, seguido por Parth. Con la mirada ausente en su informe a medio escribir, Cruin jugueteó con su pluma un rato, miró a Jusik y espetó: "¿De qué sonríe?" Jusik se secó la sonrisa del rostro, con expresión solemne.

"¡Vamos! ¡Échelo fuera!"

"Estaba pensando, señor", respondió Jusik lentamente, "que tres años en un barco es mucho tiempo".

Cruin golpeó el escritorio con el bolígrafo y se levantó. "¿Ha pasado más tiempo para los demás que para mí?"

"Para ti", dijo Jusik, con audacia pero con respeto, "creo que ha sido el más largo de todos".

"¡Fuera!", gritó Cruin.

Observó al otro irse, observó cómo el cierrapuertas empujaba la puerta, esperó el último clic. Desvió la mirada hacia la portilla y contempló con dureza el crepúsculo que se avecinaba. Sus tacones permanecieron en silencio mientras permanecía inmóvil, observando cómo el sol invisible absorbía sus últimos rayos del cielo.

En poco tiempo, diez figuras caminaron en el crepúsculo hacia la lejana colina arbolada. Cuatro iban uniformadas; seis con ropas deslucidas y sin forma. Pasaron conversando con muchos gestos, y uno de ellos rió. Se mordió el labio inferior mientras los seguía con la mirada hasta que desaparecieron.

El precio del rango

"Paso ocho: Repeler los ataques iniciales de acuerdo con las técnicas detalladas en el manual de defensa." Cruin resopló, levantó una mano y ordenó sus órdenes de mérito.

"No ha habido ningún ataque", afirmó Jusik.

"No lo ignoro." El comandante lo fulminó con la mirada. "Habría preferido un ataque. Estamos listos para ellos. ¡Cuanto antes nos enfrenten, antes sabrán quién manda!" Enganchó sus grandes pulgares en su cinturón trenzado de plata. "Y además, les daría a los hombres algo que hacer. No puedo permitir que repitan sus ejercicios de procedimiento eternamente. Llevamos aquí nueve días y no ha pasado nada." Volvió a concentrarse en el libro. "Paso nueve: Tras la derrota de los ataques iniciales, tomar medidas agresivas según lo detallado en el manual de defensa." Soltó otro bufido. "¿Cómo se puede seguir algo que no ha ocurrido?"

"Es imposible", aventuró Jusik.

"Nada es imposible", contradijo Cruin con dureza. "Paso diez: En el improbable caso de que la vida inteligente muestre indiferencia o amistad, permanecer en formación protectora mientras se instruye a los especímenes, empleando al mismo tiempo naves exploradoras para inspeccionar el área circundante hasta el límite de su

duración de vuelo, utilizando como máximo una quinta parte del número disponible en cualquier momento".

"Eso nos deja ocho o nueve exploradores de reconocimiento", observó Jusik pensativo. "¿Cuál es nuestra medida autorizada si no regresan?"

"¿Por qué preguntas eso?"

—Esos ocho exploradores que envié por orden tuya hace cuarenta días están retrasados. —Con saña, el comandante Cruin apartó el libro. Su rostro ancho y pesado estaba rojo oscuro.

"Segundo Comandante Jusik, era su deber informarme de este hecho en el momento en que esas naves se retrasaron".

"Lo sé", dijo Jusik, imperturbable. "Tienen una duración de vuelo de cuarenta períodos, como usted sabe. Eso, señor, los debería hacer llegar hace poco. Ahora están retrasados."

Cruin cruzó la sala dos veces con paso pesado, entre el tintineo de las medallas y el tintineo de las campanas. «La respuesta a la incomparecencia es arrasar de inmediato las zonas que investigaron. Sin medias tintas. Una lección de salvación».

"¿Qué zonas, señor?"

Cruin se detuvo a mitad de camino y gritó: «Deberías saberlo. Esos exploradores habían formulado correctamente las órdenes de ruta, ¿no? Es muy sencillo...». Se detuvo al oír un agudo gemido que pasó por encima, que se redujo a un gemido sordo en la distancia y volvió a curvarse en una nota ascendente.

—El número uno. —Jusik miró el pequeño cronómetro de la pared—. Tarde, pero aquí. Quizás lleguen los demás.

"¡Alguien recibirá una dura lección si no lo hace!"

"Veré qué tiene que informar." Jusik saludó y cruzó apresuradamente la puerta. Mirando por la portilla, Cruin observó al explorador delincuente deslizándose hacia la formación más cercana. Se mordió el labio inferior con firmeza, una mordida lenta y persistente que delataba que sus pensamientos vagaban por sus propios laberintos. Más allá del borde de ceniza húmeda y muerta, había ranúnculos dorados entre la hierba, un zumbido de abejas y el suave susurro de las hojas de los árboles. Cuatro guardas de máquinas del barco número diecisiete habían encontrado este santuario y estaban tumbados de espaldas a la sombra de un arbusto de hojas grandes y flores. Con los ojos cerrados, sus manos tiraban ociosamente de la hierba circundante mientras mantenían una conversación perezosa e inconexa, a través de la cual no oyeron el repique de las campanas de Cruin que se acercaban. De pie frente a ellos, con su tez ruborizada, rugió: "¡Levantaos!"

Se pusieron de pie de un salto y se quedaron rígidos, hombro con hombro, con los rostros inexpresivos, moviendo los ojos al mismo tiempo y las manos a los costados.

"¿Sus nombres?" Los anotó en su cuaderno mientras ellos, obedientemente, los repetían con voz precisa y sin emoción. "Luego me encargo de ustedes", prometió. "¡Marchen!" Juntos, saludaron y se marcharon con un rítmico golpeteo de botas: ¡Uno, dos, tres! Su mirada furiosa los siguió hasta que llegaron a la sombra de su nave. No fue hasta entonces que se dio la vuelta y prosiguió. Subiendo la colina, con una mano cautelosa apoyada continuamente en la fría culata de su arma, llegó a la cima y contempló el valle que acababa de dejar. En una posición nítida y exacta, las dos formaciones estelares de las naves de Huld eran silenciosas y amenazantes.

Su mirada dura y autoritaria se volvió hacia el otro lado de la colina. Allí, el paisaje era bucólico. Una ladera boscosa descendía hasta un riachuelo que serpenteaba en la neblinosa distancia, y al otro lado se extendía una extensa zona de campos cultivados donde se veían tres casas.

Sentado en una gran roca, Cruin desenfundó su pistola, miró con cautela a su alrededor, sacó un pequeño fajo de informes de su bolsillo y los repasó por enésima vez. Un ligero olor a hierbas y resina le llegó a la nariz mientras leía.

Sobrevolé este lugar de aterrizaje a baja altitud y lo grabé fotográficamente, teniendo cuidado de incluir todas las máquinas que se encontraban allí. Otras dos máquinas que estaban en el aire continuaron su camino sin intentar interferir. Entonces se me ocurrió que las señales que hacían desde tierra podrían ser una invitación a aterrizar, y decidí aprovechar la oportunidad, como recomendaba el manual de procedimientos. Por lo tanto, aterricé. Condujeron mi nave exploradora a un punto de dispersión fuera de la pista y me dieron la bienvenida.

Algo ondeaba líquidamente en un árbol cercano. Cruin levantó la vista, buscando automáticamente su funda. Era solo un pájaro. Saltándose partes del informe, frunció el ceño al leer las palabras finales.

...la falta de lenguaje común me dificultó negarme, y después de la sexta copa durante mi recorrido por la ciudad, sufrí repentinamente una extraña parálisis en las piernas y me desplomé en los brazos de mis compañeros. Creyendo que me habían envenenado con engaño, me preparé para la muerte... me hacía cosquillas en la garganta mientras hacía comentarios jocosos... Sentí un poco de náuseas." Cruin se frotó la barbilla, perplejo. "No me llevaron de vuelta a mi nave hasta que estuvieron satisfechos con mi recuperación. Me saludaron con la mano mientras despegaba. Le pido disculpas a mi capitán

por el retraso en el regreso y afirmo que se debió a factores ajenos a mi control."

El flautista bajó a los pies de Cruin y le tocó lastimeramente. Inclinó la cabeza hacia un lado mientras lo examinaba con ojos brillantes y pequeños.

Tras cambiar de lugar la hoja que estaba leyendo, hojeó la siguiente. Estaba escrita a máquina con precisión y firmada conjuntamente por Parth, Fane, Kalma y Hefni.

No parecen comprender plenamente lo ocurrido... parecen considerar la llegada de una flota huldiana como un simple incidente más. Poseen una notable seguridad en sí mismos, algo incomprensible, ya que no encontramos nada que justifique tal actitud. Dominarlos debería ser tan fácil que, si nuestra nave de reconocimiento no zarpa demasiado pronto, debería ser posible que llevase noticias de conquista, además de simples descubrimientos.

"Conquista", murmuró. Tenía un sonido imponente. Una palabra así provocaría una tremenda emoción en todo el mundo de Huld.

Cinco antes que él habían enviado naves anunciando descubrimientos, pero ninguno había llegado tan lejos como él, ninguno había viajado tan larga y fatigosamente, ninguno había sido recompensado con un planeta tan grande,

exuberante y deseable, y ninguno había informado del sometimiento de sus hallazgos. No se puede conquistar un desierto rocoso. Pero esto...

Una voz detrás de él dijo alegremente: "¡Buenos días!" Se levantó rápidamente, deslizando la mano hacia su costado, con el rostro duro y autoritario.

Ella se reía de él con sus ojos verde claro. "¿Te acuerdas de mí, Marva Meredith?" Su cabello llameante estaba alborotado por el viento. "Verás", continuó, en tono lento y torpe. "Ya sé algo de huldiano. Solo unas pocas palabras".

"¿Quién te enseñó?", preguntó él sin rodeos.

"Fane y Parth."

"¿Es tu casa adonde han estado?"

—Oh, sí. Kalma y Hefni están de invitados con Bill Gleeson; Fane y Parth con nosotros.

Papá nos los trajo. Comparten la sala de bienvenida.

"¿Habitación de bienvenida?"

—Claro. —Se sentó en su roca, encogió sus esbeltas piernas y apoyó la barbilla en las rodillas. Él notó que sus piernas, al igual que su rostro, estaban cubiertas de pecas. Claro. Todos tienen una habitación de bienvenida, ¿no?

Cruin no dijo nada.

¿No tenéis una sala de bienvenida en vuestra casa?

"¿Casa?" Sus ojos se apartaron de los de ella, buscando al pájaro que revoloteaba. No estaba allí. De alguna manera, su mano había soltado la funda sin darse cuenta. Tenía las manos juntas, cada una acariciándose, abrazándose, encontrando compañía, consolándose mutuamente.

Su mirada estaba fija en sus manos mientras decía, suave y vacilante: "Tienes un hogar"... en algún lugar... ¿no es así?

"No."

Bajó las piernas y se puso de pie. "Lo siento mucho."

"¿Sientes lástima por mí?" Su mirada volvió hacia ella. Había incredulidad, asombro, un poco de ira. Su voz era áspera. "Debes ser muy estúpida".

"¿Lo soy?", preguntó ella con humildad.

Ningún miembro de mi expedición tiene hogar —continuó—. Cada hombre fue cuidadosamente seleccionado. Cada uno pasó por un filtro, se sometió a las pruebas más rigurosas. La inteligencia y la competencia técnica no eran suficientes; cada uno debía ser joven, sano y sin ataduras de ningún tipo. Fueron elegidos por su capacidad de concentrarse en la tarea en cuestión sin caer

en sentimentalismos moralizantes sobre los que habían quedado atrás.

"No entiendo algunas de tus largas palabras", se quejó. "Y estás hablando demasiado rápido".

Lo repitió más lentamente y con mayor énfasis, y terminó: "Las naves espaciales que emprenden una larga ausencia de la base no pueden verse obstaculizadas por tripulaciones nostálgicas. Elegimos hombres sin hogar porque pueden irse de Huld y no les importa nada. ¡Son pioneros!"

«Jóvenes, sanos, sin ataduras», citó. «¿Eso los hace fuertes?».

«Sin duda», afirmó. “Hombres especialmente seleccionados para el espacio. Hombres fuertes. —Sus pestañas ocultaron sus ojos mientras miraba sus estrechos pies”.

“Pero ahora no están en el espacio. Están aquí, en tierra firme”.

"¿Y qué?", preguntó.

—Nada. —Extendió los brazos, respiró hondo y le dedicó un hoyuelo—. Nada en absoluto.

"Solo eres una niña", le recordó con desdén. "Cuando seas mayor..."

"Tendrás más sentido común", terminó ella, canturreándolo con voz aguda y dulce. "Tendrás más sentido común, tendrás más sentido común. Cuando seas mayor tendrás más sentido común, ¡tra-la-la-lala!"

Mordiéndose el labio con irritación, pasó junto a ella y comenzó a bajar la colina hacia las naves.

"¿Adónde vas?"

"¡Atrás!" espetó.

"¿Te gusta ahí abajo?" Sus cejas se arquearon con sorpresa.

Se detuvo a diez pasos y la miró con el ceño fruncido. "¿Es asunto tuyo?"

—No quise ser inquisitiva —se disculpó—. Pregunté porque... porque...

—¿Por qué?

"Me preguntaba si le gustaría visitar mi casa".

—¡Tonterías! ¡Imposible! —Se giró para seguir cuesta abajo.

—Mi padre lo sugirió. Pensó que le gustaría compartir una comida. Una comida fresca. Un cambio de dieta. Algo para romper la monotonía de tus provisiones. —El viento le

alborotó el pelo carmesí y jugó con él mientras ella lo observaba con curiosidad—. Consultó con Fane y Parth. Dijeron que era una excelente idea.

—¿Lo hicieron? —Sus rasgos parecían de hierro—. Dile a Pane y a Parth que se presenten ante mí al atardecer. —Hizo una pausa y añadió—: ¡Sin falta!

Volviendo a sentarse en la roca, lo observó bajar con paso pesado la pendiente hacia la doble formación de naves estelares. Tenía las manos juntas en el regazo, igual que él las había tenido. Pero las suyas no buscaban nada la uno de la otra. En completo reposo, simplemente descansaban con la inefable paciencia de manos tan antiguas como el tiempo.

Al ver a simple vista que estaba hambriento, Jusik pospuso rápidamente ciertas sugerencias que tenía en mente.

—Llamen a los capitanes Drek y Belthan —ordenó Cruin. Cuando el otro se fue, arrojó su casco sobre el escritorio y se observó en un espejo. Aún se alisaba las arrugas de cansancio de su rostro cuando unos pasos que se acercaban lo enviaron oficiosamente detrás de su escritorio.

Al entrar, los dos capitanes saludaron y permanecieron firmes. Cruin los observó con ira, mientras conservaban una expresión impasible.

Finalmente, dijo: «Encontré a cuatro hombres holgazaneando como vagabundos indisciplinados fuera de la

zona de seguridad». Miró fijamente a Drek. «Eran de tu nave». Su mirada se desvió hacia Belthan. «Eres el comandante de la guardia de hoy. ¿Alguno de ustedes tiene algo que decir?»

"Estaban fuera de servicio y podían abandonar la nave", exclamó Drek. "Se les había advertido que no traspasaran el perímetro de ceniza".

"No sé cómo se colaron", dijo Belthan, con su habitual monotonía. "Obviamente, los guardias fueron negligentes. La culpa es mía".

"Esto les afectará en sus registros de ascensos", prometió Cruin. "Castiguen a estos cuatro y a los guardias responsables, como se establece en el manual de procedimiento y disciplina". Se inclinó sobre el escritorio para observarlos más de cerca. "¡Si se repite, se les degradará ceremonialmente!".

"Sí, señor", dijeron a coro.

Tras despedirlos, miró a Jusik. "Cuando los tutores Fane y Parth se presenten, háganmelos venir sin demora".

"Como ordene, señor".

Cruin bajó la mirada un momento y luego lo volvió a mirar. "¿Qué te pasa?"

"¿A mí?" Jusik se sintió cohibido. "Nada, señor."

¡Mientes! Hay que vivir con alguien para conocerlo. Llevo tres años pisándote el cuello. Te conozco demasiado bien como para que me engañe. Tienes algo en mente.

"Son los hombres", admitió Jusik, resignado.

"¿Y qué pasa con ellos?"

"Están inquietos."

"¿De verdad? ¡Pues puedo encontrar una cura para eso! ¿Qué los tiene tan inquietos?"

"Varias cosas, señor."

Cruin esperó mientras Jusik permanecía en silencio, y luego rugió: "¿Tengo que darle indicaciones?".

"No, señor", protestó Jusik, de mala gana. "Son muchas cosas. Inactividad. La sustitución de una rutina tediosa. La espera constante, la espera, la espera, justo encima de tres años de prisión. Esperan, y no pasa nada."

"¿Qué otra cosa?"

La visión y el conocimiento de la vida familiar más allá de las cenizas. La constatación de que Fane, Parth y los demás la disfrutan con tu consentimiento. Las historias de los exploradores sobre sus experiencias al aterrizar. —Su mirada

se mantuvo firme mientras continuaba—. Hemos enviado cinco escuadrones de exploradores, un total de cuarenta naves. Solo seis regresaron a tiempo. El resto se retrasó con algún pretexto plausible. Los pilotos han hablado y les han mostrado a los hombres varias fotografías de recuerdo y algunos regalos. Uno de ellos está cumpliendo un castigo por traer unas botellas de mezcla paralizante. Pero el daño ya está hecho. Sus historias han inquietado a los hombres.

"¿Algo más?"

—Disculpe, señor, también lo vimos paseando hasta la cima de la colina. ¡Incluso eso le envidiaban! —Miró fijamente a Cruin—. Yo mismo lo envidiaba.

"Yo soy el comandante", dijo Cruin.

—Sí, señor. —Jusik mantuvo la mirada fija en él, pero no añadió nada más.

Si el segundo comandante esperaba un arrebato tardío, se sintió decepcionado. Una compleja serie de emociones se sucedieron en los rasgos anchos y fornidos de su superior. Recostado en su silla, Cruin miraba distraídamente por la portilla mientras su mente daba vueltas a las palabras de Jusik.

De repente, dijo con voz áspera: «He observado, anticipado y reflexionado más de lo que quizás usted se imagina. Veo algo que quizá no haya percibido. Me ha

causado cierta ansiedad. En resumen, si no seguimos el ritmo del paso del tiempo, nos encontraremos en un aprieto».

«¿De verdad, señor?»

"No quiero que se lo comentes a nadie más: sospecho que estamos atrapados en una situación que no se parece en nada a lo que se describe en los manuales".

"¿De verdad, señor?" Jusik se humedeció los labios, sintiendo que su propia franqueza lo llevaba por caminos inesperados.

"Considere nuestras circunstancias actuales", continuó Cruin. "Estamos establecidos aquí y poseemos poder suficiente para esclavizar este planeta. Cualquiera de nuestras bombas podría destruir una porción de esta tierra de horizonte a horizonte. Pero no sirven de nada a menos que las apliquemos con eficacia. No podemos lanzarlas en cualquier lugar, al azar. Si desprendernos de ellas de una manera tan imprudente resultara poco convincente para nuestros oponentes y no lograra aplastar el núcleo duro de su resistencia, nos encontraríamos desarmados en un mundo hostil. Se acabaron las bombas. Ninguna a menos de seis largos años de distancia, tres de ida y tres de vuelta. Por lo tanto, debemos aplicar nuestro poder donde sea más beneficioso ". Empezó a masajearse la barbilla. "No sabemos dónde aplicarlo".

"No, señor", asintió Jusik inútilmente.

Tenemos que determinar qué ciudades son los puntos clave de su civilización, qué personas son los líderes reconocidos de este planeta y dónde se encuentran. Cuando ataquemos, debe ser en los centros neurálgicos. Eso significa que seremos impotentes hasta que obtengamos la información necesaria. A su vez, eso significa que debemos establecer comunicación con la ayuda de tutores. Empezó a tensarse la mandíbula. "¡Y eso lleva tiempo!"

"Así es, señor, pero..."

Pero mientras el tiempo avanza lentamente, la moral de los hombres se evapora. Este es nuestro duodécimo día y las tripulaciones ya están inquietas. Mañana lo estarán aún más.

"Tengo una solución para eso, señor, si me disculpa la ofrezco", dijo Jusik con entusiasmo. "En Huld, todos tienen un día de descanso de cada cinco. Son libres de hacer lo que quieran, ir adonde quieran. Ahora bien, si promulgara una orden que permitiera a los hombres, digamos, un día de libertad de cada diez, significaría que no se ausentaría más del diez por ciento de nuestras fuerzas en un solo día. Podríamos soportar esa reducción conservando nuestro poder, especialmente si más de los demás están en tareas de protección."

"Así que por fin entiendo lo que te preocupaba. Lo dices en un torrente de palabras." Sonrió con tristeza mientras el otro se sonrojaba. "Ya lo había pensado. No soy tan poco imaginativo como podrías creer."

"No lo veo de esa manera, señor", protestó Jusik.

"No importa. Lo dejaremos pasar. Volviendo al tema de la libertad, ¡ahí está la trampa! Ahí está el dilema que ningún manual aborda, la situación para la que no encuentro una fórmula oficial." Apoyó una mano sobre su escritorio y golpeó la superficie pulida con impaciencia. "Si les niego a estos hombres un poco de libertad, se volverán cada vez más inquietos, como es natural. Si les permito la libertad que desean, experimentarán un contacto con la vida más normal, aunque les sea ajena, y volverán a sentirse más inquietos, ¡como es natural!"

—Permítame dudar de esto último, señor. Nuestras tripulaciones son leales a Huld. ¡Ni el más oscuro espacio quiera que sea de otra manera!

"Eran leales. Probablemente aún lo sean." El rostro de Cruin se contrajo al recordar las palabras que siguieron. "Son jóvenes, sanos, sin ataduras. En el espacio, eso significa una cosa. Aquí, otra." Se puso de pie lentamente, grande, corpulento e imponente. "¡Lo sé!"

Al mirarlo, Jusik sintió que sí lo sabía. «Sí, señor», repitió obedientemente.

"Por lo tanto, la responsabilidad de decidir qué hacer mejor recae completamente sobre mí. Debo usar mi iniciativa. Como segundo comandante, le corresponde a usted asegurarse de que mis órdenes se cumplan al pie de la letra."

"Conozco mi deber, señor." Los rasgos tensos de Jusik reflejaban una creciente inquietud. "Y es mi decisión final que los hombres deben ser restringidos del contacto con nuestros oponentes, sin excepción alguna, salvo los cuatro técnicos que operan bajo mis órdenes. Las tripulaciones no deben tener ninguna libertad, ninguna libertad para ir más allá de las cenizas. Cualquier forma de resentimiento por su parte debe ser contrarrestada de inmediato y con crueldad. Instruirá a los capitanes para que vigilen a los murmuradores en sus respectivas tripulaciones y tomen las medidas necesarias para silenciarlos en cuanto los encuentren." Sus mejillas se crisparon, y su mirada era fría mientras miraba al otro. "Todos los vuelos de reconocimiento quedan cancelados a partir de ahora, y todas las naves de reconocimiento permanecerán en tierra. Nadie se moverá sin mis instrucciones personales."

"Eso nos va a privar de mucha información", observó Jusik. "El último vuelo al sur reportó el descubrimiento de diez

ciudades completamente desiertas, y eso tiene cierta importancia que deberíamos..."

"¡Dije que los vuelos están cancelados!", gritó Cruin. "Si digo que las naves de reconocimiento se pinten de rosa pálido, se pintarán de rosa pálido, completamente, de punta a punta. ¡Soy el comandante!"

"Como usted ordene, señor."

"Por último, puede indicar a los capitanes que sus buques estén preparados para mi inspección mañana al mediodía. Eso les dará a las tripulaciones algo que hacer."

"Muy bien, señor."

Con un saludo preocupado, Jusik abrió la puerta, miró hacia afuera y dijo: "Aquí están Fane, Kalma, Parth y Hefni, señor".

"Hágalos pasar".

Después de que Cruin expresara con vehemencia sus opiniones, Fane dijo: «Apreciamos la urgencia, señor, y estamos haciendo todo lo posible, pero es dudoso que hablen con fluidez antes de que transcurran otras cuatro semanas. Son lentos para aprender».

«No quiero fluidez», gruñó Cruin. «Solo necesitan las palabras suficientes para decirnos lo que queremos saber, lo que debemos saber antes de llegar a ninguna parte».

«Dije suficiente fluidez», recordó Fane. «Incluso ahora se comunican principalmente por señas».

"Esa chica de pelo en llamas no lo hizo."

"Ha sido la más rápida", admitió Fane. "Posiblemente tenga una aptitud superior a la normal para los idiomas. Por desgracia, es la que menos sabe en el ámbito militar y, por lo tanto, nos es de poca utilidad."

La mirada de Cruin lo recorrió con aire siniestro. Su voz se volvió grave y amenazante. «Has vivido con esta gente muchos días. Veo tus rasgos y los encuentro diferentes. ¿Por qué?»

"¿Diferentes?" Los cuatro intercambiaron miradas de asombro.

—Sus rostros han perdido sus líneas, su demacración. Sus mejillas se han vuelto regordetas y coloreadas. Sus ojos ya no están cansados. Son brillantes. Tienen la expresión de satisfacción de un skodar gordo hundiéndose en su comedero. Es evidente que les ha ido bien. —Se inclinó hacia adelante, con una mueca en la boca—. ¿Será que no tienen prisa por terminar su tarea?

Quedaron debidamente sorprendidos.

"Hemos comido bien y dormido con regularidad", dijo Fane. "Nos sentimos mejor por ello. Nuestra mejora física nos ha permitido trabajar mucho más duro. En nuestra opinión, el enemigo nos apoya sin querer con su propia hospitalidad, y desde el manual de..."

"¿Hospitalidad?", interrumpió Cruin bruscamente.

Fane perdió el equilibrio mental mientras buscaba en vano un sinónimo menos elogioso.

"Les doy una semana más", dijo el comandante con dureza. "No más. Ni un día más. En este momento, dentro de una semana, se presentará aquí con los seis prisioneros debidamente instruidos para comprender mis preguntas y responderlas."

"Será difícil, señor."

—Nada es difícil. Nada es imposible. No hay excusas para nada. —Estudió a Fane con el ceño fruncido—. ¡Tienes mis órdenes, obedécelas!

—Sí, señor.

Su mirada severa se dirigió a Kalma y Hefni. «Hasta aquí los tutores; ahora tú. ¿Qué tienes que decirme? ¿Cuánto has descubierto?»

Parpadeando nerviosamente, Hefni dijo: "No mucho. El problema del idioma es..."

—"¡Que el Sol Gigante queme y haga perecer el problema del lenguaje! ¿Cuánto habéis aprendido mientras os entreteníais engordando vuestros estómagos?"

Mirando hacia abajo al cinturón de su uniforme, como si repentina y dolorosamente fuera consciente de lo apretado que estaba, Hefni recitó: "Son extremadamente extraños en la medida en que parecen ser altamente civilizados en un sentido puramente doméstico, pero bastante primitivos en todos los demás. Esta familia Meredith vive en una casa grande y bien equipada. Tienen todas las comodidades, incluido un receptor de televisión en color".

—¡Estás soñando! Seguimos buscando los secretos de la televisión simple, incluso en Huld. El color es impensable.

Kalma intervino: "Sin embargo, señor, lo tienen. Lo hemos visto con nuestros propios ojos".

—"Así es", confirmó Fane.

—¡Cállate! —Cruin lo fulminó con la mirada—. Ya terminé contigo. Ahora me encargo de estos dos. —Su atención volvió al tembloroso Hefni—: Continúa.

—Hay algo decididamente extraño en ellos que aún no hemos podido comprender. No tienen medio de

intercambio. Intercambian bienes por bienes sin importarles el valor relativo de ninguno. Trabajan cuando les apetece. Si no les apetece, no trabajan. Y, a pesar de ello, trabajan la mayor parte del tiempo.

"¿Por qué?" preguntó Cruin incrédulo.

"Les preguntamos. Dijeron que uno trabaja para evitar el aburrimiento. No podemos comprender ese punto de vista." Hefni hizo un gesto de derrota. "En muchos lugares tienen pequeñas fábricas que, con su extraña y pervertida lógica, usan como centros de entretenimiento. Estas plantas solo funcionan cuando la gente va a trabajar."

"¿Eh?" Cruin parecía desconcertado.

Por ejemplo, en Williamsville, un pequeño pueblo a una hora a pie de la casa de Meredith, hay una fábrica de zapatos. Funciona todos los días. Algunos días puede haber solo diez trabajadores, otros cincuenta o cien, pero nadie recuerda un momento en que el lugar estuviera inactivo por falta de un trabajador voluntario. La hija mayor de Meredith, Marva, trabajó allí tres días durante nuestra estancia con ellos. Le preguntamos el motivo.

"¿Qué dijo ella?"

"Para divertirse."

"¿Diversión... diversión... diversión?" Cruin tuvo dificultades con el concepto. "¿Qué significa eso?"

"No lo sabemos", confesó Hefni. "La barrera del habla..."

"¡Llamas rojas devoran la barrera del habla!", gritó Cruin. "¿Era obligatoria su asistencia?"

"No, señor."

¿Estás seguro de eso?

"Son positivos. Uno trabaja en una fábrica sin ningún otro motivo que el de sentirse bien. Me gusta."

"¿Qué recompensa?" preguntó Cruin astutamente.

"Cualquier cosa o nada." Hefni lo dijo como en un sueño. "Un día trajo un par de zapatos para su madre. Le preguntamos si eran su recompensa por el trabajo realizado. Dijo que no, y que alguien llamado George los había hecho y se los había regalado. Al parecer, el resto de la producción de la fábrica de esa semana se envió a otro pueblo donde se necesitaban zapatos. Este otro pueblo va a enviar un suministro de cuero, nadie sabe cuánto, y a nadie parece importarle."

"Sin sentido", definió Cruin. "Es una completa imbecilidad". Examinó a Hefni como si sospechara que inventaba datos confusos. "Es imposible que ni siquiera la

organización más primitiva opere de forma tan aleatoria. Obviamente, solo has visto una parte del panorama; el resto te ha sido ocultado, o has sido demasiado torpe para percibirlo".

"Se lo aseguro, señor", comenzó Hefni.

"Déjenlo pasar", interrumpió Crain. "¿Por qué debería importarme cómo funcionan económicamente? ¡Al final, funcionarán como nosotros queremos!" Apoyó su pesada mandíbula en una mano. "Hay otros asuntos que me interesan más. Por ejemplo, nuestros exploradores han traído informes de muchas ciudades. Algunas están organizadas, pero están muy despobladas; otras están completamente desiertas. Las primeras tienen lugares de aterrizaje bien construidos con máquinas de aire que las utilizan. ¿Cómo es posible que gente tan primitiva tenga máquinas de aire?"

Algunos fabrican zapatos, otros máquinas de aire, otros juegan con la televisión. Trabajan según sus aptitudes y sus inclinaciones.

"¿Esta Meredith tiene una máquina de aire?"

—No. —La derrota se clavó aún más en el rostro de Hefni. Si quisiera, lo incluiría en el programa televisivo de oferta y demanda.

"Y entonces ¿qué?"

“Tarde o temprano, conseguiría una, nueva o de segunda mano, ya sea a cambio de algo o como regalo”.

"¿Sólo con pedirlo?"

"Sí."

Crain se levantó y caminó de un lado a otro por su oficina. Las placas de acero de sus botas resonaban en el suelo metálico al ritmo de las campanas. Estaba iracundo, impaciente, insatisfecho.

En toda esta locura no hay nada que nos diga nada sobre su verdadero carácter ni su organización. —Deteniendo el paso, se enfrentó a Hefni—. Te jactaste de ser los ojos y los oídos. —Soltó un fuerte bufido—. ¡Ojos ciegos y oídos sordos! Ni una palabra sobre su fuerza numérica, ni una...

"Disculpe, señor", dijo Hefni rápidamente, "hay veintisiete millones".

"¡Ah!" Cruin mostró un profundo interés. "¿Solo veintisiete millones? ¡Hay cien veces más en Huld, que no tiene mayor superficie terrestre!" Reflexionó un momento. "Muy despoblados. Muchas ciudades carecen de alma. Tienen máquinas de aire y otros artefactos que sugieren una civilización mayor que la que disfrutan ahora. Operan los restos de un sistema económico. ¿Se da cuenta de lo que significa todo esto?"

Hefei parpadeó y no respondió. Kalma parecía pensativa. Fane y Parth permanecieron inexpresivos y callados.

—"Significa dos cosas", prosiguió Cruin. "Guerra o enfermedad. Una u otra, o quizás ambas, y a gran escala. Quiero información al respecto. Tengo que averiguar qué tipo de armas emplearon en su guerra, cuántas quedan disponibles y dónde. O, alternativamente, qué enfermedad los asoló, su origen y su cura". Golpeó el pecho de Hefni para enfatizar sus palabras. "Quiero saber qué tienen escondido, qué intentan ocultarte para cuando puedan sacarlo a la luz y usarlo contra nosotros. Sobre todo, quiero saber quiénes darán órdenes para su ofensiva general y dónde se encuentran".

—"Entiendo, señor", dijo Hefni, dubitativo.

—Ese es el tipo de información que necesito de sus seis especímenes. ¡Quiero información, no invitaciones a comer! —Su sonrisa era fea al notar la mueca de dolor de Hefni—. Si logra sonsacárselo antes de que lleguen, lo anotaré en el haber de sus registros. Pero si yo, su comandante, tengo que hacer su trabajo extrayéndolo yo mismo... Ominosamente, dejó la frase sin terminar.

Hefni abrió la boca, la cerró y miró nerviosamente a Kalma, que permanecía rígido y mudo a su lado.

"Pueden irse", les espetó Cruin a los cuatro. "Tienen una semana. Si me suspenden, lo consideraré una falta de primera línea y lo procesaré de acuerdo con la sección de servicio activo del manual de procedimientos y disciplina". Estaban pálidos al saludar. Los vio salir en fila, con los labios fruncidos con desprecio. Al dirigirse al puerto, contempló la creciente oscuridad y vio una pálida estrella parpadeando en el este. Estaba baja y lejana, pero no tan lejos como Huld.

A mediados del decimosexto día, el comandante Cruin avanzó, pulcro y condecorado, dirigiendo sus pies tintineantes hacia la colina. Un guardia de rostro agrio lo saludó al borde del fresno y lo hizo con descuido.

"¿Ese es el ritmo que sabes hacer?", miró fijamente a los ojos hoscos del otro. "¡Repítelo!" El guardia respondió con un gesto más rápido.

"Estás falto de práctica", informó Cruin. "Probablemente todas las tripulaciones estén faltas de práctica. Encontraremos una solución. Tendremos un periodo de práctica de saludo todos los días". Su mirada furiosa recorrió lentamente el rostro del guardia. "¿Eres tonto?"

—"No, señor."

—¡Cállate! —rugió Cruin. Expandió el pecho—. Continúa con tu patrulla. La mirada del guardia ardía de resentimiento

al saludar por tercera vez, girar con el taconazo reglamentario y marchar por el perímetro.

Subiendo la colina, Crain se sentó en la piedra de la cima. Alternaba entre contemplar las naves que yacían en el valle y el paisaje opuesto, con sus árboles, campos y casas distantes. El casco metálico con sus alas ornamentales le pesaba en la cabeza, pero no se lo quitó. A la sombra bajo la visera saliente, sus ojos fríos contemplaban el paisaje a ambos lados.

Finalmente llegó. Llevaba sentado allí un tiempo y medio cuando ella llegó, como él sabía que sucedería, sin saber qué extraño instinto le había convencido. Ciertamente, no tenía ningún deseo de verla, ningún deseo en absoluto.

Atravesó los árboles con paso ligero, acompañada de Sue, Sam y otras tres niñas de su edad. Las recién llegadas tenían ojos grandes, oscuros y divertidos, cabello oscuro y piernas largas.

—"¡Oh, hola!" Se detuvo al verlo.

—"¡Hola!" repitió Sue, balanceando sus coletas.

—¡La! —exclamó Sam, decidido a no quedarse atrás.

Cruin los miró con el ceño fruncido. Sus botas militares lucían un brillo intenso y su casco relucía al sol.

—"Estas son mis amigas", dijo Marva, con su acento huldiano, característico de un extraterrestre. "Becky, Rita y Joyce".

Los tres le sonrieron.

"Los traje a ver las naves."

Cruin no dijo nada.

"No te importa que miren las naves, ¿verdad?"

"No", gruñó de mala gana.

De forma desgarbada pero elegante, se sentó en el césped. Los demás la imitaron, excepto Sam, que permanecía de pie, con las piernas abiertas y regordetas, chupándose el pulgar y observando con solemnidad la chaqueta decorada de Cruin.

"Papá estaba decepcionado porque no pudiste visitarnos." Cruin no respondió. "Mamá también lo lamentó. Es una cocinera maravillosa. Le encantan los invitados."

Ninguna respuesta.

"¿Te gustaría venir esta noche?"

"No."

"¿Alguna otra noche?"

"Señorita", la fulminó con la mirada, "yo no vengo a visitarla. Nadie viene a visitarla". Ella les tradujo esto a los demás. Rieron con tantas ganas que Cruin se sonrojó y se puso de pie.

"¿Qué tiene eso de gracioso?" preguntó.

—Nada, nada. —Marva se sintió avergonzada—. Si te lo dijera, me temo que no lo entenderías.

—No lo entendería. —Sus ojos sombríos se volvieron alerta, calculadores, mientras recorrían a sus tres amigas—. No creo, de alguna manera, que se estuvieran riendo de mí. Por lo tanto, se reían de algo que no sé. Se reían de algo que debería saber, pero que usted no quiere contarme. —Se inclinó sobre ella, enorme y musculoso, mientras ella lo miraba con sus grandes ojos verdes—. ¿Y qué comentario mío reveló mi divertida ignorancia?

Su mirada fija permaneció fija en él mientras no respondía. Un aroma tenue pero dulce emanaba de su cabello.

"Dije que nadie hace visitas", se repitió. "Ese fue el comentario gracioso: nadie hace visitas. ¡Y no soy tonto!" Enderezándose, se dio la vuelta. "¡Así que voy a pasar lista!"

Podía sentir sus miradas sobre él mientras descendía por el valle. Permanecieron en silencio, salvo por el agudo e infantil "¡Adiós!" de Sam, que él ignoró.

Sin mirar atrás ni una sola vez, llegó a su nave insignia, subió por la escalera de metal, se dirigió a la oficina y llamó a Jusik.

"Ordene a los capitanes que pasen lista de inmediato." "¿Sucede algo, señor?", preguntó Jusik con ansiedad.

"¡A trabajar!", gritó Cruin, quitándose el casco. "Así sabremos si pasa algo". Salvajemente, arrojó el casco a un gancho de la pared, se sentó y se secó la frente.

Jusik estuvo ausente casi un tiempo. Al final regresó, serio y con el rostro serio.

"Lamento informar que dieciocho hombres están ausentes, señor."

"Se rieron", se dijo Crain con amargura. "¡Se rieron porque sabían!" Tenía los nudillos blancos mientras sus manos se aferraban a los brazos de la silla.

—Disculpe, señor —dijo Jusik, arqueando las cejas—.

—¿Cuánto tiempo llevan ausentes?

"Once de ellos estaban de servicio esta mañana."

"¿Eso significa que los otros siete están desaparecidos desde ayer? "

"Me temo que sí, señor."

"¿Pero nadie tuvo a bien informarme de esto?"

Jusik se inquietó: "No, señor".

"¿Ha descubierto algo más que no me hayan informado?" El otro volvió a inquietarse, con expresión de dolor.

"¡Dilo ya, hombre!"

"No es la primera vez que los ausentes cometen una infracción", dijo Jusik con dificultad. "Ni la segunda. Quizás ni la sexta".

"¿Cuánto tiempo lleva pasando esto?" Cruin esperó un rato y luego gritó: "¡Vamos! ¿Eres capaz de hablar?"

"Unos diez días, señor."

¿Cuántos capitanes sabían de esto y no lo informaron?

—Nueve, señor. Cuatro de ellos esperan su orden afuera.

"¿Y qué pasa con los otros cinco?"

"Ellos... ellos..." Jusik se humedeció los labios.

Crain se levantó con expresión peligrosa. "No puedes ocultar la verdad retrasándola".

"Están entre los ausentes, señor."

"¡Ya veo!" Cruin se dirigió a la puerta con paso decidido y se quedó junto a ella. "Podemos dar por sentado que otros se han ausentado sin permiso, pero tuvieron la suerte de estar aquí cuando se pasó lista. Esa es su buena suerte. No se puede descubrir el total real de desobedientes. Se han escabullido como animales nocturnos, y de la misma manera vuelven a escondidas. Todos son culpables de deserción ante el enemigo. Hay una pena por eso."

"Sin duda, señor, considerando las circunst..."

"¡Sin importar nada!" La voz de Cruin se elevó hasta convertirse en un grito furioso. "¡Muerte! ¡La pena es la muerte!" Se acercó a la mesa y golpeó los libros que estaban sobre ella. "Ejecución sumaria, según lo estipula el manual de procedimiento y disciplina. Deserción, amotinamiento, desafío a un oficial superior, conspiración para violar las normas y desafiar mis órdenes... ¡todo eso se castiga con la muerte!" Su voz bajó tan rápido como había subido. "Además, mi querido Jusik, si fracasamos por desintegración atribuible a nuestra deliberada inobservancia de los manuales, ¿cuál será la pena que nos corresponderá? ¿Cuál será, eh?"

"Muerte", admitió Jusik. Miró a Cruin. "En Huld, al menos".

¡Estamos en Huld! ¡Esto es Huld! He reclamado este planeta en nombre de Huld y, por lo tanto, es parte de él.

"Una mera reclamación, señor, si se me permite decirlo..."

—Jusik, ¿estás con estos conspiradores que se oponen a mi autoridad? —Los ojos de Cruin brillaron. Su mano reposaba sobre su arma.

—¡Oh, no, señor! —Los rasgos del segundo comandante reflejaban las emociones contradictorias que lo aquejaban. Pero permítame señalar, señor, que somos una banda fraternal que lleva mucho tiempo unida y que ya hemos sufrido pérdidas tanto al llegar aquí como al regresar. Es difícil esperar que los hombres...

—¡Espero obediencia! —La mano de Cruin seguía en el arma—. Espero una disciplina férrea y una obediencia inmediata, voluntaria e incuestionable. Con ellas, triunfaremos. Sin ellas, fracasaremos. —Señaló la puerta—. ¿Están esos capitanes debidamente preparados para el examen, como indican los manuales?

—Sí, señor. Están desarmados y bajo vigilancia.

"Haga que pasen." Apoyado en el borde de su escritorio, Cruin se preparó para juzgar a sus compañeros. El minuto que los esperó fue largo, más largo que cualquier otro minuto que hubiera conocido.

Había aroma en su cabello. Y sus ojos eran fríos y verdes. La disciplina férrea debe mantenerse. El precio del poder.

El manual le proporcionó una vía de escape. Enfrentándose a los cuatro capitanes, se vio aprovechando el vacío legal para sustituir la sanción más drástica y definitiva por la degradación.

Mientras ellos permanecían en fila, pálidos y rígidos, con sus túnicas desabotonadas, sus cinturones ceremoniales faltantes y los guardias impasibles a ambos lados, él se desató, maldijo y los roció con veneno verbal mientras su puño derecho golpeaba firmemente la palma de su mano izquierda.

"Pero dado que usted estuvo presente en el pase de lista, y por lo tanto técnicamente no es culpable de deserción, y dado que se entregó a mi juicio inmediatamente después de ser llamado, por la presente lo condeno a ser degradado al rango básico, debiendo constar en sus registros las circunstancias de esta sentencia." Los despidió con un breve gesto de su mano enguantada. "Eso es todo." Salieron en silencio.

Miró a Jusik. «Informe a los respectivos tenientes capitanes que han sido ascendidos a capitanes y que ahora deben presentar recomendaciones para sus puestos vacantes. Debo recibirlas antes del anochecer».

"Como usted ordene, señor."

Adviértales también que se preparen para asistir a un tribunal de oficiales superiores que juzgará a los ausentes de menor rango a medida que reaparezcan. Informen al capitán Somir que ha sido nombrado comandante del pelotón de fusilamiento que ejecutará las decisiones del tribunal inmediatamente después de su pronunciamiento.

—Sí, señor. —Demacrado y con la mirada hundida, Jusik se giró con un taconazo y se marchó. Cuando el cerrador cerró la puerta, Cruin se sentó en su escritorio, apoyó los codos en la superficie y se cubrió la cara con las manos. Si los desertores no regresaban, no podrían ser castigados. Ningún poder, ninguna autoridad, podía descargar su ira sobre un cuerpo ausente. La ley era impotente si sus súbditos carecían del rasgo esencial de estar presentes. Todas las leyes de Huld no podían condenar a los hombres perdidos a un pelotón de fusilamiento.

Era imperativo que diera ejemplo con los infractores. Sospechaba que sus furtivos viajes al campamento enemigo se habían repetido con la suficiente frecuencia como para convertirse en un hábito. Sin duda, ya se habían establecido dondequiera que estuvieran de visita, compartiendo hogares —habitaciones de bienvenida—, compartiendo comida, compañía, risas. Sin duda, habían empezado a recuperar peso, a perder las arrugas en las mejillas y la frente, y la luz en sus ojos había comenzado a brillar de nuevo; y habían hablado con señas e imágenes, jugado,

intentado chupar humo y paseado con muchachas por los campos y los claros.

Un pulso latía con firmeza en el grosor de su cuello mientras miraba a través del puerto y esperaba alguna señal de que el triple anillo de guardias había atrapado al primero en entrar. Abajo, abajo, muy adentro de él, a una profundidad demasiado grande para que pudiera admitir que estaba allí, yacía la desleal esperanza de que nadie regresara.

Un desertor significaría el paso lento y arrastrado del escuadrón, los gritos roncos de "¡Apunten!" y "¡Fuego!" y el paso adelante de Somir, arma en mano, para administrar el tiro de misericordia.

Malditos manuales.

Al final del primer periodo, tras el anochecer, Jusik irrumpió en la oficina, saludó, respirando con dificultad. El resplandor de la iluminación del techo acentuó las arrugas de sus delgados rasgos y acentuó el vello de su barbilla sin afeitar.

"Señor, tengo que informarle que los hombres se están saliendo de control".

"¿Qué quieres decir?" Las pobladas cejas de Cruin bajaron mientras miraba ferozmente al otro.

Saben de las recientes degradaciones, por supuesto. También saben que se reunirá un tribunal para juzgar a los ausentes. —Respiró hondo otra vez—. Y también conocen el castigo que estos ausentes deben afrontar.

"¿Entonces?"

"Así que han desertado más; han ido a advertir a los demás que no regresen."

"¡Ah!" Cruin sonrió de medio lado. "Los guardias los dejaron salir, ¿eh? ¿Así sin más?" "Diez guardias se fueron con ellos", dijo Jusik.

"¿Diez?" Acercándose rápidamente, Cruin se acercó al otro y lo observó con atención. "¿Cuántos se fueron en total? "

"Noventa y siete."

Cruin agarró su casco, se lo puso de golpe y se colocó la correa metálica de la barbilla sobre los músculos de la mandíbula. "Más de una tripulación completa." Examinó su arma, la guardó y se colocó una segunda. "A ese paso, se habrán ido todos para mañana." Miró a Jusik. "¿No lo crees?"

"Eso es lo que me temo, señor."

Cruin le dio una palmadita en el hombro. «La respuesta, Jusik, es fácil: despegamos de inmediato».

«¿Despegamos?»

"Sin duda. Toda la flota. Alcanzaremos una órbita equilibrada donde será imposible que nadie salga. Entonces reflexionaré más sobre la situación. Probablemente realizaremos un nuevo aterrizaje en algún lugar donde nadie se sienta tentado a escabullirse porque no habrá adónde ir. Un explorador podrá recoger a Fane y su grupo a su debido tiempo."

"Dudo que obedezcan las órdenes de partida, señor."

"Ya veremos, ya veremos." Volvió a sonreír, dura y áspera. "Como sabrías si hubieras estudiado bien los manuales, no es difícil aplastar un motín incipiente. Solo hay que eliminar a los cabecillas. Ninguna turba está compuesta de hombres, como tal. Está formada por unos pocos cabecillas y una horda de seguidores estúpidos." Palmeó sus armas. "¡Siempre se puede reconocer a un cabecilla; invariablemente es el primero en abrir la boca!"

"Sí, señor", articuló Jusik, con recelo.

"Convocatoria para reunión general."

La sirena del buque insignia aullaba lúgubremente en la noche. Las luces destellaban de un barco a otro, y los pájaros, asustados, se despertaban y graznaban en los árboles, más allá del fresno.

Lenta, pausada e impresionantemente, Cruin bajó por la escalerilla y se enfrentó al público, cuyos rasgos eran una masa de manchas blancas bajo el resplandor de los faros del barco. Los capitanes y tenientes capitanes se alinearon detrás de él y a ambos lados. Cada uno portaba un arma extra.

"Tras tres años de devoto servicio a Huld", enunció con pompa, "algunos hombres me han fallado. Parece que hay débiles entre nosotros, débiles incapaces de soportar la tensión de unos días más antes de nuestro triunfo. Descuidados de su deber, desobedecen órdenes, fraternizan con el enemigo, se juntan con las mujeres de nuestros oponentes e intentan arrebatar unas pocas comodidades a expensas de muchas". Su mirada dura y acusadora los recorrió: "A su debido tiempo serán castigados con la mayor severidad".

Lo miraron con indiferencia. Podía volarle las orejas a un hombre corriendo a veinticinco yardas, y esperaba a que su objetivo se identificara. También los que estaban a su lado.

Ninguno habló.

Entre ustedes puede haber otros igualmente culpables, pero no descubiertos. No tienen por qué felicitarse, pues están a punto de perder más oportunidades de ejercer su deslealtad. —Su mirada los recorrió sin cesar mientras su mano permanecía lista a su costado—. Vamos a ajustar las

naves y despegar, buscando una órbita equilibrada. Eso significa perder el sueño y mucho trabajo duro, por lo que deben agradecer a sus traidores camaradas. —Hizo una pausa y terminó con—: ¿Alguien tiene algo que decir?

Un hombre que sostiene mil.

Silencio.

"Prepárense para la partida", espetó y les dio la espalda.

El capitán Somir, ahora frente a él, gritó: "¡Cuidado, comandante!".

Cruin intentó girar, consciente de un rugido a sus espaldas, y sus armas fueron disparadas al girar. No oyó el disparo del arma de Somir, ni vio a sus hombres cuando su rugido se interrumpió bruscamente. Sentía un peso insoportable sobre el cráneo; la hierba se alzó a su encuentro, soltó las armas y extendió las manos para salvarse. Entonces, las luces que danzaban confusamente se desvanecieron de su vista y todo quedó negro.

En lo profundo de su sueño, oyó vagamente e inquieto un prolongado golpeteo de pies, muchos sonidos sordos y esquivos, como de gente gritando a lo lejos. Esto se prolongó durante un tiempo considerable y terminó con una serie de violentos estallidos que hicieron temblar el suelo bajo su cuerpo.

Alguien le echó agua en la cara.

Incorporándose, se sujetó la cabeza palpitante y vio los pálidos dedos del amanecer asomándose en el cielo a un lado. Parpadeando para despejar los ojos doloridos, vio a Jusik, Somir y a otros ocho. Todos estaban cubiertos de tierra, con el rostro magullado y los uniformes destrozados y desaliñados.

"Nos atacaron en cuanto te diste la vuelta", explicó Jusik con morbosidad. "Un centenar de ellos al frente. Nos atacaron en un frenesí unánime, y el resto los siguió. Eran demasiados para nosotros". Miró a su superior con los ojos enrojecidos. "Has estado desmayado toda la noche".

Cruin se puso de pie, tambaleándose. "¿Cuántos murieron?" "Ninguno. Disparamos por encima de sus cabezas. Después de eso, fue demasiado tarde."

"¿Sobre sus cabezas?" Enderezando sus enormes hombros, Cruin sintió un dolor agudo en la espalda, pero lo ignoró. "¿Para qué sirven las armas si no es para matar?"

"No es fácil", dijo Jusik con un leve toque de desafío. "No cuando son tus propios camaradas".

"¿Están de acuerdo?" La mirada del comandante desafió a los demás.

Asintieron con tristeza y Somir dijo: «Había poco tiempo, señor, y si uno duda, como hicimos nosotros, se convierte en...»

"No hay excusas para nada. Tenías tus órdenes; era tu responsabilidad obedecerlas." Su mirada ardiente quemó a uno, luego al otro. "Son incompetentes para su rango. ¡Ambos están degradados!" Su mandíbula se adelantó, fea, agresiva, mientras rugía: "¡Fuera de mi vista!"

Se alejó merodeando. Salvajemente, subió por la escalerilla, entró en su nave y la exploró de cabo a rabo. No había un alma a bordo. Apretó los labios al llegar a la cola y encontrar la causa de las detonaciones que sacudían la tierra. Los tanques de combustible habían explotado, destrozando los motores y reduciendo las naves a una masa de metal inservible.

Al salir, inspeccionó el resto de su flota. Todas las naves estaban iguales, vacías y destrozadas sin posibilidad de reparación. Al menos los amotinados habían sido minuciosos y lógicos en su sabotaje. Hasta que llegara una nave de informe, el mundo natal de Huld no tenía forma de saber dónde había desembarcado la expedición. A pesar incluso de una búsqueda sistemática y a gran escala, bien podrían pasar mil años antes de que los huldianos volvieran a encontrar este planeta en particular. Efectivamente, los rebeldes se habían abandonado a sí mismos para el resto de sus vidas naturales y se habían colocado fuera del alcance de la

retribución huldiana. Saboreando plenamente la amargura de la derrota, se acuclilló en el último peldaño de la escala de la vigésimo segunda nave, inspeccionó las formaciones estelares dobles que representaban su armada en ruinas. En vano, sus armas apuntaban hacia el terreno circundante. Doce de los exploradores, notó, se habían ido. Los demás habían quedado tan inútiles como sus naves progenitoras.

Alzando la mirada hacia la colina, distinguió siluetas contra el amanecer donde Jusik, Somir y los demás caminaban por la cima, alejándose de él, hacia el valle más lejano que tantas veces había visto. Cuatro niños se les unieron en la cima, retozando a su lado mientras avanzaban. Lentamente, todo el grupo desapareció de la vista bajo el sol naciente.

De regreso al buque insignia, Cruin llenó un saco de patrulla con sus pertenencias y se lo cargó a los hombros. Sin una última mirada a los restos de su otrora poderoso mando, partió en dirección contraria a la del sol, en dirección opuesta a la que habían tomado sus últimos hombres.

Sus botas militares estaban deslucidas y sucias. Sus medallas de mérito colgaban torcidas y tenían un hueco donde una se había arrancado en la pelea. Le faltaba la campana de la bota derecha; soportó el roce de su compañera durante veinte pasos antes de desenroscarla y arrojárla.

El saco a su espalda era pesado, pero no tanto como la inmensa carga que pesaba sobre su mente. Con tesón y obstinación, siguió adelante, alejándose de las naves, adentrándose en la niebla matutina, enfrentándose solo al nuevo mundo.

***

Tres años y medio habían hecho mella en las naves de Huld. Aún yacían en el valle, dispuestas con precisión matemática, con la nariz hacia dentro y la cola hacia fuera, como solo la autoridad podía ubicarlas. Pero el óxido había corroído un cuarto del grosor de sus resistentes caparazones, y sus escaleras metálicas estaban podridas y eran traicioneras. Los ratones de campo y los topillos habían encontrado refugio bajo ellas; las aves y las arañas habían buscado refugio en su interior. Una exuberante vegetación había brotado de la ceniza circundante, ocultando el perímetro para siempre.

El hombre que pasó junto a ellas a media tarde dejó su mochila y las observó en silencio, desde lejos. Era grande, corpulento, con la piel del color del cuero viejo. Sus profundos ojos grises estaban serenos, pensativos, mientras observaban la espesa hiedra que trepaba por la cola del buque insignia.

Tras observarlas durante media hora, meditando, cargó su mochila y continuó, colina arriba, cruzó la cima y se adentró

en el valle. Moviéndose con soltura con su ropa sencilla y holgada, su paso era pausado y metódico.

Al poco rato, llegó a un camino y lo siguió hasta una cabaña de piedra en cuyo jardín una mujer esbelta y morena cortaba flores. Apoyado en la verja, le habló. Su habla era fluida, pero con un acento extraño. Su tono era brusco, pero agradable. «Buenas tardes».

Se levantó, con los brazos llenos de flores llamativas, y lo miró con sus ricos ojos negros. "Buenas tardes." Sus labios carnosos se separaron con placer. "¿Está de gira? ¿Le gustaría hospedarse con nosotros? Estoy segura de que Jusik, mi esposo, estaría encantado de recibirlo. Nuestra sala de bienvenida no ha estado ocupada durante...

"Lo siento", intervino. "Busco a los Meredith. ¿Podría indicarme dónde están?" "La siguiente casa calle arriba." Con destreza, atrapó una flor que caía y la acercó a su pecho. " Si su salón de bienvenida tiene ya invitados, por favor, recuérdenos."

"Lo recordaré", prometió. Mirándola con aprobación, su rostro ancho y musculoso se iluminó con una sonrisa. "Muchas gracias."

Echó la mochila al hombro y continuó su marcha, consciente de que ella lo seguía con la mirada. Llegó a la puerta del siguiente lugar, una casa larga, pintoresca y

desgarbada, con un jardín florido al frente. Un niño jugaba junto a la puerta.

Al levantar la vista cuando el otro se detuvo cerca de él, el chico dijo: "¿Está de gira, señor?".

"¿Señor?", repitió el hombre. "¿Señor?", su rostro se torció. "Sí, hijo, estoy de gira. Busco a los Meredith ".

—¡Pues soy Sam Meredith! —El rostro del chico se sonrojó de repente—. ¿Vienes a visitarnos?

"Si me lo permitís."

"¡Yow-ee!" Huyó frenéticamente por el sendero del jardín, gritando a todo pulmón: "¡Mamá, papá, Marva, Sue, tenemos un invitado!"

Un hombre alto y pelirrojo abrió la puerta, con la pipa en la boca. Con frialdad y calma, observó al visitante.

Al cabo de un rato, el hombre retiró la pipa y dijo: «Soy Jake Meredith. Pase, por favor». Haciéndose a un lado, dejó entrar al otro y luego llamó: «Mary, Mary, ¿puedes prepararle comida a un invitado?».

"Enseguida", aseguró una voz alegre desde atrás.

—Ven conmigo. —Meredith condujo al otro a la terraza y le buscó un sillón—. Mejor descansa mientras esperas. Mary

se toma su tiempo. No está satisfecha hasta que las patas de la mesa están a punto de derrumbarse, y ¡pobre de ti si dejas algo!

—Es muy amable de tu parte. —Se sentó, el visitante respiró hondo y contempló la escena campestre que tenía delante.

Meredith tomó otra silla y encendió su pipa. "¿Has visto la nave correo?"

"Sí, llegó temprano ayer. Tuve la suerte de verla pasar."

"Tuviste mucha suerte, considerando que solo aparece una vez cada cuatro años. Yo solo la he visto dos veces. Pasó justo sobre esta casa. Una vista imponente."

"¡Mucho!", afirmó el visitante con inusual énfasis. "Me pareció de unos ocho kilómetros de largo, una creación tremenda. Su masa debe ser mucho mayor que la de todas esas naves alienígenas del valle."

"Muchas veces", asintió Meredith.

El otro se inclinó hacia delante, observando a su anfitrión. «A menudo me pregunto si esos extranjeros atribuyeron la escasez de personas a la guerra o a la enfermedad, sin pensar en la emigración a gran escala ni comprender su significado».

"Dudo que les importara mucho, ya que quemaron sus barcos y se asentaron entre nosotros." Señaló con la boquilla de su pipa. "Uno de ellos vive en esa cabaña de ahí abajo. Se llama Jusik. Un buen tipo. Con el tiempo se casó con una chica de la zona. Son muy felices."

"Estoy seguro de que lo son."

Pasaron un buen rato, y luego Meredith habló distraídamente, como si pensara en voz alta. «Trajeron armas de considerable poder, sin saber que nosotros tenemos un arma verdaderamente invencible». Agitando una mano, señaló el mundo en general. «Nos llevó miles de años comprender la absoluta invencibilidad de una idea. Eso es lo que tenemos: una forma de vida, una idea. Nada puede destruirla. Nada puede derrotar una idea, excepto otra mejor». Se llevó el tubo a la boca. «Hasta ahora, no hemos encontrado una mejor».

"Llegaron en el momento equivocado", continuó Meredith. "Diez mil años demasiado tarde". Miró de reojo a su oyente. "Nuestra historia abarca un día larguísimo. Fue tan escabrosa que salía en una nueva edición a cada minuto. Pero esta es la última noche".

"¿Filosofas, eh?"

Meredith sonrió. «A menudo me siento aquí para disfrutar de mis silencios. Me siento aquí y pienso. Invariablemente llego a la misma conclusión».

"¿Qué puede ser eso?"

"Que si yo, personalmente, estuviera en completa posesión de todas las estrellas visibles y su multitud de planetas, aún estaría sujeto a una limitación fundamental" —inclinándose, golpeó su pipa contra el talón— "en este sentido: ningún hombre puede comer más de lo que su estómago le cabe". Se puso de pie, alto, con el pecho ancho. "Aquí viene mi hija, Marva. ¿Quiere que le muestre su habitación?"

De pie en la sala de bienvenida, el visitante la observó con admiración. La cama cómoda, los muebles de colores vivos. "¿Te gusta?", preguntó Marva.

"Sí, en efecto." Mirando hacia ella, sus ojos grises la examinaron. Era alta, pelirroja, de ojos verdes, y su figura rebosaba la belleza de una joven mujer. Tirando lentamente de los músculos de su mandíbula, preguntó: "¿Crees que me parezco a Cruin?".

"¿Cruin?". Sus cejas, finamente curvadas, se fruncieron con perplejidad.

"El comandante de esa expedición alienígena."

—¡Ay, él! —Sus ojos rieron, y se le formaron hoyuelos en las mejillas—. ¡Qué absurdo! No te pareces en absoluto a él. Era viejo y severo. Tú eres joven... y mucho más guapo.

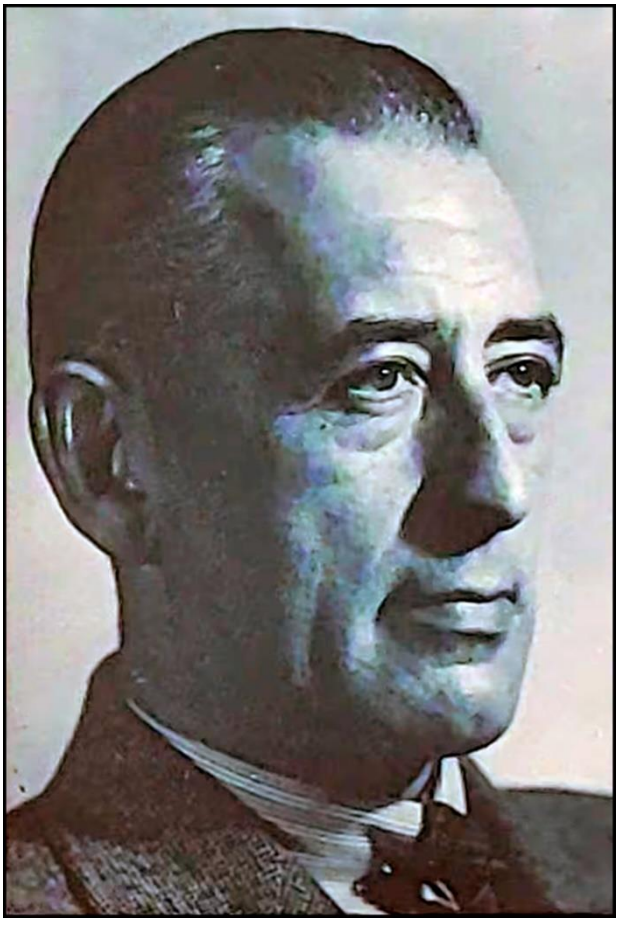
"Es muy amable de tu parte decirlo", murmuró. Sus manos se movían sin rumbo, visiblemente avergonzadas. Se inquietó un poco bajo su mirada franca y segura de sí misma. Finalmente, fue a su mochila y la abrió. "Es costumbre que los invitados traigan un regalo a sus anfitriones". Un dejo de orgullo se asomó a su voz. " Así que he traído uno. Lo hice yo mismo. Me llevó mucho tiempo aprender... mucho tiempo... con estas manos torpes. Unos tres años."

Marva lo miró, cruzó corriendo la puerta, se inclinó sobre la balaustrada y gritó emocionada desde las escaleras: «Papá, mamá, nuestro invitado nos tiene un regalo maravilloso. Un reloj. Un reloj con un pajarito de metal que marca la hora».

Bajo ella, unos pasos se apresuraban por el pasillo y se oyó la voz de Mary: "¿Puedo verlo? Por favor, déjame verlo". Subió las escaleras con entusiasmo.

Mientras los esperaba en la sala de bienvenida, con los hombros erguidos y el cuerpo erguido como si estuviera en un desfile, el reloj zumbaba en las manos de Cruin y su pequeño pájaro sonó solemnemente dos veces.

La hora del triunfo.



ACERCA DEL AUTOR

ERIC FRANK RUSSELL (Sandhurst, Inglaterra, 1905 - Liverpool, Inglaterra, 1978).

Una de las mayores deudas que tengo con la veterana revista Nueva Dimensión es precisamente el haberme ayudado a descubrir a este gran escritor, uno de los mejores representantes de la escuela clásica de la ciencia-ficción británica anterior a la irrupción de la New Wave y autor de

varios títulos inolvidables del género como *BARRERA SINIESTRA* (1943), *TRES QUE CAPTURAR* (1956) o *AVISPA* (1957), además de un buen puñado de relatos de muy variada extensión pero que por lo general presentan un elevado nivel de calidad.

Nació en Camberley (Surrey, Inglaterra), se educó en Egipto y llegó a la ciencia-ficción tras su adscripción en 1930 a la Sociedad Interplanetaria Británica. Fue el primer escritor de dicho país en colaborar regularmente con *Astounding* y otros magazines norteamericanos de ciencia-ficción, lo que en ocasiones llevó a provocar dudas acerca de su verdadera nacionalidad. De hecho, su primera gran obra, *BARRERA SINIESTRA*, aparece publicada primero en el número uno de la revista *Unknown* (marzo de 1939) y en forma de libro cuatro años después. Inspirada en las teorías (muy en boga por aquel entonces) del escritor Charles Fort, *BARRERA SINIESTRA* es la primera novela en plantear la posibilidad de que la raza humana esté sometida por alguna inteligencia ajena, un argumento clásico del género que con posterioridad a Russell retomaron escritores como Robert A. Heinlein (*AMOS DE TÍTERES*, 1951) o Jack Finney (*LA INVASIÓN DE LOS LADRONES DE CUERPOS*, 1954), amén de series de televisión como *Expediente X* de Chris Carter.

En 1956 llega otra de sus obras fundamentales, *TRES QUE CAPTURAR*, una trepidante historia en la que la Tierra tiene que defenderse de una invasión de alienígenas del planeta Venus capaces de infectar y suplantar seres humanos. El

protagonista, Wade Harper, es el único capaz de detectarlos debido a sus habilidades telepáticas que le permiten descubrir a los invasores incluso a cierta distancia. Con influencias asimiladas del género bélico y de la novela de detectives contemporánea, *TRES QUE CAPTURAR* es una adictiva obra maestra que combina a la perfección dos argumentos recurrentes del género: las invasiones extraterrestres y la alienación del individuo diferente, poseedor de talentos excepcionales que le aíslan de sus semejantes y le convierten en una potencial amenaza ante los ojos del resto de la humanidad.

Apenas un año después llegaría *AVISPA*, basada en sus experiencias durante la Segunda Guerra Mundial y considerada en su momento como la biblia de la propaganda subversiva. A través de sus páginas el autor nos narra los esfuerzos de un ingenioso saboteador infiltrado entre el enemigo para arruinar su moral y paralizar su maquinaria bélica.

Con posterioridad Russell añadió a su palmarés otros títulos igualmente destacados pero inéditos, por desgracia, en nuestro país como *DREADFUL SANCTUARY* (1948), (1953), *SENTINELS FROM SPACETHE SPACE WILLIES* (1958), *DARK TIDES* (1962), *THE GREAT EXPLOTION* (1962), *THE MINDWARPERS* (1964), *DEEP SPACE* (1974) o *LIKE NOTHING ON EARTH* (1975).

Como ya indicábamos al principio Russell fue también un

maestro del relato corto dónde cosechó algunos de sus mayores éxitos, como es el caso de *ALLAMAGOOSA*, el cual le valió el premio Hugo 1955 a la Mejor Historia Corta, o la saga protagonizada por el robot humaniforme Jay Score y el resto de la tripulación mixta humano-alienígena de la nave exploradora Marathón cuyas expediciones y aventuras (compuesta por las historias *SYMBIOTICA, MECHANISTRIA* y *MESMÉRICA*), recopiladas en 1955 en la antología *MEN, MARTIANS AND MACHINES* recuerdan a clásicos del calibre de *LOS VIAJES DEL BEAGLE ESPACIAL* de A. E. Van Vogt (1950) o el *Star Trek* de Gene Roddenberry. Otras recopilaciones de historias de Russell como *SIX WORLDS YONDER* (1958), *FAR STARS* (1961) o *THE BEST OF ERIC FRANK RUSSELL* (1978) incluyen relatos no menos memorables como *EL COLECCIONISTA* (1947), …Y NO QUEDÓ NADIE (1962), *QUERIDO DEMONIO* (1950) o *DIABOLÓGICA* (1955) algunos de los cuáles fueron publicadas en su momento en nuestro país por la ya citada revista *Nueva Dimensión.*

Russell es un escritor tremendamente fácil y agradable de leer gracias a su estilo ágil y directo, aderezado con un brillante sentido del humor que a ratos recuerda al de otros colegas suyos como Robert Sheckley o el ya citado Fredric Brown. Como ellos, el autor que nos ocupa usaba el humor como excusa para criticar y subvertir determinados aspectos de la sociedad contemporánea, como el absurdo de la burocracia llevada al límite o la estupidez congénita del género humano como especie, aunque siempre desde una

vertiente más esperanzadora y optimista. Descubrir o releer a Russell puede suponer un auténtico soplo de aire fresco en estos tiempos de crisis del género repletos de escritores pretenciosos y supuestas Nuevas esperanzas de la ciencia-ficción, perpetradores ambos de infames ladrillos en serie y en cadena que se venden a precio de lingote de oro en las librerías y una vez leídos no dejan más recuerdo detrás de sí que una intensa sensación de pérdida por el tiempo y el dinero malgastados en su lectura.

Alejandro Caveda

Sitio de Ciencia Ficción

https://www.ciencia-ficcion.com/autores/russellef.htm